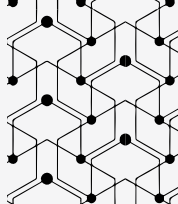


El país más feliz del mundo

Guatemala, entre el espanto y la ternura



Andrés Zepeda

FOG
editores

PLAZA PÚBLICA



VRIP
VEEDORÍA DE
INVESTIGACIÓN Y PROTECCIÓN



Universidad
Rafael Landívar
Tradicón Jesuita en Guatemala

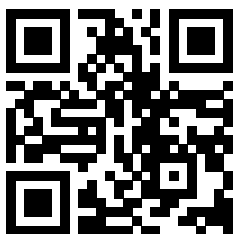
Lecturas de cuarentena

Lecturas de cuarentena
El país más feliz del mundo.
Guatemala, entre el espanto y la ternura

© 2018 F&G Editores

El país más feliz del mundo. Guatemala, entre el espanto y la ternura de
Andrés Zepeda.

<http://www.fygeditores.com/FGEPF9789929700468.htm>



F&G Editores

31 avenida "C" 5-54, zona 7

Colonia Centro América

Guatemala, Guatemala

Teléfonos: (502) 2292 3792 – (502) 5406 0909

informacion@fygeditores.com

www.fygeditores.com



*El país más feliz del mundo
Guatemala, entre el espanto y la ternura*

Andrés Zepeda

Plaza Pública
Andrés Zepeda

EL PAÍS
MÁS FELIZ DEL MUNDO
*Guatemala, entre
el espanto y la ternura*

El país más feliz del mundo
Guatemala, entre el espanto y la ternura
Una crónica/ensayo de Andrés Zepeda

Plaza Pública

Este libro forma parte del proyecto desIGUALes, una iniciativa de Plaza Pública financiada por la Fundación Ford.

Primera edición: junio de 2018

D.R. © Plaza Pública - Universidad Rafael Landívar

D.R. © 2018 F&G Editores

Cuidado de la edición: Enrique Naveda, Plaza Pública

Diseño de portada: Plaza Pública

www.plazapublica.com.gt

www.url.edu.gt

Impreso en Guatemala

Printed in Guatemala

F&G Editores

31 avenida "C" 5-54, zona 7

Colonia Centro América

Guatemala, Guatemala

Teléfonos: (502) 2439 8358 – (502) 5406 0909

informacion@fygeditores.com

www.fygeditores.com

ISBN: 978-9929-700-45-1

Derechos reservados por el editor, prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización por escrito del editor.

Guatemala, junio de 2018

*Con gratitud infinita a
Gabi, Enrique y Virginia*

CONTENIDO

Dedicatoria.....	1
Prefacio	7
1	9
2	15
3	33
4	45
5	57
6	61
7	67
8	77
9	97
10	125
11	133
12	149
13	161
14	167
15	177
16	195
17	213
18	219

19247
Epílogo.....261

DEDICATORIA

Este libro está dedicado a Federico Bauer, Christopher Dent, Eduardo Cofiño, y algunos otros –pocos– amigos de derecha con los que, no obstante, aún me es posible sostener interlocuciones saludables y de vez en cuando llegar incluso a puntos de encuentro potencialmente fecundos... a pesar de las diferencias... o precisamente debido a ellas.

Pensé mucho en ustedes a la hora de escribirlo. Quise en todo momento tender un *punte de entendimiento*, consciente de que el país nos pertenece a todos, no sólo a los de arriba ni sólo a los de abajo ni sólo a los de en medio; y convencido de que es entre todos que hemos de emprender las transformaciones necesarias, de tal modo que decir que *Guatemala es el país más feliz del mundo* no sea un chiste de pésimo gusto ni suene a publicidad barata para disimular nuestro lacerante subdesarrollo estructural.

¿Habrá alguien que de verdad se trague el señuelo ese de que somos el país más feliz del mundo? Respuesta: sí, sí lo hay. Sobre todo desde que la *New Economics*

Fundation hizo público un *ranking* según el cual Guatemala ocupó la posición número 8 en el Índice del Planeta Feliz 2006, la número 4 en el 2009, la número 10 en el 2012 y la número 26 (de 140 países evaluados) en el 2016. Los medios de comunicación controlados por el empresariado nacional, de la mano de algunas agencias publicitarias al servicio de marcas cuya estrategia consiste en blandir un optimismo frívolo capaz de cautivar la sensiblería de las masas, hicieron eco de la noticia con un ímpetu digno de mejores causas. Sin pensárselo dos veces, luminarias internacionales de la música pop como Pharell Williams y Ricardo Arjona se unieron al coro, junto con grandes fabricantes de refrescos de soda, cadenas de comida rápida, bancos e industrias de frituras, difundiendo un mensaje edulcorado que llamaba a hacerle frente a los muchos y muy graves problemas del país a fuerza de actitudes positivas como “principio de contagio”; de modo que, en virtud de la sumatoria aritmética de millones de esfuerzos individuales, por acumulación seríamos capaces de remontar la adversidad en un contexto idílico donde no existen diferencias ni estratificaciones, ya que “todos somos Guate”.

Tan copiosa fue la embestida, y tan seductores los cantos de sirena, que durante meses (que luego fueron años) quedó flotando en el ambiente la sensación de que sí, que una mente positiva es capaz de conquistar grandes logros, que para transformar el país basta con dejar de darle mordida al policía de tránsito y poner la basura en su lugar, y que todo lo demás se desprendería de ahí como una cascada de acciones edificantes sucediéndose *ad infinitum*, por obra y gracia de la imitación. Así pues, poco o nada importaba ya el hecho de no haber llegado nunca a ocupar la casilla

número uno en aquel dichoso *ranking* de la felicidad; ya que, en última instancia, la actitud positiva todo lo puede, de tal suerte que “si lo podemos soñar, lo podemos lograr”.

No obstante, el efecto rebote de esta ideología ha sido demoledor al endosarle los problemas del país a quienes los padecen, eximiendo con ello a quienes históricamente han venido ocasionándolos. “Decir que para cambiar al país basta ser un ciudadano ejemplar es tanto como decir que, para que una mujer que sufre de violencia física por parte de su marido deje de sufrirla, sólo tiene que ser *buena esposa*”, destaca el escritor y docente mexicano Adrián Chávez.

“Lo que más molesta de este nacionalismo Coelho, ligero, vacuo y facilón”, concluye el académico Christian Kroll, “es que reproduce la mentalidad finquera que, quizás como ninguna otra, define a la sociedad guatemalteca; una mentalidad que no cuestiona su posición de privilegio; que cree que su simple deseo construye la realidad; que asume siempre que en su dominio reina la paz, la armonía y la prosperidad; que piensa que todo es como debe ser y, por ello, inmutable y eterno”.¹

Aquel chupete empalagoso y su envoltura de oro-pel sedujeron a media Guatemala hasta bien entrado el año 2015, cuando comenzaron a trascender los primeros casos de latrocinio por parte del gobierno del Partido Patriota y sus no menos corruptos socios en el sector empresarial. Sólo entonces les quedó claro

1. Kroll, C. (2012, febrero, 11). *Mi país, más que mi patria, mi fincota*. Recuperado el 11 de diciembre de 2017 desde <https://www.plazapublica.com.gt/content/mi-pais-mas-que-mi-patria-mi-fincota>.

a muchos la dimensión, la profundidad y el alcance de los flagelos que asolan a nuestro país. “El problema es el sistema”, empezó a proclamarse a los cuatro vientos, conforme iban conociéndose más y más escándalos e iban cayendo más y más funcionarios y contratistas del Estado.

Pues bien: todo parece indicar, entonces, que no basta con el emprendimiento de meras acciones individuales. Hace falta organizarse, participar, unir esfuerzos en conjunto para revertirlo *entre todos*. Entre todos, dije; con la excepción de quienes elijan desoír el clamor de la Historia y se resistan a salir de su trinchera de confort, que por desgracia no serán pocos —y sí muy poderosos.

Aquí les entrego, pues, este puente de entendimiento. Ese es, repito, mi propósito: entendernos. Nada más, y nada menos. Que lleguemos a ponernos de acuerdo es ya una ambición poco realista tratándose de un país tan polarizado como Guatemala, sobre todo teniendo en consideración la cuantía de los intereses en juego.

Por lo demás, poco me importa si lo leen, o no, mis amigos y amigas (y enemigos, y enemigas) de izquierda. No lo necesitan. Para qué, si ya se saben la lección. Que la apliquen en la práctica, esos ya son otros veinte pesos.

Huelga decir que no albergo muchas esperanzas al respecto. A las pruebas me remito.

“Guatemala es el décimo país más feliz del mundo, según el Índice Planeta Feliz 2012, elaborado por The New Economics Foundation (NEF). De acuerdo con el estudio, a pesar de la pobreza, la desigualdad económica y la inseguridad, Guatemala y las naciones del Istmo se caracterizan por el capital social, el valor humano y la unión entre su población”.

Noticia de portada del matutino *Publinews*,
18 de julio del 2012

Todo imbécil execrable que no tiene en el mundo nada de qué enorgullecerse, se refugia en el último recurso de vanagloriarse de la nación a que pertenece por casualidad.

A. Schopenhauer

Entre el espanto y la ternura crece la biedra, el sano juicio con la locura, la flor, la piedra.

S. Rodríguez

Una sociedad que ha convertido el crimen en su principal valor. De ahí vengo.

H. Castellanos Moya

El resultado de todo terror prolongado es la insensibilidad. El precio de la vigilancia permanente es la indiferencia.

M. McLuhan

PREFACIO

La presente obra tiene como telón de fondo una tendencia humana más o menos nueva: la *galopante* desigualdad (ojo: lo novedoso no es la desigualdad a secas, sino el hecho de que esta desigualdad acuse una tendencia galopante) cuyo análisis es objeto de nauseabundos retorcimientos perpetrados por izquierdas tanto como por derechas, sobre todo a partir de la crisis financiera mundial ocurrida en el año 2008 y el subsecuente salvataje, con fondos públicos, de las entidades privadas responsables del colapso. Desde entonces el fenómeno de la desigualdad adquirió una relevancia inédita, y desde entonces las dos grandes corrientes ideológicas, en pugna ya durante dos siglos y medio, vienen librando una batalla sin tregua en su disputa por la hegemonía; es decir, por imponer una versión definitiva –la suya– sobre la realidad y los hechos que la componen.

¿De qué rayos hablamos cuando hablamos de desigualdad? Es esa pregunta, repetida muchas veces, revestida de anécdotas y reflexiones (y no necesariamente

su respuesta), la que acompañará al lector y a la lectora de manera insistente, incesante, a lo largo de este libro.

Si en algo contribuye la experiencia del autor en trasladarle esa misma pregunta a su contraparte, entonces el propósito de este esfuerzo se habrá cumplido. Y si, por el contrario, su lectura no consigue resolver nada, al menos habrá abonado en hacer más profunda y fértil la zanja de la duda.

Con eso será suficiente.

Guatemala es una especie de arbitrariedad conceptual, un accidente en la carretera, un lugar donde coincide gente viviendo a velocidades muy distintas; ignorándose, o—más aún—repeliéndose, de espaldas entre sí, rogando al cielo no tocarse, no mezclarse, *cada mico en su columpio*. Unos pasan, otros quedan, otros se van.

Algunos parecieran querer moverse más rápido de lo que su entorno y su propia capacidad se lo permiten: son los animales urbanos, los profesionales de éxito, los ejecutivos de tiempo completo con compromisos a tope, la agenda llena y la rutina apretada; los que evaden las horas pico y sustituyen, siempre que pueden, el carro por el helicóptero y el helicóptero por el *jet*. Usan *gadgets* (el *smartphone*, en primerísimo lugar) para ayudarse a ser aún más diligentes, más eficaces, y esos rapidísimos adminículos cuentan con un sinnúmero de aplicaciones, cada una de las cuales despliega asimismo una cantidad torrencial de información que se actualiza todo el tiempo, segundo a segundo, incesantemente, sumiendo al usuario en un

estado de perpetua ansiedad y frustración: *FOMO, fear of missing out*.

Por más que se esfuercen, les es imposible mantenerse al día. Agotados, siempre al borde del colapso físico y nervioso, la vida se les va enfrascados en la tentativa de cumplir todas sus metas, de batir todas sus marcas, de escalar posiciones, de no cometer errores... sin imaginar que el sendero que transitan, 'la ruta del progreso', pareciera conducirlos (a ellos, pero también a nosotros, llevados de corbata) al borde del precipicio.

En el extremo opuesto se encuentra la gente del campo, aislada de las ciudades y los cascos urbanos, refundida allá "donde acaban los caminos". Gente de costumbres sencillas, dueña de poco más que una profunda vinculación con la tierra, un agudo sentido de pertenencia al cosmos y una íntima relación con los elementos de la naturaleza (la luna, el sol, la flora, la fauna, el agua, el fuego, la montaña) y los fenómenos meteorológicos (el día, la noche, el viento, la lluvia, el frío, el calor), de cuyo adecuado balance dependen implacablemente.

Sé de varios de ellos. Algunos son, o han sido, mis amigos. Cada vez quedan menos, pero todavía los hay en cantidad. Impertérritos, milenarios, lejos están de esas burdas y chatas representaciones que los pintan como *buenos salvajes*. Su corazón, como el de cualquiera, alberga claroscuros, y según sea el caso se inclinan hacia el candor o hacia la travesura, igualito que uno. Viven, eso sí, a una velocidad distinta, laten a otro compás, conciben el tiempo de manera cíclica, no lineal; *transcurren* en él implicándose por completo, mirando al cielo, *leyendo* sus señales. No les queda

otra: es casi lo único que saben hacer, pero saben hacerlo asombrosamente bien.

El suyo es un tiempo sin relojes, que nada tiene que ver con la mera *duración* entre dos eventos dispuestos *en secuencia*, uno delante y otro detrás; un tiempo sin segundos uniformes, sucesivos, mesurables, *tic-tac, tic-tac, tic-tac*. En cambio, al no saber leer ni escribir discernen la realidad de acuerdo a parámetros fuera del poderoso influjo del alfabeto: su mundo está dominado por el oído, más que por la vista, y eso les permite enrollarse, *fundirse* en el escenario circundante de un modo unitario, orgánico, en estrecha sintonía con el aquí (que es *infinito*) y el ahora (que es *perpetuo*), combinando emoción y raciocinio, en una experiencia que se asemeja a la del sonido estéreo con efecto *dolby surround* (en la que todo está envuelto en todo, en la que todo es parte de todo), y no tanto al del atisbo ocular fijo, separado, individual, con su característico punto de fuga y su mirada proyectada en perspectiva.

Ajenos al empleo de la palabra escrita, se hallan en cambio muy bien fogueados en el uso de la palabra hablada; de ahí su decidida vocación por las asambleas, los cabildos, las cofradías, las dinámicas participativas, el hábito de congregarse, el modo de vida comunitario. Y de ahí, por supuesto, su rica tradición oral, su concepción mágica de las cosas, su facilidad para captar y crear metáforas.

La gente alfabetizada piensa que la causa y el efecto son secuenciales, como si una cosa empujara a la otra con una especie de fuerza física. La gente no alfabetizada siente muy poco interés por este tipo de causa y efecto “efectivos”, pero les fascinan las formas ocultas que producen resultados mágicos. Lo interior, más que lo exterior, despierta el interés de las culturas

no visuales y no alfabetizadas. Por ello Occidente ve al resto del mundo sumido en la red continua de la superstición.²

En medio nos encontramos los demás, viviendo nuestra vida cada uno a distinta velocidad, unos más rápido, otros más despacio. Claro que no a todos nos es dado el privilegio de decidir la velocidad a la que queremos vivir. Yo, por ejemplo, me considero lento e intento pasarla al suave, pero a la vez uso reloj y llevo agenda y asumo compromisos a futuro, y a la vez ‘pierdo el tiempo’ y me distraigo en ‘tonterías que no valen la pena’, y entonces siento que el reloj me agobia y que la agenda me asfixia y que los compromisos me esclavizan. *Corro, vuelo, me acelero...*

Pero entiendo que hay otros que la llevan peor. Lo he visto. Me consta. A algunos la vida les pesa porque van demasiado rápido, a otros les pesa porque van demasiado lento y resisten el sopor de permanecer como suspendidos en la nada, invariables; otros más viven como expulsados del tiempo, en una dimensión paralela donde las cosas funcionan al revés, o simplemente no funcionan.

La velocidad nos aproxima, la velocidad nos separa, la velocidad nos aísla o nos sintoniza; la velocidad nos moldea: según varía nuestra velocidad, nuestro ritmo vital, vamos entrando en uno u otro plano de conciencia. La velocidad reconfigura nuestra percepción del entorno, y de paso también nuestra

2. McLuhan, M. (1964). *Understanding Media. The Extensions of Man*. Traducido al español como *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*. Editorial Paidós, 2009; p. 330.

relación con él. No nos damos cuenta, pero la velocidad trastoca nuestro universo de posibilidades.

De las muchas Guatemalas que conozco, he visto demasiadas moviéndose a una velocidad “entre el espanto y la ternura”, llevando esa cadencia de ave de mal agüero donde la vida y la muerte anidan perturbadoramente cerca la una de la otra.

Salgo de mi casa a las once. Hubiera querido, y debido, hacerlo a las diez.

Me levanté tempranito, hace cinco horas, intuyendo que sería una jornada larga, una larga jornada; pero sin imaginar qué tanto.

Pasé la noche en casa de mis viejos, a veinte kilómetros del centro de la capital en dirección noroeste, carretera a San Juan Sacatepéquez. En ese lugar transcurrió mi infancia, mi pubertad, mi adolescencia, mi vida durante treinta años, desde 1973 hasta el 2003. Qué tiempos aquellos.

Recuerdo la última década que pasé ahí, mi convulso tránsito por los veintes, intentando encajar (sin lograrlo del todo) en el encorsetado y falso mundo de los adultos. Mucho de lo que aprendí, mucho de lo que soy ahora, muchos de mis hallazgos vitales: baños de realidad, contrastes socioeconómicos, hábitos de socialización, contacto con la naturaleza, vida en vecindario, relacionamiento con la otredad, se lo debo a ese remanso de montaña aún boscoso ubicado en la aldea El Naranjito, zona 6 de Mixco.

Bajo a la ciudad. Es domingo 20 de noviembre y el tráfico fluye a pesar del ajetreo prenavideño que crece en intensidad conforme se acerca “el día más hermoso del año”.

(Confesión a quemarropa: detesto la ciudad de Guatemala. Intento eludirla siempre que me es posible. Por eso estoy tan contento de largarme, durante dos meses, a recorrer los veintidós departamentos. El territorio nacional entero, de cabo a rabo. Qué maravilla. Aunque, pensándolo bien, no tan contento. No ahora mismo, por lo menos; porque antes de *salir* deberé *entrar*: hacer compras de última hora, recoger parte del equipo de grabación que todavía falta, pasar por uno de mis compañeros de viaje, almorzar algo).

Como siempre me ocurre cuando meto de lleno la cabeza dentro de un fenómeno cuyos detalles se me escurren del entendimiento, mi mente ha estado en permanente cortocircuito de ideas que no consigo conciliar dentro de un todo congruente, total, unificado. Me han pedido que dibuje un lienzo sobre la desigualdad en Guatemala. En palabras, se entiende. Y eso me tiene, por un lado, dando brincos de felicidad porque sé muy bien que existen pocos lugares en el mundo como Guatemala para evidenciar, en su máxima expresión, los muchos rostros de la desigualdad. Pero también, por otro lado, me siento un tanto confundido/agobiado/incómodo debido a cierta astilla subyacente en esa palabra –*desigualdad*– que de inmediato me genera anticuerpos.

El solo hecho de tener que considerar la desigualdad como telón de fondo, el imperativo de remitir mis cavilaciones a ese concepto, la obligación de pasar una y otra vez por ahí para calibrar el peso de lo que

observo y validar si esas observaciones son (o no) legítimas me produce espasmos de rechazo.

¿Por qué?

Trato de responderme, inspecciono sentimientos y caigo en cuenta de lo contaminada que está la palabreja en cuestión. Vaya reto el de intentar referirse a algo tan trillado sin caer en estereotipos, sin redundar en lo ya antes dicho y escrito; o, más jodido aún, sin salpicarse con la gigantesca ola de prejuicios erigidos al respecto.

Aunque, la verdad sea dicha, no hace falta ir demasiado lejos para detectar evidencias flagrantes, descomunales de desigualdad. Al contrario, si en algún lugar del país la desigualdad se muestra a sus anchas, en todo su esplendor, es en la ciudad capital. Ningún lugar de la república como la misma capital para escupirnos en la cara contrastes como el que vemos, pongo por caso, entre La Cañada y La Terronera, zona 14; colonias contiguas, *apenas* separadas por dos abismos: el de un barranco natural que se abre entre ambas y el de un precipicio económico que explica por qué la primera es tan exclusiva que ni siquiera te permiten el ingreso al parque que hay adentro (a pesar de ser propiedad pública) y por qué a la segunda se niegan a entrar los repartidores de comida rápida debido al peligro que encierran sus calles.

O contrastes como el que puede verse, en el interior de casi cualquier residencia de clase media, entre el dormitorio principal y el cuartucho donde pernocta la empleada de servicio doméstico. A veces, hasta los perros ahí comen y duermen y viven mejor que las llamadas, con ínfulas de superioridad, *muchachas* o *choleras*.

Tampoco necesita uno rizar el rizo llevándose las de original para darse cuenta de cómo en Río Dulce, sobre todo durante el asueto de Semana Santa y las vacaciones de fin de año, conviven imperturbables, una a la par de la otra, la opulencia y la miseria más superlativas, ésta resignándose a aquélla, aquélla ignorando a ésta como si de hecho no estuviera ahí.

En el Lámpara, uno de los afluentes que desemboca en el Río Dulce, no muy lejos de donde está el biotopo del manatí, he visto pasar convoyes de motos de agua rompiendo la quietud de la superficie, seguidas por lanchas de diverso calado. La escena es un calco en vivo y a todo color de *Apocalipsis now*, cuando la embarcación que va en busca del capitán Kurtz remolca a uno de los soldados, esquiando plácidamente, y la estela que deja a su paso hace volcar la canoa de unos nativos, mientras a bordo los demás soldados se deleitan cantando a todo pulmón (*I can't get no*) *Satisfaction*.

A los lados, covachas de bajareque no muy distintas a las que usaban los mayas hace dos, tres mil años. Son familias q'eqchi' desplazadas por la guerra. Algunos niños, barrigones, "millonarios de lombrices", se acercan corriendo para saludar. Allí no llegan las bolsas solidarias del Gobierno ni hay centros de salud ni escuelas ni carreteras en kilómetros a la redonda. Sólo el narco avanza dejando su huella de deforestación y ganado vacuno como fachada. Una mujer lava la ropa en la orilla, el torso descubierto, la piel morena, las tetas al aire. Esto lo he visto antes en algún otro sitio, pienso mientras me acuerdo de aquel chiste mordaz según el cual es un asunto de mera pigmentación el hecho de aparecer en *Playboy* o, por el contrario, en la *National Geographic*.

Lo mismo, poco más, poco menos, se ve en los pueblos que rodean el lago de Atitlán, o en los chalets más exclusivos que dan a las playas de la costa sur, y tal vez también en ciertas regiones fronterizas con México, allá por Huehuetenango, donde la miseria estructural comparte escenario con casonas de narcos y hoteles de coyotes. Y en las fincas, claro, donde la productividad del latifundio todavía depende no de la eficiencia sino de la explotación de mano de obra barata... y de inventar sellos de garantía que certifican un falso cuanto pretendido ‘comercio justo’.

Pero repito: los mayores y más vistosos contrastes se aprecian en la capital, esta capital cuyas arterias fluidas atravieso hoy domingo cerca ya del mediodía. De la San Juan paso a la Roosevelt, y poco antes de llegar al cruce con el Periférico doblo en dirección a la colonia Umatlán. La talanquera de acceso, garita incorporada, constituye una de las estampas más prototípicas en esta urbe enferma, devastada por la paranoia, la inseguridad y la violencia. Más que una ciudad, lo que se aprecia es un conjunto de fortalezas atrincheradas una a la par de la otra en perpetuo temor hacia los peligros que pululan detrás de sus paredes: las casas resguardadas con alambre de púas, los complejos urbanísticos protegidos con muro perimetral, los colegios diseñados como cárceles; los carros casi todos con vidrios oscuros, buena parte de ellos escoltados por guardaespaldas. La policía infiltrada hasta la médula por el crimen y la mafia. En su lugar, una oferta emergente de vecinos organizados para hacer justicia por su propia mano y una sobreabundancia de guardias de seguridad privada portando armas de cañón doble casi tan grandes como ellos mismos.

“Somos una ciudad disociada, una sociedad anti-social, un lienzo humano descosido por todos lados, un cuerpo colectivo con cuadro de esquizofrenia”, escribí hace siete años, a pedido de un proyecto que pretendía mostrar el rostro de las distintas ciudades de América Latina.

Hubo un tiempo no tan remoto en que esta ciudad era llamada “la tacita de plata” por sus habitantes. Para quienes aún no vivíamos queda la duda de si el apelativo se correspondía con los hechos, si el sentir era compartido por todos o sólo por cierta élite propensa a acariciar fantasías victorianas. Como sea, algo sí está claro: la ciudad de Guatemala es, hoy, la cosa menos parecida a una tacita de plata:

La ciudad de Guatemala es una bolsa de meados lanzada desde el graderío del estadio nacional en una tarde de fútbol. Un grupo de estudiantes universitarios en huelga, cubiertos con gorros pasamontañas. La estatua en honor a nuestro gran héroe indígena refundida en la esquina del zoológico, escondida entre un viaducto vehicular de pasos a desnivel. La ciudad de Guatemala es la seguidilla de balazos que de cuando en cuando escuchamos proveniente de no muy lejos ya sin turbarnos siquiera, incapaces de sacudirnos de encima tanta negación y tanta indiferencia. La ciudad de Guatemala es, valga la punzante redundancia, los perros callejeros, las aves de carroña y los niños que viven de los desechos que recogen en el basurero del ayuntamiento, ubicado en un barranco no muy lejos del centro geográfico de la metrópoli y cuyas emanaciones tóxicas con tufo a plástico quemado se extienden por kilómetros en todas las direcciones.

Aquí, cada vez más, el ordenamiento territorial, el diseño arquitectónico, la cultura discriminatoria y

la violenta estratificación socioeconómica te colocan de uno u otro lado de muros divisorios a veces concretos, a veces simbólicos; muros que buscan *aislar* problemas, más que *resolverlos*; muros levantados como antídoto torpe para no ver, para no escuchar, para no sentir, para no enterarse de lo que ocurre del lado de los ‘malos’. Estás fuera o estás dentro, y esa diferencia radical se traduce en infinidad de formas de exclusión:

Para unos, el atajo expedito y, para otros, colas que pueden durar horas enteras; para unos, el acceso a un préstamo con tan sólo levantar el teléfono y gestionar la solicitud informalmente y, para otros, el papeleo y la burocracia y las trabas y la humillación y el “llame más tarde” y el “venga usted mañana”; para unos, el seguro médico privado y, para otros, el calvario de la seguridad social inoperante y los hospitales públicos desabastecidos; para unos, el ingreso por alfombras *VIP* y, para otros, la salida por la puerta de atrás; para unos, el derecho de picaporte en ministerios y oficinas presidenciales y, para otros, medidas dilatorias y eternas ‘mesas de diálogo’; para unos, la toma de las decisiones y, para otros, la inevitabilidad de acatarlas; para unos, el vehículo propio y, para otros, el transporte público con su rosario diario de amenazas; para unos, la colonia cerrada en zonas de prestigio y, para otros, los guetos prendidos milagrosamente de los bordes de los desfiladeros; para unos, el *jet* y el helicóptero y, para otros, el bus destartado y los tramos cubiertos a pata; para unos, el asiento de cuero y los vidrios oscuros y, para otros, el paso por camellones agrietados y una empapada gratis cada vez que llueve; para unos, el techo de dos aguas y, para otros, la lámina con gotera; para unos, la protesta como alegre moda sabatina y, para otros, la criminalización y la violencia

policial y la cárcel y el trato humillante y el descrédito (y, en ocasiones, incluso el asesinato) por “estar armando bochinche”.

Dicho de otro modo: “Para mis amigos, todo; para mis enemigos, la ley”.³ Situaciones, todas ellas, que se dan no sólo en Guatemala; lo que pasa es que aquí los contrastes resultan escandalosamente obvios, flagrantes y profundos, al extremo de remitirnos a un estado de *apartheid* social.

“Pero si eso es normal”, alegan desde su Olimpo de inmunidad quienes –claro está– viven cómodos, arropados, bien surtidos. “Siempre ha habido pobres, y siempre ha habido ricos”. No es fácil llamar su atención para contarles que el recorrido de la humanidad a través de los siglos acusa períodos relativamente estables y prolongados en el tiempo en los que la norma no fue la pobreza, ni mucho menos esta mayúscula desigualdad. Un ejemplo, sin ir muy lejos, ocurrió en estas mismas tierras, centurias atrás: me refiero a las organizaciones tipo *calpulli* (del náhuatl *kalpolli*: casa de gran tamaño), célula básica de organización de los pueblos precolombinos que poblaron Mesoamérica.

El *calpulli* era una unidad política, religiosa y militar autosustentable reunida en torno a un patriarca,

3. Frase que Miguel Ángel Asturias le atribuye al dictador Manuel Estrada Cabrera, quien gobernó Guatemala con mano de hierro durante 22 años, entre 1898 y 1920, a la vez que otorgaba privilegios a allegados suyos: tal es el caso, por ejemplo, de empresas como la *United Fruit Company* (UFCO), que obtuvo el derecho exclusivo de transportar correspondencia entre nuestro país y Estados Unidos. La Frutera llegó a ejercer una influencia política inmensa en muchas esferas al tener el control del transporte de todos los productos de exportación.

con tierras para cultivo y recursos naturales (agua, bosques, yacimientos) a su disposición, y un modelo de trabajo y propiedad de tipo comunitario. Cada *calpulli* contaba con un sacerdote, un consejo de ancianos, un tesorero y un pintor de libros encargado de representar su historia; y debía tributar el excedente de su producción agrícola y minera a la ciudad-Estado (o *altepetl*) de la que formaba parte.

Si tan sólo este episodio de nuestro pasado se discutiera como parte del pensum de estudio en los colegios, escuelas, institutos y universidades del país, tal vez los guatemaltecos seríamos menos ignorantes. Por desgracia, al no ocurrir así, poco puede hacerse por una sociedad cuya élite, aun siendo capaz de emprender cambios, opta mejor por cruzarse de brazos considerando que la segregación es un hecho natural y el blindaje es una receta deseable.

Probablemente ninguna otra urbe iguale, ni mucho menos supere, a la ciudad de Guatemala en sus niveles de desconfianza. Aquí nunca se sabe de dónde te van a venir los plomazos: ¿del motorista ratero de teléfonos celulares?, ¿del ex salvatrucha supuestamente arrepentido que va de bus en bus apelando a la caridad de los pasajeros?, ¿del cabecilla de una banda dedicada al robo de vehículos?, ¿del líder de un clan que realiza secuestros exprés?, ¿del sicario que se gana la vida ofreciendo *trabajitos* a destajo?, ¿del convicto recién fugado del poroso sistema carcelario nacional?, ¿del policía que amaneció borracho?, ¿del militar acorralado por el peso de la memoria colectiva?, ¿del machito brincón crecido en un contexto familiar autoritario donde los problemas se resuelven, así le han dicho, “a sangre y plomo”?, ¿del narcotraficante todopoderoso al que le pican las manos por probar su nueva Beretta

bañada en oro?, ¿del guardaespaldas si uno no se hace a un lado mientras pasa la caravana de vehículos en la que va su jefe?, ¿del guardia de seguridad cuya psique es una olla de presión a punto de reventar?, ¿del adicto desesperado en plena crisis de abstinencia?, ¿del diputado fugitivo?, ¿del juez con orden de captura?, ¿del ministro defenestrado?, ¿del alcalde sorprendido con las manos en la masa?, ¿del gobernador que hace negocios con la mafia?, ¿del asesor de gobierno incriminado en actos de corrupción?, ¿del papá violento?, ¿del esposo abusador? ¿Del automovilista al que le bocinás porque no respetó el alto? Cualquier energúmeno puede ir armado. Y en la ciudad de Guatemala lo que abundan son, precisamente, los energúmenos armados.

Previa entrega de mi documento de identidad, el guardia de la garita abre la talanquera. Ingreso a la colonia, busco la dirección, la hallo, estaciono el carro, me bajo, camino hacia el portón de la casa, toco el timbre. Nada.

Qué raro. No son ni siquiera las doce y este cabrón ya salió. Se fue a almorzar. Tenía que entregarme un *slider*; esto es, una pieza para deslizar la cámara de video desde el trípode hacia los lados. Tendré que volver más tarde.

Sigo mi camino, tomo el Periférico. El trazo del llamado 'Anillo Periférico', concebido en los años sesenta, se construyó hasta bien entrados los setenta. Cuando la obra por fin se inauguró la ciudad había crecido tanto que el viaducto ya ni era anillo, ni era periférico. Y así sigue hasta el día de hoy, monumento de lo que debió haber sido pero nunca fue.

Voy a recoger a Sergio, uno de mis dos compañeros de viaje, encargado del registro de video. Vive en la

zona 1 y, menos mal, él sí está. Sube al carro y atravesamos la ciudad de norte a sur, buscando uno de los tantos centros comerciales que han surgido, como hongos, en la exclusiva zona 10.

En las áreas más lujosas y exclusivas lo usual es imitar, con pésimo tino y conmovedoras ínfulas, el cosmopolitismo arquitectónico de Miami, replicándolo torpemente en residencias, edificios, *boutiques* y centros comerciales. En los espacios cerrados se prohíbe fumar, pero nada impide que cualquiera pueda pasearse a sus anchas con la pistola al cinto. Y qué decir de la indumentaria: ni siquiera los gringos se visten tan a la americana como nuestra más conspicua *jet set*, devenida así, no pocas veces, en mera caricatura de lo que aspira a ser.

Alrededor de la pujanza económica, apuñuscados entre barrancos y calles estrechas, se arremolinan los barrios populares y los cinturones de miseria. Es el reino de la urgencia y la necesidad cundida de covachas de lámina y cartón, escenario de duras penas y servicios escasos y deficientes, paraíso de la economía informal, la ropa de segunda mano, los artículos de contrabando y la piratería. Es, también, reducto de algunas casas antañonas pintadas de colores encendidos, sala de partos de la esperanza y el desasosiego, bastión de artesanos y malandrines, rincón de la decadencia y la algarabía, surtidor de ceños fruncidos y sonrisas sin dientes, torrente de cantinas con rocola contiguas a templos de oración, cuna de borrachos terminales y de renacidos en Cristo, reservorio de montepíos y casas de empeño, caldo de cultivo de pandillas juveniles y talentos sin opciones a futuro, sede oficial de salones de baile, mercados de barriada, ventas de piñatas, peluquerías que aún hoy ofrecen cortes a navaja y

lettereros escritos mano que dicen *Se vende tortillas los tres tiempos*.

“Unos en la pena y otros en la pepeña”, expresa el refrán popular, certero y fulminante como un rayo; porque “no por mucho madrugar amanece más temprano”. Aquí la realidad escupe, en extraña concomitancia, el sadismo más brutal y la más tierna candidez; la señora de la tienda de abarrotes despacha las sodas servidas en bolsa plástica, se venden cigarrillos al menudeo en casi todas las esquinas y las margaritas florecen asomando su tallo entre las grietas del asfalto.

Una franja artificial separa a estos dos mundos, el de la escasez y el de la abundancia, que se tocan apenas y a la vez se repelen mutuamente. Esa franja artificial está barriendo con el barrio y con los espacios de uso público para dar lugar a los *malls*, auténticos bunkers caracterizados por su arquitectura impersonal, precalculada y simétrica. Y es que, en una ciudad de tejido social hecho jirones por carecer de puntos naturales de encuentro, ¿qué le queda a la gente?, ¿qué hace para abstraerse? Ir al *mall*. Expulsados de todo lo demás, nos volvemos soldaditos cumplidores en lo único que nos queda: el consumo.

Muy pocos conciben ya una salida sin un desembolso: la ciudad de Guatemala cuenta con cada vez menos parques, convertidos de un tiempo para acá en grotescas tortas de cemento con estacionamientos en el sótano, o en áreas rodeadas de barrotes. Así, tras las rejas, todo espacio público deja de percibirse como público. Se siente uno, ¿cómo decirlo?... ¡privado! Vamos quedándonos sin espacios de socialización, lo cual refleja —e incrementa— el grado de neurosis en que vivimos, y nuestra dificultad para entendernos, o para conocernos siquiera. El blindaje como norma.

Compramos, en el Cemaco del bulevar Los Próceres, cintas adhesivas, repelentes contra los mosquitos, cables para amarrar, rotuladores varios y demás enseres de trabajo para nuestro viaje. De ahí enfilamos por la zona 13, vía Pamplona, a la casa de otro colega que accedió a prestarnos un equipo de luces.

Recuerdo una entrevista que le hicieron a Sergio hace años, en la que comentaba que si no fuera por el profundo sentido de la solidaridad y la camaradería que existe dentro del gremio audiovisual, en nuestro país casi no se harían películas. Y es verdad: a falta de industria propiamente dicha lo que sobran son lazos de afinidad y apoyos más o menos incondicionales. *Hoy por ti, mañana por mí.*

Nos hace pasar adelante mientras prepara el equipo. Me distraigo viendo el arbolito navideño y el tradicional nacimiento debajo: las casitas de barro pintado, los muñecos de plástico, el riachuelo de papel de aluminio, los parches de aserrín de colores, la trenza de pino, el collar de manzanilla. Aquí en Guatemala el fervor cultural por la Navidad es tal, que la gente se prepara y decora sus casas con mes y medio de anticipación.

Hay que volver a Utatlán por el *slider*, pero el cuate todavía no regresa de su almuerzo. Para hacerle tiempo decidimos ir a comer nosotros también. Por el día y la hora se nos antoja un ceviche. Vamos, entonces, al local de don Pluma, en la zona 11, cerca de la salida hacia San Cristóbal. Una delicia, sin exagerar. Y las micheladas, no se diga.

Recogemos por fin el *slider* y salimos por la Roosevelt en dirección a la Antigua. ¡Qué alivio! Por fin fuera. En Antigua nos espera Laura, la otra

compañera de viaje, a cargo del registro fotográfico y de operar la cámara de video. Para entonces son ya las cuatro de la tarde y hemos de pasar por Chimaltenango, especie de agujero negro donde el tiempo se dilata, el espacio se comprime y el tráfico se detiene en kilométricas colas que avanzan a paso de tortuga: el cambio de velocidad, decíamos, te hace ver las cosas de un modo distinto.

No sé qué alcalde inepto hizo construir ahí un horripilante paso a desnivel que no ha servido para nada: el flujo de los carros se estanca igual, en buena medida debido a que en cada fin de cuadra hay automovilistas deteniendo la marcha porque necesitan doblar hacia el lado contrario y, claro, se los impide la interminable fila de carros que viene en sentido inverso.

Chimaltenango, vaticinan algunos, es la urbe del futuro en Guatemala: el modelo de cómo serán otras ciudades mientras nadie haga nada por planificar su crecimiento. Un futuro entrópico/distópico no muy lejano, a merced del caos y la improvisación.

En otras zonas del país, sobre todo en el altiplano occidental, la transición de apacibles poblados a vigorosos núcleos urbanos es consecuencia del montón de dinero que ingresa en las economías locales gracias al envío de remesas familiares desde Estados Unidos. En Chimaltenango, no; aquí la pujanza se explica, principalmente, en razón del cultivo de verduras y frutas. Este valle ubérrimo, meca comercial de la nación Kaqchikel, ha sabido aprovechar una suma afortunada de factores (el clima privilegiado, los apoyos en otorgamiento de capacidades técnicas e inversión, el acceso por carretera asfaltada, la cercanía con la capital) hasta llegar a convertirse en el principal

surtidor de hortalizas del país. La cosecha de primera se exporta y el excedente, que no es poco, va pasando de mayoristas a intermediarios hasta venderse al menudeo en los mercados cantonales del centro, del sur y del occidente de la república.

Es inevitable cruzar en carretera esta ciudad sin sentir en el aire el eructo de la testosterona: a horcajadas del asfalto pulula una actividad comercial organizada casi exclusivamente para consumo masculino: pinchazos, aros, llantas, picops usados, mofles, servicios de grúas, parachoques, embragues, silenciadores, locales de auto-lavado, moteles, comedores, decenas de prostíbulos y cantinas.

El paso por Chimaltenango, de unos cinco kilómetros de longitud, puede llevarle dos horas o más a cualquier automovilista respetuoso de las normas de tránsito... porque también están los buses extraurbanos, expertos en inaugurar terceros y hasta cuartos carriles por donde se escabullen dejando a su paso una estela de polvo y desprecio por el prójimo. Lo tienen ya todo previamente convenido: en caso de registro policial, untan la mano de la autoridad con un billete de cincuenta quetzales,⁴ suficiente para que los guardianes del orden hagan vista gorda.

La suma total de las pérdidas, en términos de tiempo y productividad, se calcula en unos diez millones de dólares mensuales aproximadamente. El reglamento sobre el derecho de vía de los caminos públicos de Guatemala establece que al margen de la carretera debe haber dos paredes o cercas, dos banquetas y dos cunetas. Nada de eso se respeta, como tampoco se cumple la disposición legal de dejar un trecho de

4. Entre seis y siete dólares estadounidenses.

12.5 metros a cada lado del pavimento. Y es que el tráfico de vehículos representa una oportunidad económica ‘por derrame’ para los pueblos cercanos donde el desarrollo simplemente no llega, o llega demasiado a cuentagotas. Si el dinero no pasa por el pueblo, ¿cómo oponerse a que el pueblo se aproxime a las carreteras, que es por donde pasa el dinero?

Pero, por mucho que nos moleste, si le damos la vuelta al fenómeno para verlo al revés habría que reconocerle a ciudades como Chimaltenango la *virtud* de echarnos en cara su caos, de endosarnos sus problemas. Dicho de otro modo, si no fuera porque todos esos problemas se atraviesan en nuestro camino obligándonos a detener la marcha, lo *normal* sería pasar de largo ignorándolos. Es el hecho de vernos afectados por ellos lo que nos lleva a darles importancia; de lo contrario permanecerían ocultos, igual que tantos otros problemas más allá de nuestra vista, más allá de nuestro interés particular.

Atrapados en la telaraña chimalteca, con tiempo de sobra para entrever perspectivas fatalistas, no es difícil caer en cuenta de la cantidad de municipios cuya pujanza se estrellará más pronto que tarde con el mismo destino: crecimiento sin planificación, oportunismo a rajatabla, y ese proverbial desprecio por las normas característico de las sociedades habituadas a la impunidad.

Son casi las seis de la tarde cuando por fin dejamos atrás aquella bulliciosa ‘ciudad del futuro’. Un poco más adelante, antes del anochecer, el camino nos ofrece una estampa navideña digna de Charles Dickens. A la orilla de la carretera, casi llegando a la aldea Chupol pueden verse decenas de niños, con sus suéteres raídos y el moco polvoriento escurriéndoles de la

nariz, haciendo señas con la mano, pidiendo limosna. Detrás están sus madres, vigilantes. Ellas los colocan ahí en un ritual que se repite año con año por estas fechas. El propósito burdo, trillado, es ablandar el corazón de los transeúntes que, por lo general, siguen de largo sin inmutarse. “¿Por qué no trabajan como lo hace la gente decente?”. “Eso les pasa por tener tantos hijos”. “El indio es pobre porque quiere”. Se lo he escuchado decir a muchos. Sólo así logran conjurar la indiferencia y aun así seguir considerándose buenos cristianos. Sólo así eluden involucrarse, saberse parte del problema, sentir la mordida de la conciencia en las tripas. No es grato el impacto de entender que el privilegio de los pocos descansa sobre la miseria de los muchos: esta idea (manida, aparentemente demagógica, como sacada de los peores libros de Galeano) iré desmenuzándola más adelante hasta desnudar la realidad que encierra.

Tenemos reservaciones para dormir en un hotel de Santa Cruz del Quiché, en el altiplano del país, a 150 kilómetros de la capital en dirección noroeste; pero antes debemos ir más lejos aún, a Cuatro Caminos, Totonicapán, a encontrarnos con otros dos colegas que tienen consigo el resto del equipo que nos falta para trabajar. Después de esperar más de una hora en el estacionamiento de la gasolinera Shell, por fin completos, damos la vuelta y cubrimos el resto de la ruta que nos falta. Llegamos a eso de las diez de la noche.

Aparco el picop, descargamos el equipaje, nos instalamos en nuestras respectivas habitaciones. Estoy molido y supongo que mis compañeros también. Cunden, con fuerza, las ganas de cenar. Salimos a dar una vuelta.

Las calles, mortecinas, están casi desiertas. Una hora más tarde, al volver, se ve mucha más gente, sobre todo mujeres que, biblia en mano, la cabeza cubierta con rebozo, vuelven del culto dominical: la penetración evangélica en todo el país resulta cada vez más evidente, para bien y para mal. Para bien porque, quiera que no, el propósito firme en apego a los diez mandamientos redundará en menos consumo de alcohol, mayor productividad en el trabajo y, por consiguiente, cierto nivel de prosperidad material a veces sobresaliente. Y para mal porque todo ello implica, necesariamente, renunciar de tajo a su riquísima cultura, cuyas prácticas ancestrales se consideran pecado, brujería, blasfemia, cosa del demonio. El dios de los cristianos es celoso y no admite competencia.

Pero esa es otra historia.

[Signe el en el capítulo 8]

Once de la noche en uno de los tantos hoteles de medio pelo donde nos ha tocado y nos seguirá tocando pernoctar, con su típico jabón de flor de lis y su detestable regadera *Lorenzetti*, de esas a las que hay que bajarle a lo mínimo la presión del agua de la ducha para que entibie aunque sea algo. Estamos en San Lucas Tolimán, a la orilla sur del lago de Atitlán, Sololá. El clima es delicioso: de enfrente, proveniente del altiplano, llega el viento fresco; de atrás se cuele, entre las faldas de los volcanes, la brisa tibia que sube desde la costa.

En el área de parqueo veo a dos empleados repartidores de pan Bimbo preparando el producto en el compartimiento del camión para la jornada siguiente, que con toda seguridad arrancará bien temprano.

Al otro día quedamos de vernos con Ángel, un tipo muy peculiar, por decir lo menos. Vive aquí, en algún lugar del casco urbano, no sé muy bien dónde. Trabaja barriendo pisos y limpiando mesas en una cantina no muy lejos del parque. “Ése sólo chupando

se mantiene. Ahí adentro amanece, tirado, todos los días”, me han dicho. Yo apenas lo conozco.

Nos vimos sólo una vez, cerca del mercado, cruzándonos apenas. Eso fue tiempo atrás, cuando anduve por acá trabajando durante tres meses y pico, entre noviembre del 2015 y febrero del 2016, ayudando a un amigo en el rodaje de su película. Mi trabajo consistía en hacerme cargo de la alimentación de la tropa. El *catering* para el *crew*, como se dice en la jerga de la industria audiovisual. Por mucho que quisiera organizarme, casi no había día en que no me tocara ir al mercado por esto o por aquello. “Gato, ya no hay pan”. “Gato, traeme otro cereal, que el *Corn flakes* no me gusta”. “Gato, ando malo de la panza, a ver si me conseguís yogur”. Un domingo, a principios de febrero, caminaba por una de las calles invadidas entre puestos y marchantes, cegado por la luz del sol que me pegaba directo en la cara, filtrándose entre los toldos de plástico. Fue ahí que me lo topé.

Me sorprendió su altura en primer lugar. Es decir, su altura para ser mujer... porque, sí, iba vestido de corte y huipil. Eso fue lo segundo que me hizo fijarme en él: ¿un hombre indígena vestido de mujer indígena, caminando por la calle en mitad del mercado, como si nada? Algo así no se ve todos los días. De manera informal indagué un poco para saber quién era. Lejos estaba de imaginar el denso costal de tribulaciones que llevaba a cuestas.

Conseguí su teléfono. Lo llamé. Apenas pudimos entendernos: el idioma, la conectividad, qué sé yo. “Ya no chupo. Ya no puedo. Estoy enfermo. Me puse bien malo, viera”. Que se le hinchó la barriga, me dijo. Que anduvo todo amarillo. Y que lo llevaron a la iglesia. Luego, al doctor.

Fui a visitarlo a la cantina. Entré y en la barra pedí un Kuto: Q.3.50 por un octavo de litro de aguar-



Ángel Pérez.

diente bastante rascuache. Sandra, la señorita tras el mostrador (que resultó, además, ser hija del propietario), lo destapó y me lo entregó. Me senté en la esquina para tener una mejor perspectiva del recinto. Otra vez se me hizo anormal la naturalidad con que Ángel se movía entre la clientela, lo mismo que cuando lo vi caminando aquel domingo en el mercado. Nadie parecía fijarse en él. Era como parte del paisaje, un elemento más en el mosaico cotidiano. *¿Cómo es posible que una cultura tan conservadora, tan misógina, tan machista, tan homofóbica pueda tolerar —y asimilar!— a alguien así?* Entre él y Óscar, uno de sus hermanos mayores, me dieron algunas pistas.

Ángel es oriundo de San Bartolomé Jocotenango, “probablemente el municipio más pobre del departamento de Quiché”, según refiere un legajo de historias de vida compilado por Avancso al que más adelante tuve acceso. Nació en 1979, justo cuando en el altiplano la represión militar crecía en brutalidad al extremo de calificar ya como terrorismo de Estado. La familia en pleno huyó cuatro años más tarde. Eran el papá, la mamá, que estaba embarazada, y tres hermanos. A salto de mata permanecieron en la montaña durante tres años. Ahí nació la hermana menor de Ángel.

“Para mí que el susto de andar todo el tiempo escondido en el monte fue lo que lo convirtió así”, me dice Óscar. “Porque él nació hombre”.

Más de un año vamos a estar fuera de las casas, por el monte, con frío y sin comer nada. Mucha hambre aguantamos. Sólo hierba mora y raíces de ixch’ab’aq comemos. Ya no hay nuestro maíz, ya no hay nuestra

tortilla. Puro zacate, as como los chivos comemos nosotros.⁵

Todos sobrevivieron. Ninguno murió. El hambre, eso sí, los obligó a acercarse a Santa Lucía La Reforma. Ahí permanecieron “como unos seis meses”. Luego, otra vez a guarecerse en la profundidad de la sierra. “La gente tiene miedo de salir de las montañas porque los patrullas y el ejército los está buscando. Tiene miedo de salir por los caminos. Año y medio vamos a pasar sufriendo en la montaña”.

Un contratista les consiguió trabajo en las fincas de la costa. Con él obtuvieron también papeles falsos, “así los patrullas y los ejércitos que vamos hallar en el camino no van a chingar”. A veces, ni les pagaban. Anduvieron en Siquinalá, luego en Tiquisate y después en La Gomera. Si los cálculos no me fallan, en su éxodo habrán recorrido unos 400 kilómetros, poco más o poco menos.

Por último, alguien les habló de Sololá.

Bueno, ya en el año 86 vengo yo aquí a Sololá y a trabajar, a trabajar aquí con la gente. La gente va pagar tres quetzales,⁶ ¡puchis!, ya es buen pago. Cada semana paga aquí, cada semana paga. Hay trabajo con la gente, como la gente tiene su parcela, va dar trabajo como peón. Pero aquí está mejor, no es como en la finca, no es patrón, no es caporal, con la misma gente

5. Testimonio atribuido a Andrés López (nombre cambiado), cuyo perfil coincide con el de Óscar, el hermano de Ángel. *Se acabó el tiempo. Historias de vida y tradición oral de San Bartolomé Jocotenango, Quiché*. Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala (Avanco). Guatemala, 2002; p. 243.

6. Tres dólares de la época.

es ya, si uno va cumplir su trabajo no van a tratar mal. Ahora la gente está pagando doce quetzales, ¿y acaso la finca va pagar así? No, la finca muy barato paga, y sí, el patrón puro pisto tiene, pero no paga bien. Barato paga y no da su tortilla. Por eso estamos nosotros aquí, no hay molestia, no hay caporal. La finca siempre está un caporal atrás. Aquí no hay tanto peligro.⁷

La familia se instala en San Lucas y, aun siendo k'iche', no tardan en asimilarse dentro de la comunidad kaqchikel. "Gracias a Dios aquí hay trabajo, no como en San Bartolomé, donde todavía hay patrulleros amenazando", me dice Óscar. "Nosotros somos parte del Programa Nacional de Resarcimiento, pero el resarcimiento no llega. Estamos luchando".

A Ángel la voz le sale nasal, como si fuera janano. Sólo ahora que converso despacio con él me doy cuenta. Habla con ese timbre sereno, imperturbable, que caracteriza a tantos indígenas curtidos por la adversidad, casi podría decirse resignados a la constante embestida de lo que no les es posible evitar.

Percibo también cierta dificultad de entendimiento, quién sabe si por la pésima alimentación que recibió en esos cruciales dos primeros años de vida, mientras la familia en pleno sobrevivía en el espesor de la sierra alimentándose de hojas y bayas; quién sabe si por la cantidad de guaro que bebió, quién sabe si por algún golpe fuerte que habrá sufrido; lo cierto es que habla despacio, le cuesta articular; desvaría todo el tiempo, derrapando entre circunloquios; olvida las preguntas, *se le va la orquesta*. "Sos atarantado, sos mudo", cuenta

7. Manuel Antonio López (nombre cambiado). Su perfil coincide con el del papá de Ángel. *Ibidem*, p. 186.

que le dice el papá. “Desde pequeño empecé a tomar, desde pequeño le di. A mí a la fuerza me dieron el licor. Trece años tenía. Yo decía que no, porque no me gustaba”.

Refiere Óscar, el hermano, que ya asentados en San Lucas un amigo de su padre, molesto por no poderle cobrar cierta deuda económica, en represalia secuestró a Ángel y lo dejó al cuidado de una señora dueña de una cantina. Ella fue —dice— quien lo echó a perder. Su versión coincide con el relato de Ángel, quien habla también de esa señora que “hizo brujería para que yo empezara a tomar”.

“Total, perdí mi vida diuna vez. Ya no dejé el guaro. Trabajaba, ganaba mi pisto, yo solito iba a traer mis dos octavos y me los tomaba en la casa, escondido para que no mirara mi papá. Después, al rato, otros dos. Hacía tres, cuatro rondas: otros dos... y así. Sí. Ya cuando me embolaba, me dormía”.

Vive con el tata. Contiguo a su casa está la de Óscar. La madre murió no hace mucho. Tienen un molino de nixtamal y se ayudan con la venta del servicio a los vecinos que quieren moler su maíz.

“Yo seguía chupando hasta que un día sacó su cincho mi papá. Me zampó unos tres cinchazos con el mero hierro. Morada hizo mi espalda. Salí de la casa, bajé la calle, encontré a un amigo y le dije: ‘Mirá, yo quiero trabajar lejos’. Y me habló de una señora en Santiago que me iba a llevar para Pana.⁸ Yo nunca había ido. Dos años estuve ahí, sin volver. Mi mamá estaba triste porque no me miraba. Y triste estaba yo

8. Panajachel, la población más turística de entre las que se asientan a orillas del lago de Atitlán.

también, porque no me hallaba en esa casa que no era mía”.

Cuenta que fue hasta los dieciocho años que decidió usar corte. “Un amigo, así igual que yo, me llevó para donde sus tíos, que esos cómo chupan, y me dijo: ‘Mirá, ¿no querés que te ponga un tu corte y un tu huipil?’ Era de Santa Catalina Palopó. Ta bueno, dije yo. Me lo puso, me arregló el pelo, me pintó y fuimos a la cofradía a bailar. Era octubre, había fiesta y los hombres va y va de bailar con nosotros. ‘¿Querés una tu cerveza, preciosa?’ Gracias, vamos pues, decía yo. Ahí mismo vendían, en el patio. Mirábamos una cantina y nos íbamos a tomar, agarrados de la mano. Nos sentábamos en la mesa y tomábamos hasta que comenzaba a tocar la marimba y otra vez a bailar”.

De regreso, ya bien borrachos, el amigo, “un poco delicado él también”, le dijo que se quedara con el corte. “Después dejé crecer mi pelo y el corte me lo ponía para ir a trabajar a la cantina de la Sandrita. ‘Uy, tu corte es bien bonito’, me dijo la muchacha que despacha a ahí”.

Otro hombre vestido de mujer le dio dinero para comprarse un corte nuevo. El dinero lo usó, sí, pero para seguir chupando: “De una vez perdida mi vida yo. Ya cuando uno mismo empieza a chupar, sigue y sigue todos los días. Antes sólo tomaba domingo o sábado, sólo esos días de descanso. Ya lunes me iba a trabajar, aunque sea con un poquito de goma me echaba un mi octavo y se me quitaba. Pero ya más después me agarró maña y diario, diario, diario, todo mi pisto”.

La familia lo regañaba. “Era por mi bien, pero uno no entiende. Ya ve que el vicio, vicio es. Hasta que de repente caí con mi enfermedad. Casi una

semana sufrí yo, me quejaba, se me hinchó el estómago así, ve; parecía que estaba embarazada”. En el trabajo —dice— no podía ni agacharse ni levantarse, por el dolor. La muchacha encargada le permitió retirarse. Subió para su casa a eso de las siete de la noche. “Venía en la calle y ya no aguantaba; ya no, ya no, ya no; ¡cómo me dolía el estómago! Hasta que me llevaron con el doctor, aquí al centro de salud”.

El centro de salud es de los típicos establecimientos de servicio público en el que los usuarios, para asegurarse de que los atiendan ése mismo día, deben presentarse a las cuatro de la mañana y agarrar turno, aunque el horario de atención no empiece sino hasta las nueve. Cuenta Ángel que, al verlo, el doctor le dijo que “esa enfermedad es *cisnoso* y es *patito*”. Que por eso tenía amarillos los ojos.

Era cirrosis y era hepatitis.

A Ángel le gusta más vestirse de corte y de huipil. “Pantalón y playera, no me hallo. Ese es mi gusto. Nadie me molesta. La gente no se ríe ni se burla”. Nomás al principio, cuando empezó a usarlos. “Ahora no, porque la gente ya sabe”. Sólo a veces lo critican en la calle: “Eso es pecado, ojalá mis hijos no salgan así como usted”. Ángel les responde que todos somos humanos y que no hay que discriminar. “Pecado es estar juzgando la vida de la gente”, les dice. También lo criticaban sus hermanos: “Ponete el pantalón, cortá tu pelo”. Tres veces le han cortado el pelo, dice. “Estaba bien bolo y no me fijé”.

Le pregunto si le gusta llamarse Ángel o si le gustaría llamarse de otra manera. Responde que no le importa, que igual a veces lo llaman Angelita, o Angélica, o Ángela, o Mónica. “Sobre todo las mujeres

son las que me cambian el nombre”, admite: “En la cantina sólo Ángela me dicen, y yo no me enojo”.

Me intereso por saber si ha tenido novios. “Cuando estaba pequeño sí enamoraba yo. Había dos enamorados, de ahí de la colonia San Gregorio, que se avocaban por mí. Llegaba ahí y... [titubea dos segundos] me invitaba a un agua, me invitaba a una cerveza. Entonces, cuando miraba que ya estoy bolo, sacaba diez, quince quetzales y decía: ‘Tené, te dejo para tu goma; ahí quitás tu goma mañana’. Éramos chavitos, éramos patojos. ‘Juntémonos’, me dijo. ‘Vamos a alquilar un cuarto y vivimos juntos; me lavás la ropa’, me dijo. ‘¿Y podés tortear?’ Sí, le dije yo. ‘¿Cocinar?’ También, le dije. ‘Ta bueno pues. Voy a pensar qué día y te voy a llevar’, me dijo. Ta bueno, ta bueno, le dije yo. ¡Como estábamos bolos! Y otro día: ‘Por qué no vas a ver mi casa, *vonós*’, me dijo. Entonces yo dije en mi mente: *Saber qué va a decir la mamá, que llego a la casa y peor si se fija que yo soy hombre, no soy mujer... me da cosa. No vaya a ser que me saquen con agua caliente o me zampen un mi leñazo; tal vez mi papá ya no me pega pero otra gente sí, y yo ya estoy grande.* Entonces yo le dije al muchacho que no. Y él necio, otra vez: ‘*Vonós*’. Yo, bolo llegaba, chupa que chupa. ‘Ahí te dejo pisto, te quitás la cruda mañana’. Vaya, le dije yo. Y de repente la muchacha de la cantina me dijo ‘Fijate que se murió tu novio, se ahorcó; agarró un lazo y se colgó. Se jué’ ”.

“Y estuvo otro, igual. También así: ‘Vamos, vamos’. Yo no quise. ‘Juntémonos, así; unidos, pues’, me dijo. ‘Yo voy a alquilar un cuarto y no vas a estar con mi familia’, me dijo. ‘Sólo nosotros vamos a vivir juntos’, me dijo. ‘Vos trabajás, trabajás, ajustamos para nuestro gasto ahí’, dijo; ‘Comprás algo vos, a veces no tengo yo, vos tenés’, me dijo. ‘Y si vos no tenés, yo tengo’,

me dijo él. Pero yo no quise. Me gustaba, era bien bonito porque estábamos patojos todavía. Ah, no, no me voy, dije yo. ‘Pensá, vos’, me dijo la muchacha de la cantina. ‘Si media vez te gusta el chavo y no está con la familia, y media vez que se alquila el cuarto y se junta el pisto para pagarlo. Pensá’. Pero no”.

Fue a la escuela, pero sólo sacó los primeros dos grados de la primaria. No le gustó. “Hacía berrinche. Me gustaba molestar. Los pellizcaba y luego me pegaban los patojos. Yo solito, y ellos eran un montón. Me dejaba, ¿qué iba a hacer? Pero, necio, seguía molestando. Aparte, unos días hacía mi deber, otros días no hacía. ‘¿Dónde está tu deber de ayer?, ¿qué hiciste?’”, preguntaba la seño. Nada, decía yo. ‘Ah, hoy sí tenés tu castigo. No salís en el recreo’. Y solito me quedaba, encerrado con llave. Y los patojos, afuera, gritando. Yo a veces me ponía a llorar. Era mala mi seño, a veces me pegaba así, en la mano: *¡Chibuuá, chibuuá!*, con la regla. Y en la cabeza, y en la espalda. Entonces no me gustó. Once, doce años tenía. Vaya que se me quedó un poquito”, dice, “porque si uno no aprende, no hay nada. En cambio, sabiendo leer un poco ya sabe uno para dónde van las camionetas, mira las letras y ya no se pierde uno cuando sale”.

El doctor que atendió a Ángel aquella mañana le recomendó hacerse un ultrasonido y le prescribió una dosis diaria de dos tabletas de Principal Forte, otras dos de Ranitidina y una de Propanolol. En el contexto económico de su familia se trata de un gasto difícil de asumir. El papá se hizo cargo del primer mes. Del segundo decidimos hacernos cargo mis compañeros y yo, menos lo del ultrasonido, que sigue pendiente porque al papá tampoco le alcanzó el dinero.

Al despedirme me queda claro que si nos recibió fue pensando que íbamos no a entrevistarlo, sino a brindarle algún tipo de asistencia, o de ayuda. Eso explica, creo, la buena disposición no sólo de él, sino del hermano: el habernos recibido, el contarnos detalles de su vida presente y pasada, el mostrarnos la casa, el libro de testimonios de las familias de San Bartolo.

Quién sabe cuántos meses sobreviva con su *cisnoso* y con su *patito*.

Ojo: no es lo mismo desigualdad que diferencia. La *diferencia* (o *diversidad*, si nos remitimos al ámbito de la cultura) es algo digno de celebrar; la *desigualdad*, en cambio, es algo que merece problematizarse.

Dicen los que dicen que saben que las diferencias existen, ya sea porque *vienen dadas* de manera natural en razón de procesos biológico-genéticos, o porque *se eligen* con base en gustos o estilos particulares.

No ocurre lo mismo con la desigualdad: la desigualdad no es congénita, aunque pueda ser hereditaria.⁹ La desigualdad no es elegida. La desigualdad es un *efecto* que vemos evidenciarse más y más, conforme se *exacerba el contraste* entre quienes tienen demasiado y quienes tienen demasiado poco.

Algunos estudiosos, economistas casi todos ellos, suelen relacionar la desigualdad con la pobreza. Al respecto cabría oponer que, si bien ambos fenómenos

9. No es congénita pero sí es hereditaria, toda vez que quienes la padecen se la endosan irremediabilmente a sus descendientes.

suelen ir de la mano, no se observa entre ellos principio alguno de causalidad; esto es: aunque de manera indirecta se entrelacen, ni la desigualdad es consecuencia directa de la pobreza, ni la pobreza es consecuencia únicamente de la desigualdad. Y es que la desigualdad no se relaciona sólo con el tamaño de la billetera: Estados Unidos es una federación nominalmente próspera que acusa, no obstante, niveles de desigualdad cada vez más agudos y una esperanza de vida (78 años) por debajo de la de Cuba (79 años), cuyo régimen socialista autoritario ha fallado en obtener para sí niveles aceptables de soberanía económica, energética y alimentaria, si bien por otra parte consiguió *erradicar* (que no sólo *reducir*, o *mitigar*) de su población la pobreza extrema desde hace décadas.

Nicaragua cuenta con índices de pobreza muy severos pero un tejido social bastante bien cohesionado, gracias al cual las cifras de violencia y desigualdad se encuentran notablemente por debajo en comparación con las que muestran sus vecinos en El Salvador, Honduras y Guatemala. Alguien que no sea judío en la Palestina actual se verá sometido todo el tiempo, al margen de su condición económica, a controles humillantes, severas restricciones para viajar y al riesgo de sufrir encarcelamiento y bombardeos arbitrarios. ¿Y qué decir del enorme segmento de mujeres cuyas vidas transcurren subordinadas a lo que decida la cultura patriarcal dominante? A principios de este siglo más de la mitad de las campesinas del sur de Asia eran desposadas antes de cumplir 18 años. En muchos países africanos, es el marido en exclusiva quien toma las decisiones sobre la salud de la esposa: el 73% de las mujeres entrevistadas en Nigeria afirmaron encontrarse en esa situación; en Bangladesh fue el

48%; en Egipto, el 41%.¹⁰ Por último cito el caso, frívolo si se quiere, de los actores y actrices que por el solo hecho de ganar un Oscar viven un promedio de tres años más que los candidatos que no lo consiguen.¹¹

Pareciera, eso sí, que la desigualdad es atribuible a la *tensión creciente* entre dos extremos, el de la opulencia y el de la miseria. Vale decir, entonces, que la desigualdad es consecuencia de la *distancia progresiva* entre los pocos que acumulan cada vez más y los muchos que acumulan cada vez menos... o que no acumulan en absoluto. Vale decir, también, que si la desigualdad se considera un problema, este problema lo es sólo en la medida en que la brecha entre pobreza y riqueza tiende, *por inercia* del sistema que la ocasiona,¹² a hacerse más ancha y más honda, en un proceso cuyos niveles de asimetría, abismales como nunca, son ya francamente patológicos. Patológicos, sí. Léase: propios de una sociedad enferma.

Y vale decir, por último, que la desigualdad la sufrimos todos, aunque –claro– menos los de arriba

10. Según UNICEF: *The state of the world's children 2007*, p. 18. Citado por G. Therborn en *The Killing Fields of Inequality* (2013).

11. Redelmeier, D. y Singh, S.: *Survival in Academy-Award winning actors and actresses* (2001). Tomado del *Annals of Internal Medicine* No. 134, pp 955-62, y citado por G. Therborn en *The Killing Fields of Inequality* (2013).

12. El sistema que ocasiona esta brecha es, según veremos más adelante, el capitalismo; sobre todo el capitalismo en su fase actual (en inglés, *late capitalism*), cuyos inicios coinciden con el fin de la segunda guerra mundial.

que los de en medio, y ciertamente menos los de en medio que los de abajo.

La padecemos todos porque, en última instancia, y por mucho que algunos insistan en no querer verlo, compartimos un mismo mundo: un mundo del que las élites encuentran cada vez más difícil blindarse, un mundo al que los desahuciados encuentran cada vez más difícil acceder, y un mundo al que las capas medias encuentran cada vez más difícil sentir que pertenecen.

En su obra capital *La era de la información*, publicada en la década de los noventa, el profesor Manuel Castells observaba cómo el ascenso de lo que él denomina el *informacionalismo*¹³ va unido al aumento de la desigualdad y la exclusión a nivel global. Para una adecuada comprensión de cómo este fenómeno incide en el desenvolvimiento del mundo contemporáneo, Castells proponía establecer un cruce complementario entre varios procesos de diferenciación social.

Así, por un lado mencionaba dos ámbitos, el de las *relaciones de distribución y de consumo* y el de la *apropiación diferencial de la riqueza generada por el esfuerzo colectivo*.

Entre los efectos de estos dos fenómenos se cuentan:

→ **la desigualdad**, es decir “la apropiación desigual, en términos relativos, de la riqueza (renta y activos) por parte de individuos y grupos sociales diferentes”;

13. Modelo de desarrollo en el que la principal fuente de la productividad recae no ya en la industrialización mecánica, fabril, sino en la capacidad cualitativa para optimizar la combinación y el uso de los factores de producción basándose en el conocimiento y la información.

- **la polarización**, entendida como el “proceso específico de desigualdad que aparece cuando el vértice y la base de la escala de distribución de la renta o la riqueza crecen más deprisa que el centro, de manera que éste disminuye y se agudizan las diferencias sociales entre los dos segmentos extremos de la población”;
- **la pobreza**, léase, la norma institucionalmente definida referente al nivel de recursos por debajo del cual no es posible alcanzar el nivel de vida considerado el mínimo aceptable en una sociedad y en una época determinadas; y
- **la miseria**, término que Castells emplea en sustitución de lo que los estadísticos sociales denominan *pobreza extrema*, o lo que algunos expertos conceptúan como *privación*, introduciendo una gama más amplia de desventajas sociales y económicas.

Por otro lado ubicaba el análisis de las *relaciones de producción*, entre cuyas consecuencias menciona las siguientes:

- **la individualización del trabajo**, entendida como el proceso por el cual la contribución laboral a la producción se define de forma específica para cada trabajador y para cada una de sus aportaciones, mediante acuerdos individuales y sin que exista reglamento o contrato alguno de por medio. La individualización del trabajo, advierte Castells, “es la práctica dominante en la economía urbana informal que se ha convertido en la forma predominante de empleo en la mayoría de los países en vías de desarrollo, así como en ciertos mercados laborales de economías avanzadas”;

- **la sobreexplotación de los trabajadores**, en referencia a los acuerdos laborales que permiten al capital retener sistemáticamente la distribución de pagos o recursos, o imponer a ciertos tipos de trabajadores condiciones más duras de lo que es la norma o regulación en un mercado laboral determinado en un tiempo y espacio precisos. La sobreexplotación hace referencia a la discriminación (tolerada o sancionada por las entidades reguladoras) de inmigrantes, minorías, mujeres, jóvenes, niños u otras categorías de trabajadores. “Una tendencia particularmente significativa en este contexto”, señala Castells, “es el resurgimiento del trabajo infantil remunerado en todo el mundo, en condiciones extremas de explotación, indefensión y abuso, invirtiendo la pauta histórica de protección social de los niños que existía bajo el último capitalismo industrial, así como en el estatismo industrial y en las sociedades agrícolas tradicionales”;
- **la exclusión social**, es decir, el proceso por el cual a ciertos individuos y grupos se les impide sistemáticamente el acceso a posiciones que les permitirían una subsistencia autónoma dentro de los niveles sociales determinados por las instituciones y valores en un contexto dado. Tal posición suele asociarse (en circunstancias normales, en el contexto del capitalismo informacional) con la posibilidad de acceder a un trabajo remunerado relativamente regular al menos para un miembro de una unidad familiar estable. De hecho, la exclusión social “descalifica a una persona como trabajador en el contexto del capitalismo”. Castells subraya que, al no ser una condición, sino un

proceso, la exclusión social está sujeta a que sus fronteras cambien: quién es excluido e incluido puede variar con el tiempo, dependiendo de la educación, las características demográficas, los prejuicios sociales, las prácticas empresariales y las políticas públicas. Puede ser “que el analfabetismo funcional,¹⁴ la condición de ilegal,¹⁵ la imposibilidad de pagar el alquiler, lo que induce a la carencia de techo, o la pura mala suerte con un jefe o un policía, desaten una cadena de acontecimientos que lleven a una persona (y a su familia, con mucha frecuencia) a arrastrarse a la deriva hacia las regiones exteriores de la sociedad, habitadas por los despojos de la humanidad fracasada”. Además, el proceso de exclusión social afecta a personas tanto como a territorios: países, regiones, ciudades y barrios enteros quedan excluidos, abarcando en esta exclusión a la mayoría o a toda su población, de tal suerte que “las áreas que no son valiosas desde la perspectiva del capitalismo informacional, y que no tienen un interés político significativo para los poderes existentes, son esquivadas por los flujos de riqueza e información, y acaban siendo privadas de la

14. El analfabetismo funcional desencadena mecanismos de desempleo, pobreza y, en definitiva, exclusión social, en una sociedad que se basa cada vez más en una capacidad mínima de decodificar el lenguaje. Esta incapacidad funcional, recalca Castells, “está mucho más extendida en las sociedades avanzadas de lo que suele reconocerse”.

15. La corrección política al uso insiste en que ningún ser humano es ilegal. En estricto rigor cabría hablar no de *ilegales*, sino más bien de *migrantes indocumentados*.

infraestructura tecnológica básica que nos permite comunicarnos, innovar, producir, consumir e incluso vivir en el mundo de hoy”. Este proceso induce una geografía extremadamente desigual de exclusión e inclusión social y territorial, que incapacita a grandes segmentos de la población, mientras “vincula transterritorialmente, mediante la tecnología de la información, a todos y a todo lo que pueda ser de valor en las redes globales que acumulan riqueza, información y poder”; y, por último,

- **la integración perversa**, en alusión a la tendencia del capitalismo informacional hacia el surgimiento de una economía criminal global y su creciente interdependencia con la economía formal y las instituciones políticas. “Ciertos segmentos de la población socialmente excluida, junto con individuos que eligen modos más rentables aunque peligrosos de ganarse la vida, constituyen un submundo del hampa cada vez más poblado, que se está convirtiendo en un rasgo esencial de la dinámica social en la mayor parte del planeta”, explica Castells.

La crisis del Estado-nación y de las instituciones de la sociedad civil construidas a su alrededor durante la era industrial, concluía Castells, socava la capacidad para corregir el desequilibrio social derivado de la lógica del mercado sin restricciones. “En el límite, como en algunos estados africanos o latinoamericanos, el Estado, vacío de su representatividad, se convierte en predador de su propio pueblo. Las nuevas tecnologías de la información conducen este torbellino global de acumulación de riqueza y difusión de pobreza”.

Ser adicto a las drogas, padecer alguna enfermedad mental, poseer récord delictivo, estar (o haber estado) en la cárcel o carecer de documentos legales de residencia son condiciones, todas ellas, que aumentan la probabilidad de caer en lo que Castells denomina *agujeros negros del capitalismo informacional* y tienen un denominador común: la pobreza, de la que se originan o a la que conducen.

Estos agujeros negros —observaba Castells— suelen comunicarse entre sí, pero carecen de comunicación social y cultural con el universo de la sociedad mayoritaria. No obstante, están conectados económicamente con algunos mercados específicos, como el narcotráfico y la prostitución, y relacionados burocráticamente con el Estado —con los organismos establecidos para su contención, como la policía y la asistencia social.

Hoy, lo que solía denominarse el Segundo Mundo, es decir, el universo estatista, “se ha desintegrado, incapaz de dominar las fuerzas de la era de la información”, remataba Castells. Al mismo tiempo, el Tercer Mundo (integrado por países pequeños y dependientes que hacen las veces de satélites de alguno de los dos grandes bloques en pugna) ha desaparecido como entidad pertinente, “vaciado de su significado geopolítico y extraordinariamente diversificado en su desarrollo económico y social”. Pero el Primer Mundo, al que pertenecen los países que integran la Organización del Tratado del Atlántico Norte, “no se ha convertido en el universo abarcador de la mitología neoliberal, porque ha surgido un nuevo mundo, el Cuarto Mundo, compuesto por múltiples agujeros negros de exclusión social a lo largo de todo el planeta”.

El Cuarto Mundo comprende grandes áreas del globo, como buena parte del África subsahariana y las

zonas rurales empobrecidas de América Latina y Asia. Pero también está presente en cada país y en cada ciudad, en esta nueva geografía de exclusión social. Está formado por los guetos estadounidenses, los enclaves españoles de desempleo juvenil masivo, las *banlieues* francesas que almacenan a los norteafricanos, los barrios de *yoseba* japoneses, y los poblados de chabolas de las megaciudades asiáticas, y está habitado por millones de personas sin techo, encarceladas, prostituidas, criminalizadas, brutalizadas, estigmatizadas, enfermas y analfabetas. Son la mayoría en algunas zonas, la minoría en otras, y una exigua minoría en unos pocos contextos privilegiados. Pero, en todas partes, su número aumenta y son más visibles, a medida que el criterio selectivo del capitalismo informacional y la quiebra política del Estado de bienestar intensifican la exclusión social. En el contexto histórico actual, el ascenso del Cuarto Mundo es inseparable del ascenso del capitalismo informacional global.¹⁶

Somos testigos vivos, presenciales, de una era en la que el rol de la tecnología cibernética es ya indispensable para la organización social y cultural: en la sociedad global de hoy, las redes son la estructura dominante.

¿Qué pasa, entonces, con quienes no tienen acceso a ella (a la red, a la conectividad tecnológica), que en nuestro país son aún oprobiosa mayoría? A menos que haya un cambio en las leyes que gobiernan el universo del capitalismo informacional, su destino es

16. M. Castells: *La era de la información. Economía, sociedad y cultura, Volumen III: Fin de Milenio* (1999). Siglo xxi editores, México; p. 198.

permanecer como poblaciones sistémicamente irrelevantes, desconectadas de la red, confinadas en territorios cuya ubicación espacial se sitúa deliberadamente al margen de los flujos de la información, la productividad y la riqueza.

No es lo mismo diferencia que desigualdad, decíamos.

Así pues, partiendo ya no de lo que nos hace desiguales sino de lo que nos hace distintos, únicos, irrepetibles, ¿no sería interesante darle la vuelta al calcetín y plantear el asunto al revés, indagando más bien acerca de lo que tenemos en común? A todas luces son muchos más los rasgos que nos asemejan y emparentan, y mucho menos los que nos diferencian y separan. Desde un punto de vista molecular, cromosómico, evolutivo, somos muy poco diferentes.

¿En qué nos parecemos? Tenemos, para empezar, un mismo origen. La taxonomía científica al uso nos otorga el nombre de *Homo sapiens sapiens*. Esa es, podríamos decir, nuestra cédula de identidad, nuestra etiqueta, nuestra denominación como especie particular dentro del vasto conjunto de seres vivientes.

Considerando la evidencia recabada hasta la fecha se estima que todos –todos, sin excepción– compartimos una misma raíz africana. Ya sólo eso aporta cierta base suculenta para meditar acerca de qué tan racionales

son los alegatos que insisten en la pretendida superioridad de unas ‘razas’ respecto de otras.

De espaldas a prejuicios y negacionismos de diversa índole (étnicos, religiosos, políticos, culturales) todo parece indicar que, hace algunos millones de años, nuestros antepasados homínidos *made in Africa* se vieron enfrentados a un devastador cambio climático; una helada probablemente, que los habría obligado a descender de la comodidad de su hábitat natural, los árboles, en busca de nuevos territorios y fuentes de alimentos.

El devenir evolutivo de aquellos primates en crisis alimentaria los llevó no a competir en fuerza con las temibles fieras que habitaban zonas aún por explorar, aún por domeñar, sino en superarlas en inteligencia. Fue así como una población estimada en dos mil *Homo erectus* fue adaptándose a las necesidades del ambiente hasta convertirse en *Homo sapiens* y, hace unos cien mil años aproximadamente, migrar del África y dispersarse por el resto del mundo hasta conquistarlo.

Inteligencia, adaptabilidad, propensión migratoria, afán de conquista... uno por uno aparecen esos rasgos que, nos guste o no, para bien o para mal (normalmente en ambos sentidos a la vez) nos asemejan, distinguiéndonos como especie.

Fuimos extendiéndonos a un ritmo de cuarenta kilómetros al año según investigaciones recientes. Para conseguirlo tuvimos que renunciar a la estabilidad, asumir el cambio como una constante y acostumbrarnos al nomadismo. Aprendimos a caminar sobre dos patas, lo cual, por un lado, provocó modificaciones en los huesos de la pelvis, y por otro lado nos permitió liberar las manos y reducir la demanda de energía en el cuerpo, dirigiéndola hacia el cerebro.

Con sus manos, los abuelos de los abuelos de nuestros abuelos desarrollaron todo tipo de herramientas para sobrevivir y modificar el entorno, y con su cerebro (cuya masa representa apenas un dos por ciento del cuerpo humano, pero emplea una quinta parte de la energía que produce) ha llegado a dominar el mundo.

Pero el cráneo, al ir aumentando de tamaño, dificultaba el proceso de parto, ya que el canal de nacimiento en la madre no era lo suficientemente amplio para permitir su paso. Así se aclara, al parecer, la causa de la prolongada e indefensa infancia de nuestra especie: nacemos, digámoslo así, demasiado pronto.

Los evolucionistas sostienen que ese antecedente explica por qué los seres humanos somos gregarios. Eso nos permite transmitir conocimientos, organizarnos en sociedad y coordinar acciones: un individuo no estaría en condiciones de vencer las amenazas circundantes ni sería capaz de protegerse a sí mismo y a sus hijos, pero dos o más individuos organizados podrían lograrlo sumando fuerzas. Es ahí, también, donde podría hallarse la raíz del desarrollo del lenguaje y del pensamiento simbólico, la capacidad de representar lo intangible: la palabra, la escritura, las matemáticas, el arte; es decir, prácticamente todo lo que nos caracteriza como humanos.

Total que, a lo largo de su devenir evolutivo, la humanidad ha dado asombrosas muestras de ingenio en procura de su bienestar. Es una pena que a estas alturas de la historia, justo cuando pareciéramos haberlo logrado prácticamente todo, la ambición y la codicia de una minoría plutocrática amenacen el

precario equilibrio que nos sirve a todos –incluso a ellos– de base y de sustento.

Una pena, y un sombrío presagio.

La pobreza no sólo es falta de dinero. La pobreza es falta de oportunidades. La pobreza es la distancia que hay que volarse a pata hasta llegar a la escuela más cercana. La pobreza es la condición en que se encuentra el camino para llegar a esa escuela, cuyo maestro, penosamente iletrado, dueño de una ortografía deplorable, llega un día no, el otro tampoco y el siguiente tal vez. La pobreza es un centro de salud desabastecido y sin la presencia de un médico permanente. La pobreza es la situación de desventaja ocasionada por nacer y crecer en un lugar así. La pobreza es robarle horas al sueño y salir más temprano de casa con tal de llegar a tiempo, marcar puntual la tarjeta y evitar causas de despido. La pobreza es no tener trabajo ni contar siquiera con un patio con tres o cuatro gallinas cluecas, no digamos ya una parcela mínima donde poder sembrar maíz, frijol, ayote, chile; lo necesario para alimentarse. La pobreza es tener que bajar año con año del altiplano a las fincas de la costa y partirse el lomo trabajando a cambio de salarios

que insultan el juicio y machucan la dignidad. La pobreza es trabajar en la casa del patrón y comer de las mismas sobras que les dan a los chuchos. La pobreza es detestar tu trabajo, hacerlo nomás porque no queda otra; de lo contrario te morís de hambre. La pobreza es un merolico alzando la voz, intentando hacerse oír dentro del hacinado bus del mediodía, afanándose en engatusar a los pasajeros con su labia hiperbólica, su timbre chillón, impostado, su traje roído, marchito, brillante de tanto plancharse, el corazón en la garganta por la incertidumbre y el estómago hecho un nudo porque no ha probado desayuno. La pobreza es ignorancia. La pobreza es no saber que se cuenta con derechos inalienables. La pobreza es no poder decidir cuántos hijos quiero tener. La pobreza es no tener con qué alimentar la boca de los hijos que tengo. La pobreza es seguir una dieta a base de Pepsi y de Tortrix en menosprecio de la tortilla con frijoles y el atol. La pobreza es orfandad. La pobreza es carecer de Estado, o más grave aún, es la certidumbre tantas veces reiterada de que ése Estado, cuando aparece, sólo aparece para reprimir. La pobreza es votar por el que te regala una gorra, una playera o un delantal, porque en última instancia no hay a quién creerle y entonces da lo mismo Chana que Juana. La pobreza es miedo. La pobreza es no atreverse a denunciar un abuso físico, una agresión sexual, una explotación laboral, pensando *¿para qué?, si me va a ir peor*. La pobreza es vivir a tres menos cuartillo y aun así verse obligado, semana tras semana, a pagar extorsión y evitar el riesgo de amanecer el día menos pensado con una bala incrustada en la cabeza. La pobreza es no tener dónde jugar, dónde ejercitarse, dónde respirar aire puro, dónde divertirse sanamente, dónde convivir sin amenazas. La pobreza

es no tener un patio, un jardín, un gimnasio, una cancha de básquet, un bosque, un parque, un salón social en kilómetros alrededor. La pobreza es no ser capaz de imaginar algo más que una vida de mera supervivencia. La pobreza es no saber quién es tu papá, o saberlo muy bien y aun así desear que esté lejos. La pobreza es una mamá que se queja constantemente: “maldito el día en que quedé embarazada de vos”. La pobreza es no tener a nadie que te quiera, ni tener a nadie a quién querer. La pobreza es tener que decidir entre morir o matar.¹⁷ La pobreza es ver, en el submundo de las maras, la salvación que te resguarda y te coloca arriba, en la punta de la pirámide darwiniana del barrio bravo donde naciste y del que sentís que nunca vas a poder salir. La pobreza es que te discriminen por tener tatuajes, por ser negro, por ser indio, por ser mujer, por ser gay, por ser *trans*... o por varias de las categorías anteriores, juntas. La pobreza es vacío. La pobreza es ausencia. La pobreza es inercia. La pobreza es dar por hecho, sin cuestionarlo, que los niños tienen más prerrogativas que las niñas, que el rol del hombre es mandar y el de la mujer es obedecer, que el único fin de la sexualidad es la procreación, que el sufrimiento es virtud y que el placer es un vicio, es *shuco*, es malo, es pecado. La pobreza es no sentir. La pobreza es la imposibilidad de relacionarse con

17. Un adolescente de 16 años, amotinado en el centro correccional para menores Las Gaviotas, zona 13 de Ciudad de Guatemala, declaró que su traslado ahí fue por asesinar a un piloto de autobús para ingresar a la Mara 18. Era eso, o le mataban al hermanito. Aseguró que la mayoría de los niños de su barrio ya son miembros de la pandilla; y los que no, están bajo tierra en el cementerio o viven en la calle.

las emociones, propias y ajenas, porque hay que ser bien macho, o aparentarlo. La pobreza es alienación. La pobreza es despreciar la propia identidad y aspirar por novelería, imitativamente, a ser lo que no se es, a tener lo que no se tiene, a usar lo que otros usan; con tormento, por imposiciones del entorno. La pobreza es salir expulsado, dejarlo todo atrás, irse con el alma partida en dos, caminar en el filo de la navaja, padecer asedio, persecución y vejámenes, atravesar un desierto y llegar a otro país donde nos sos bienvenido y del que de todos modos, tarde o temprano te deportan porque sos 'ilegal'. La pobreza es, asimismo (en un sentido más amplio, subjetivo, paradójico), tener posesiones pero carecer del tiempo o de la salud o de la tranquilidad para disfrutarlas. La pobreza es no poder vivir en paz por estar resguardando todo lo que se tiene. La pobreza es ausencia de libertad (lo que sea que ésta signifique). La pobreza es pasar la mitad de la vida bajo llave dentro de cuatro paredes y no salir a la calle porque afuera "es muy peligroso". La pobreza es conocer mejor y tener más contacto con el guardaespaldas que te lleva al colegio y con la muchacha que te sirve la comida que con papá y mamá. La pobreza es el sinsentido, la angustia, la depresión, el desasosiego, los deseos de acabar con todo de una puta vez. La pobreza es una cajita de ansiolíticos en la mesa de noche, para lidiar con el insomnio que no da tregua. La pobreza es un libro de superación que nos negamos a leer porque sabemos que no va a resolver nuestros más recónditos y graves conflictos personales. La pobreza es tener que estirarte el cuello, inyectarte los labios, retocarte las patas de gallo; operarte la nariz, los brazos, el abdomen, la vagina; implantarte bodeques de silicón en los glúteos, en las

tetas; y hasta hacerte blanquear el ojo del culo; todo con tal de seguir gustándole a tu marido y evitar lo inevitable: que te ponga los cuernos. La pobreza es acabar quemándole el rancho vos a él también, por desquite, como queriendo emparejar las cosas, y llorar a solas, amargamente, porque nada de eso te devuelve el honor ni te hace feliz ni te borra ese aspecto grotesco, como de actriz porno en fase de declive. La pobreza es buscar el amor y encontrar sólo sexo, cuando lo hay. La pobreza es ser rico y aun así sentirse desamparado.

Damas y caballeros, llegó la hora de reivindicar el capitalismo, de defenderlo, de destacar sus virtudes —que las tiene, y no son pocas.

Casi no se habla de ello, por eso hace falta decirlo: el capitalismo supuso, a finales del siglo XVIII, en el contexto de una Europa feudal y decadente, un despegue colosal generador de inédita bonanza, extraordinarios avances tecnológicos y acelerados cambios políticos. En otras palabras, el capitalismo fue piedra angular y motor de arranque de la época moderna.

Aquella formidable erupción de prosperidad no brotó de la nada, no surgió por generación espontánea: provino de los excedentes de dinero acumulados por un sector de la sociedad, la burguesía, cuyo mérito consistió en hacer circular sus ingresos otorgándolos en forma de préstamos que luego recuperaban multiplicados, gracias al cobro de intereses. Fue el origen de los bancos, el llamado capital usurario.

Conste que el despegue económico de la emergente burguesía tampoco hubiera sido posible sin una

inyección inicial de recursos, que llegaron primero del lejano Oriente, adquiridos por mercaderes y comerciantes a través de rutas como la de la seda, y más adelante provenientes de América y África, por obra del mayúsculo saqueo colonial.

Es interesante observar que las coronas española y portuguesa, recipiendarias exclusivas de los productos que ingresaban del llamado Nuevo Mundo, no supieron aprovechar a su favor todo ese patrimonio usurpado por la fuerza, limitándose nomás a derrocharlo. En su mentalidad aristocrática, acostumbrados a vivir holgadamente gracias al cobro de tributos a los súbditos del reino, su única perspectiva era seguir gozando de privilegios superlativos (a costa del sometimiento y la marginación de las clases subalternas) y, a lo sumo, en el caso de España recuperar la liquidez de unas arcas menguadas tras derrotar a los árabes y expulsarlos del territorio hispano.

Fueron los ya para entonces prósperos comerciantes, sobre todo los británicos, quienes *capitalizaron* aquel flujo inédito de materias primas (oro, plata y otros minerales cotizados, maderas preciosas, algodón, tabaco, azúcar) transformándolas en productos hechos en serie gracias a la industrialización recién lograda en las fábricas.

Esta mecanización fabril provocó, por un lado, la extinción acelerada de muchísimos artesanos incapaces de competir (en velocidad, pero sobre todo en precio) con los artículos de calidad uniforme que salían, por montones, producidos en serie, de las líneas de ensamblaje; y por otro lado ocasionó el surgimiento de un nuevo sector en la economía: la clase obrera.

Cientos de miles de obreros eran requeridos como mano de obra barata, poco calificada pero indispensable

para el funcionamiento de las máquinas; o bien, simplemente para realizar las tareas que éstas no eran capaces de hacer todavía.

Antes de la era moderna había sólo un puñado de grandes ciudades; la vida rural era más extendida y la agricultura y la crianza de ganado dominaban aún la geografía europea. En países como Rusia, Escandinavia o los Balcanes, entre un 90 y un 97% de la población era campesina. Hasta en la propia Inglaterra la población urbana sólo superó por primera vez a la rural en 1851 (en Guatemala, las condiciones de subdesarrollo no permitieron que eso ocurriera sino hasta el año 2012 según datos del Banco Mundial).

No existían las vacunas, ni los antibióticos, ni los fármacos sintéticos, ni los protocolos de salud e higiene que se siguen ahora; la gente, especialmente los pobres, moría a raudales, víctima de enfermedades endémicas hoy tratables, como el paludismo. Antes de la revolución del ferrocarril las rutas largas por tierra eran escasas, onerosas y se cubrían a caballo, calculándose no en horas, sino en días; de tal suerte, el transporte por vía acuática era no sólo más fácil y barato sino también, a menudo, más rápido.

“Vivir cerca de un puerto era vivir cerca del mundo”, nos recuerda E. J. Hobsbawm.¹⁸ Sevilla era más accesible desde Veracruz, México, al otro lado del Atlántico, que desde Valladolid, ubicada a menos de 500 kilómetros de distancia. La noticia de la caída de la Bastilla, el 14 de julio de 1789, tardó trece días en llegar a Madrid, y en cambio no se recibió en

18. *La era de la Revolución, 1789-1848* (1962). Traducción al castellano por Crítica Grijalbo Mondadori (Barcelona, 1997), p. 17.

Péronne, a escasos 133 kilómetros de París, hasta el 28 de julio.

Se viajaba poco. La mayoría de la gente vivía y moría en el mismo lugar de su nacimiento; el resto del planeta era objeto de rumores y fantasías. No había periódicos, salvo para las escasas clases media y alta: el tiraje regular de una gaceta francesa apenas alcanzaba los cinco mil ejemplares en 1814. Eran muchos los que no sabían leer.

Conceptos como ‘niñez’, ‘feminismo’, ‘individuo’ o ‘derechos humanos’ permanecían desconocidos, esperando algún día ver la luz. A principios del siglo XVIII todavía se llevaba a la hoguera a las brujas; al final del mismo, empero, algunos gobiernos ilustrados, como el de Austria, habían abolido no sólo la tortura judicial sino también la esclavitud, adelantándose así al resto del continente donde, por norma, el campesino era un siervo que dedicaba gran parte de su tiempo a realizar trabajos forzosos sobre la tierra del señor feudal, u otras obligaciones por el estilo: “Su falta de libertad podía ser tan grande que apenas se diferenciaba de la esclavitud, como en Rusia y en algunas partes de Polonia, en donde podían ser vendidos separadamente de la tierra”.¹⁹

Técnicamente, la agricultura europea (con la excepción de unas pocas regiones avanzadas) era todavía tradicional e ineficiente. La alimentación seguía siendo regional: exceptuando el azúcar, los productos de otros climas eran rarezas lindantes con el lujo... hasta que la expansión demográfica y el aumento de la urbanización, el comercio y la manufactura impulsaron un desarrollo agrario sin

19. *Ibidem*, p. 22.

precedentes con la ayuda decisiva de las ciencias, dedicadas sobre todo a resolver los problemas de la producción.

“Las primeras manifestaciones de la revolución industrial ocurrieron en una situación histórica especial, en la que el crecimiento económico surgía de las decisiones entrecruzadas de innumerables empresarios privados e inversores, regidos por el principal imperativo de la época: comprar en el mercado más barato para vender en el más caro”.²⁰ En esta frase se resume el llamado *espíritu del capitalismo*, vigente –y aún pujante, aunque con muestras inequívocas de saturación y agotamiento– hasta el día de hoy.

No obstante, el rasgo ingrato, el lado sórdido de tan estrepitosa avalancha de bonanza se halla en su base misma: para hacer posible semejante crecimiento económico fue necesario el trabajo obediente, disciplinado, masivo y en condiciones infrahumanas de la clase obrera antes mencionada. Salarios de miseria y jornadas laborales de catorce horas diarias, seis días por semana, para hombres, mujeres y niños por igual, eran la divisa corriente durante los primeros años de la industrialización (años más tarde un productivista estadounidense de apellido Taylor, en su afán de búsqueda de eficiencia en las cadenas de montaje, propondría el reemplazo de obreros por chimpancés amaestrados).

Eso, y la circunstancia originaria del saqueo colonial, sin cuyo suministro de recursos el proyecto modernizador sencillamente no hubiera sido posible.

Digamos, entonces, que los muchos logros del capitalismo tuvieron, como costo transferido, dos

20. *Ibidem*, p. 39.

externalidades rabiosas, lacerantes: la primera, imponerles a las colonias americanas la estructura medieval que Europa logró sacudirse gracias a ellas. En efecto, de la Edad Media los europeos conservaron únicamente la monarquía, pero —nótese bien— una monarquía previamente desdentada, sin autoridad para ejercer funciones que no fueran más allá de lo meramente simbólico y decorativo; dejándola así reducida en calidad de museo viviente, pintoresca por anacrónica; onerosa y, para colmo, inútil.

Por lo demás, si con el salto a la modernidad Occidente superó el Medioevo de manera definitiva, ese mismo Medioevo le fue trasplantado a América a través de instituciones políticas²¹ cuyos cimientos excluyentes perduran todavía, expresándose en realidades nada democráticas, nada liberales, nada ilustradas, nada modernas. ¿Ejemplos? La posición cuasi aristocrática de privilegio y de concentración de riqueza que detentan las oligarquías, en contraste con el abandono en el que viven las aldeas y pueblos confinados en la provincia, a donde apenas llega el Estado. O el control oligopólico de la economía, que favorece a unas cuantas familias en detrimento de un verdadero libre comercio. O el régimen de tenencia de la tierra, en el que un 8% de la población es propietaria del 80% de los suelos cultivables.²² O el

21. En la Capitanía General del Reyno de Goathemala: el repartimiento, la encomienda, el requerimiento, la servidumbre, los mandamientos, el trabajo forzado y, más adelante, el reglamento de jornaleros y la ley contra la vagancia.

22. Mayra Palencia Prado: *Élites y lógicas de acumulación en la modernización económica guatemalteca*. Instituto de Investigaciones y Gerencia Política de la Universidad Rafael Landívar, p. 33.

inveterado racismo, que nos hace admirar la blanca y aspirar a ella mientras que las mayorías indígenas se conciben como raza supersticiosa, atrasada, huevona, necia, insurrecta, borracha, hedionda, sucia, igualada, malagradecida y comunista, repugnantes caitudos que viven hacinados y se reproducen como conejos, reserva de mano de obra prescindible, sujeto de chistes y burlas cargadas de desprecio, carne de cañón requerida por el ejército, la policía y las empresas de seguridad privada. O el hecho, para más señas, de contar con más de veinte idiomas vernáculos, ninguno de ellos declarado oficial, ya que oficial, lo que se dice oficial, sólo podría serlo (por supuesto) el español.

He ahí, pues, la primera gran externalidad del capitalismo; su—llamémosle así—*pecado original*: heredarle el lastre del atraso, el subdesarrollo y el autoritarismo a las colonias, al tiempo que éstas eran despojadas, a mansalva, de sus recursos naturales más preciados, estableciéndose una relación centro-periferia cuya lógica de base permanece hasta nuestros días, y que algunos economistas han descrito con lujo de detalle en lo que se conoce como *teoría de la dependencia*.²³

La segunda externalidad del capitalismo tiene que ver, apuntábamos, con el requerimiento de una enorme masa de obreros explotados por partida doble: en razón de las horas que deben trabajar para cubrir su jornada y en razón, además, de los magros salarios que reciben a cambio.

De hecho, la manera de asegurar que esos salarios permanezcan a la baja es aplicando fríamente la ley de la oferta y la demanda. Así, basta con que el *ejército*

23. Por ejemplo, Agustín Cueva: *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. Siglo veintiuno editores, 1977.

de reserva laboral supere en número a la cantidad de puestos disponibles en las fábricas y maquilas para que la balanza se incline a favor del propietario, quien –claro está– no se cansa de aplaudir las reglas del juego considerándolas poco menos que perfectas.

Nótese entonces cómo la supervivencia misma del sistema capitalista no sería posible si debajo de ese sistema (y, a la vez, fuera de él) no existiera un mar de desempleados brincando, pujando, arrebatándose a codazos las plazas vacantes; dispuestos, por necesidad, a dejarse regatear e incluso a competir deslealmente con el prójimo con tal de meterse en la colada. Por cada uno que tiene cabida en el sistema hay, no uno, sino varios (dos, tres, cinco, diez, veinte, cincuenta, cien; ¿cuántos?, sería interesante establecerlo) que quisieran, pero no pueden.

Caso contrario, en condiciones hipotéticas de pleno empleo el sistema simplemente dejaría de ser rentable, por influjo, otra vez, de la ley de la oferta y la demanda. Tal es el estigma del capitalismo, su *letra escarlata*, su falla de origen, su defecto estructural, su pelo en la sopa. Algo que puede *mitigarse* (el hoy desfalleciente y controvertido Estado de bienestar es un claro ejemplo de ello), pero no *resolverse* del todo. No sin pulverizar lo que el capitalismo, en esencia, es; desmantelando, de paso, todo su andamiaje intrínseco de procesos de producción, regímenes de propiedad y relaciones de poder.

Al respecto cabe destacar que el capitalismo ha conocido detractores ajustables en dos categorías principalmente: aquellos que pretenden atenuar sus efectos (llamémosles *socialistas*), y aquellos que se proponen abolirlo por completo (esos serían los *comunistas*). Los primeros, a fuerza de sostener pulsos

no siempre pacíficos, prolongados durante décadas, han logrado conquistas notables, como la reivindicación de los derechos del trabajador, la reducción de la jornada laboral, el aumento del salario y la pensión por desempleo, así como prestaciones como las vacaciones pagadas, el goce de aguinaldo, la cobertura médica por enfermedad, el tiempo de retiro por atención a la maternidad, la indemnización por causa de despido y el sueldo por jubilación, entre otros. Conquistas, todas ellas, hoy por hoy pendientes de un hilo, si no es que suprimidas ya, como efecto del acorazamiento de los dueños del capital, que cierran filas y presionan gobiernos a fin de ‘liberar’ (léase: suavizar) las leyes laborales ante el embate de las crisis financieras ‘ocurridas’ (léase: provocadas) de diez años para acá.

Los segundos han seguido tradicionalmente la vía de las armas, el choque violento, la guerra de guerrillas, la toma del poder por la fuerza. Su reputación es nefasta, sobre todo ante el estrepitoso fracaso del experimento soviético, y sus logros son al día de hoy tan aislados como descoloridos en un escenario global en el que Occidente, para colmo, mantiene la hegemonía de los medios de comunicación y de la política.

A todo esto, y para terminar, los discursos de denuncia contra la desigualdad cometen, pienso yo, un error de enfoque al considerar que se trata de un problema *de fondo*, perdiendo de vista que la desigualdad es más bien *síntoma* y a la vez *efecto* de un problema mayor, sistémico, llamado capitalismo.

Dicho de otro modo, el capitalismo genera desigualdad. Sobre todo el capitalismo en su etapa actual, como veremos más adelante. Al respecto, no es fortuito que el neoliberalismo, esa poderosa ideología

de reciente cuño, sostenga que la desigualdad es un fenómeno “natural”, lo mismo que la pobreza. Su proyecto es ése, precisamente: naturalizar una serie de procesos y fenómenos provocados (y, por lo tanto, evitables), hacerlos ver como si fueran ‘normales’ y hasta deseables; y, de paso, desdibujar hacia atrás el trazo de sus causas, así como negar hacia adelante sus perniciosos efectos.

Con todo, concluye Hobsbawm, la consecuencia más importante del capitalismo “fue el establecimiento del dominio del globo por parte de unos cuantos regímenes occidentales (especialmente por el británico) sin paralelo en la historia. Ante los mercaderes, las máquinas de vapor, los barcos y los cañones de Occidente –y también ante sus ideas–, los viejos imperios y civilizaciones del mundo se derrumbaban y capitulaban”.²⁴

Y eso era tan sólo el principio...

24. *Op. cit.*, p. 11.

“Si querés, vos, Gato, metamos el equipo de una vez en la palangana del picop”, me propone Sergio, impostado, endulzando la voz, queriendo sonar amable.

Si querés: detrás de esa figura retórica tan, pero tan guatemalteca, se oculta una interesantísima argucia de manipulación y desplazamiento. Decir *si querés, hacé tal cosa* es, en el fondo, decir *yo quiero que lo hagás, y quiero que lo hagás ya*; decir *hagamos, o pongamos, o metamos, o saquemos* es decir *hacé, poné, meté, sacá*. Pero nos incomoda delatar nuestras verdaderas intenciones. El temor al qué dirán nos empuja al deporte barroco de idear fintas para disimular que, en realidad, estamos girando órdenes, lavándonos las manos, endosándole el quehacer al prójimo. Con esa guasa (*Si querés, Gato / Si querés, Sergio / Si querés, Laura / Si quieren, muchá*) bromearíamos durante todo el viaje a modo de bálsamo para disipar tensiones y reírnos de nosotros mismos.

Anoche, después de aquella larga jornada dominical que nos trajo a Santa Cruz, cabecera de Quiché, cenamos en casa de Valeria, cooperante italiana, amiga de

Sergio. Ahí coincidimos también con Gaby Villatoro, joven emprendedora oriunda de Huehuetenango, propietaria de un local de venta de ensaladas en la ciudad de Quetzaltenango, ideado como un modelo de comercio local, en contraposición a franquicias como la San Martín o Taco Bell: “Mi propósito es que la gente sepa que es posible alimentarse, y llenarse, comiendo verduras”. Rebelde, idealista, panfletaria casi, nos habló de la importancia de observar pautas saludables en el comer, y en el vivir en general; agitando las manos se refirió a las amenazas del consumismo globalizado; parecía tan sensible a (y tan consciente de) las trampas del predominio materialista, se expresaba con tal pasión y vehemencia, que decidimos entrevistarla. Anotamos su número y quedamos de vernos en otra ocasión.

Es lunes. Después de acomodar el equipo (*Si querés, Gato...*) vamos en busca de Tomasa, joven promotora recomendada por Valeria, la italiana. Ella va adelante en su vehículo, guiándonos, las llantas levantando espesas nubes de polvo. Sin consultarlo con mis compañeros he tomado la decisión tácita de ser el chofer titular del viaje. ¿Por qué? Porque pienso que ellos necesitan concentrarse en lo suyo más que yo: Laura y Sergio están en plena fase de producción, mientras que lo mío de momento es más bien tomar notas, atender detalles, imaginar abordajes, pensar. Me encuentro incubando ideas, inspirándome en la realidad para ver qué se me ocurre. Los tres trabajamos, pero ellos necesitan asegurarse de obtener un registro definitivo, mientras yo apenas hago investigación de campo. Mi etapa es preliminar, la de ellos es crucial. Ya llegará mi hora, cuando me siente a ordenar, a transcribir, a redactar...

Llegamos al caserío Mactzul 2, no muy lejos de Santa Cruz, pero ubicado en el municipio de Santo Tomás Chichicastenango. Uno de mis colegas olvida algo en el hotel y a mí me toca volver (*Si querés, Gato...*) mientras ellos empiezan a instalarse. Voy con Mario Calel, no vaya a ser que extravíe la ruta; él la conoce bien, yo no había estado nunca ahí.

Mario trabaja con Valeria en la misma oenegé. Aprovechamos la ida y el regreso para conversar. Hijo de comerciantes indígenas, creció en la colonia 10 de Julio, en el casco urbano de Santo Tomás. Le calculo unos treinta años. Durante su adolescencia, dice, le tocó soportar abusos de los ladinos que vivían en el barrio: discriminación, acoso, robo. Lo detenían viniendo de la escuela y, por molestar, le quitaban sus pertenencias. A veces también lo golpeaban entre varios, y no tenía manera de defenderse.

Fue así que optó por ingresar a una pandilla. Nada parecido a las de la capital, o a las de El Salvador o Los Ángeles; trataban de imitar lo que veían, pero no les salía: en vez de llamarse *Little Psycho Criminals* o *Coronados Locos*, ensayaron primero el nombre *Los Pajaritos*, y luego *Las Estrellitas*. Le pregunto si está queriendo tomarme el pelo y me asegura que no, que es verdad. Dejo escapar una carcajada y él ríe conmigo. “Llegamos a ser como treinta en la clicá”, dice, “y logramos revertir la opresión”.

Al papá lo secuestró el Ejército. Su delito fue llevar prisa. Había un puesto de registro, él tenía una urgencia y suplicó que lo dejaran ir, explicando que andaba corto de tiempo. Se lo llevaron detenido. De ahí lo obligaron a sumarse a las Patrullas de Autodefensa Civil, estructuras paramilitares creadas por el Ejército a partir de 1981 y desmanteladas en 1995.

Una vez, a los 18 años, jugaba fútbol con unos amigos cuando se acercó un militar a pedirle que por favor se fueran a otro lado, porque su casa estaba a la par y necesitaba silencio. Mario se negó. Discutieron un buen rato, sin calentarse. El soldado insistía. Mario siguió en sus trece: “Con ustedes no se puede quedar bien. La guerra empezó por gente como vos, que quiso obligar a gente como yo a hacer su voluntad y nosotros no quisimos”.

Me le quedo viendo:

—Hay que tener huevos para decirle eso a un chafa —comento.

Y él:

—Es que soy rebelde. Fui de la calle.

Y yo:

—De donde vengo, dirían que sos un resentido.

Entonces me repite lo que le dijo cierta vez un *ajq'ij*:²⁵

—Resentido social, eso quiere decir que tenés corazón, que te afecta lo que sufrió nuestro pueblo.

Ahora él también es *ajq'ij* y (detalle curioso, aunque frecuente) a la vez cristiano. Le pregunto si no le resulta difícil compatibilizar lo uno con lo otro. Que no, dice; y me habla de cómo, según él, la gente se diferencia no por el color exterior de su piel, sino por su color interior. “Más mejor es el rojo. Hay indios rojos, hay ladinos rojos y hay canches rojos; como vos”. Sigo clavado, preguntándome cómo le hará para que el legado espiritual que heredó de sus ancestros

25. Se les llama *ajq'ij* (en idioma k'iche') o *ajkab'* (en idioma mam) a los guías espirituales, contadores del tiempo, guardadores y transmisores de los principales rasgos de la cosmovisión maya.

no entre en conflicto con la religión cristiana. Él dice que no hay tos. Yo no le creo.

En un momento dado pasamos a hablar de la realidad de la mujer en el campo. “A los 14 años ya tienen la presión familiar para que se vayan de la casa”, me explica. “*Te deberías casar*, les dicen. Y se casan con cualquiera, con el primero que las enamora, y al casarse apenas tienen cerrado el tercero de primaria; después de eso las sacan de la escuela. Son una carga económica, por eso no quieren que estudien: mucho pisto la escuela, mucho pisto el pasaje, muy peligroso el barranco...”.

El barranco. Con demasiada frecuencia, la ruta más expedita para llegar de un punto a otro (de la casa a la escuela, por ejemplo) no es por caminos de tierra ni por carreteras principales sino a través de veredas, bajando y subiendo barrancos. Guatemala está repleta de ellos: un amigo mío dice que si fuera posible planchar desde lo alto la topografía de nuestro país, superaríamos en extensión a los Estados Unidos. Exagera, por supuesto, aunque la ocurrencia nos permite agregarle una *tercera dimensión* al mapa chato cuyo trazo conocemos más o menos de memoria.

Pero la ruta más corta puede ser, también, la más peligrosa. Máxime si se es mujer, y a medio barranco se presenta el acecho y la emboscada de algún semental “con la sangre alterada por la primavera”, diría el trovador. Mario me confirma qué tan frecuentes son ese tipo de casos, en beneficio del macho que sacia sus instintos y tiene la prerrogativa cultural de no responder por lo cometido, y en detrimento de la mujer (o de la adolescente, o incluso de la niña), que carga con la ‘deshonra moral’ en el contexto de una cultura marcadamente conservadora.

La presión ejercida sobre la mujer en Guatemala, en general, pero sobre todo en el campo, es estremecedora. “El perro”, escribió Cardoza, “es el indio del indio”; pero Luis de Lión, quien sin duda sabía más de esas cosas, contravino: “No es el chucho, es la mujer”.

Comento la frase con Mario y él la ratifica, asintiendo con la cabeza. Es común, dice, que después de sexto grado “se embaracen”, y la manera misma de expresarlo pareciera atribuirle el problema sólo a ellas, como si fueran las únicas implicadas en el acto de engendrar un bebé. Basados en esa lógica lo usual es también que, al quedar preñadas, encontrándose en circunstancias de extrema vulnerabilidad física y emocional, se estrellen contra el rechazo de la propia familia, que las presionará para casarse o “juntarse” con el progenitor de la criatura y así evitar no sólo la mancha innoble de convertirse en madres solteras sino, sobre todo, el desafío económico concreto que supone, en un entorno dominado por la precariedad, tener que alimentar una boca más. Se dice coloquialmente que “todo niño nace con un pan bajo el brazo”, en consonancia con aquella terca profesión de fe según la cual, aún ante las peores adversidades que opone la vida, “Dios proveerá”. Qué bueno fuera.

La mitología bíblica, hondamente asimilada por los indígenas tras siglos de evangelización forzosa, presenta a la mujer en el plano general creacionista como subproducto del hombre; su costilla, para más señas. La realidad, por el contrario, coloca a la mujer no ya como hueso prescindible y secundario sino como decisiva columna vertebral de la sociedad. No hay país en América Latina donde las mujeres dediquen más tiempo que en Guatemala a realizar “tareas no

remuneradas”; esto es, a hacerse cargo de la casa: procurar los alimentos, cocinarlos, lavar los platos, tortear, cuidar a los hijos, lavar y tender la ropa, tirar la basura... lo que se dice, ser esposas “abnegadas”. Más de siete horas diarias, en promedio. Y aquí, en el campo, el número de horas suele ser mayor al acentuarse también su condición de servidumbre.

Abnegadas: negadas a sí mismas, subordinadas a la autoridad de alguien más en obediencia a preceptos sociales, culturales o religiosos. Así, por mucho que el rol de las mujeres sea decisivo para el funcionamiento de la comunidad en su conjunto, nada impide que el dominio masculino sobre ellas sea casi absoluto. Para ellos, la vida promiscua es una licencia aplaudida como demostración de audacia y virilidad; para ellas, en cambio, es causa de severa condena. No en vano se les impone como modelo de virtud a María, quien según la tradición católica es virgen y a la vez madre; y no sólo madre, sino madre *perfecta* y *sufriente* de un hijo asimismo perfecto y sufriente. Imaginemos el golpe a la autoestima y la opresión esquizoide que supone crecer siguiendo los pasos de alguien a quien no nos es dado imitar del todo, ya que el hecho de realizarnos como madres pasa por ‘corromper la pureza del cuerpo’ mediante la consumación del acto carnal, mientras que conservar intacta esa supuesta pureza equivale a privarse de la posibilidad de engendrar hijos... Así pues, por más que lo intente, una mujer nunca completará sus anhelos ni será lo suficientemente virtuosa. Nunca.

Para ellos, la cantina como reducto donde poder ahogar frustraciones; para ellas, la casa, la milpa, el mercado, la iglesia. Y la pila municipal (o en su defecto la orilla del río, o del lago que se halle más a la mano),

espacio donde socializan con otras mujeres forjando lazos comunitarios. Para ellos, la irresponsabilidad como escape de cuando en cuando; para ellas, la férrea disciplina en atención y cuidado de los hijos. Para ellos, el juego, la chamusca de fut, el temascal; para ellas, sólo el temascal. Para ellos, el pago de la quincena; para ellas, lo que sobre. Para ellos, la voz cantante, la última palabra; para ellas, acatamiento, resignación y el cinchazo o bofetada de ser necesario: *calladita te ves más bonita*.

“Calculá que aquí cerca vive un don que tuvo tantas hijas que ya ni se acuerda de los nombres”, me confía Mario. Hablamos también de los efectos de la maternidad adolescente en ámbitos donde, para colmo, las secuelas psíquicas que dejó la guerra son palpables aún. Se percibe, en general, un déficit en el manejo y expresión de las emociones. La gente aprendió a reprimirse, y eso es algo que no viene de los años ochenta sino desde mucho antes:

Guatemala es un pueblo que no canta, que no habla, inhibido. Un pueblo alerta, introvertido, ignorante e ignorado. El diálogo es por substracción, en sordina, con interrogaciones, fintas, puntos suspensivos, paréntesis: anfibológico, resbaloso, semicifrado y reticente. La sonrisa, el ademán, las fórmulas de cortesía, de elusión, diminutivos y diminutivos de diminutivos, complementan el lenguaje velado, el circunloquio. Grita o se esconde en condicionales discretos. No se logra asir fácilmente en un sí o un no. Simula, inventa, elude, se miente a sí para poder mentir a los demás. Se disfraza y se mimetiza en su disfraz que deja de serlo, que se le vuelve piel, concluye la apariencia y hay una realidad nueva, una naturaleza creada, reservada, inventada que no le esconde jamás satisfactoriamente.

“Tienen por costumbre no afirmar jamás las cosas que ven y saben”, recuerda Fuentes y Guzmán, cronista del siglo XVII, “porque siempre responden quizás es así, quizás habrá, aunque sepan que lo que se les pregunta es así, y lo hayan visto”. En la época de Justo Rufino Barrios, el nicaragüense Enrique Guzmán escribió en su *Diario Íntimo*: “La discreción es obligatoria en la República de Guatemala. Imposible hallar gente más reservada que los chapines. Hasta los borrachos son prudentes aquí”.

El guatemalteco platica en voz baja, insinuando, eludiéndose, planteando las demandas, las afirmaciones con preguntas. Así, se presentan más suaves y evasivas, aunque sean apremiantes y perentorias. Refrenado siempre, tímido y encerrado en sí, duro de pensamientos y deseos sepultados vivos. Cuando deseó hablar con claridad, los resultados fueron opuestos a lo esperado. Le han roto los dientes. Se blindó de cautela o indiferencia fingida, semidormido, en guardia hace siglos, esperando la más pequeña coyuntura para gritar audazmente su miseria.

No ha sido el país de la eterna primavera, sino el país de la eterna tiranía. Un pueblo golpeado, silencioso y verídico. Un pueblo que no canta.²⁶

No muestran sus sentimientos, o los muestran apenas, de modo hierático; los rostros pétreos, las quijadas apretadas, el mirar esquivo, inescrutable. “El día que las mujeres indígenas sepan lo que es un orgasmo, ese día van a emanciparse y Guatemala conocerá una verdadera revolución”, le oí decir cierta

26. Luis Cardoza y Aragón: *Guatemala las líneas de su mano* (1959). Editorial Universitaria, 2002; p. 390 y ss.

vez a un sociólogo cuyo nombre se me escapa. A algunos, la observación podrá parecerles ofensiva tal vez, e incluso racista. No lo considero así. Al contrario, el comentario –creo yo– denuncia la palpable subordinación que en los pueblos originarios de Mesoamérica padecen las mujeres respecto de los hombres (fenómeno ampliamente documentado por las ciencias sociales), a la vez que aconseja ejercer el derecho al placer sexual femenino como práctica de empoderamiento capaz de mejorar la confianza y robustecer la autonomía.

Por fortuna, la marcada brecha dicotómica entre lo que les es posible hacer a los hombres versus lo que se les permite a las mujeres tiende a nivelarse un poco conforme penetran los discursos de la modernidad: la cultura del éxito, el fomento de la superación personal, el feminismo, los derechos humanos, la planificación familiar, la libertad de expresión, las narrativas que privilegian el desarrollo de las capacidades del individuo en ruptura con la tradición estrictamente comunitaria; todo ello en sintonía con las agendas de la cooperación internacional y de la mano del auge de los teléfonos celulares y el internet.

Tomasa Cuín Set es un vivo ejemplo de ello. Estudió hasta sexto grado primaria, luego tuvo un novio del que se separó al quedar embarazada, ante lo cual, sola, le tocó padecer el escarnio de su propia familia. Todo parecía venirle abajo; no obstante, se las arregló para salir del atolladero a fuerza de aplomo y rectitud de carácter.

A su casa se llega andando a pie después de dejar el vehículo al final del camino de tierra. Hay varios rimeros de leña apilados en la orilla, provenientes de los bosques que descienden hasta el río. Tres veredas

salen de ahí mismo, prolongándose como rasguños hacia abajo. La de la izquierda conduce por un sembradío de milpa y ayote. Doscientos metros adelante nos



Tomasa Cuin Set

espera Tomasa. Vive con su familia, doce integrantes en total, en un complejo de tres pequeñas construcciones que van a dar a un patio sin piso, lo mismo que las casas. Ahí, en el patio, se sienta a preparar los productos para la venta: champús, jabones, cremas, pomadas, jaleas; también teje en su telar. Sus dos padres, más la hija, la hermana, los hijos de ésta y su marido se reparten, seis y seis, en dos de las construcciones; la tercera hace las veces de comedor, despensa y bodega de utensilios y herramientas. Los niños retozan a sus anchas, dejándolo todo tirado a su paso; pelotas, muñecas mutiladas, retazos de plástico, empaques de chucherías. Decenas de gallinas, chompipes y polluelos complementan la escena.

Tomasa tiene 28 años y es uno de los principales motores de su comunidad. El primer trabajo pagado que tuvo fue como empleada doméstica en la capital, pero después de un año optó por volver. “No me gusta que me anden mandando”, reconoce.

“Cuando tuve a mi hija quise suicidarme, luego pensé en regalarla, darla en adopción”, dice, “porque mi novio me dejó. Pero luego la vi y ya no me animé, era muy bonita; pude resistir, y ahora ella también aprendió a hacerse valer y a participar”. Le gusta generar conciencia a través de obras de teatro, dar charlas a mujeres, conversar con ellas sobre derechos, valor y respeto “para que no se dejen pegar ni engañar. Les hablo de la importancia de vencer el miedo. Hay mujeres que no creen. Les hacen caso a sus maridos y se ríen de uno”, y este detalle revela hasta qué punto la opresión contra la mujer es un drama por partida doble, ya que el machismo, la misoginia, la cultura patriarcal son reproducidos no sólo por ellos, sino

también (en razón del miedo, del peso de la inercia, del apego a la norma) por ellas mismas.

Cuenta que ha asistido a varias manifestaciones, y sostiene que las mujeres indígenas deben organizarse cuando hay leyes que no les convienen. Es cristiana, y se refiere constantemente a cómo la fe en Dios le permitió superar los momentos difíciles. “Él hace milagros, todo lo resuelve”.

Nos despedimos. De vuelta a Santa Cruz me quedo pensando en el complejo microcosmos de jerarquías, estratificaciones, linajes, usos y costumbres que se da entre los indígenas. Desde fuera uno tiende a generalizar viéndolos a todos iguales: “indios son indios”, asentamos displicentemente, zanjando la cuestión sin distinguir que los hay unos comerciantes y los hay otros reducidos a la mera subsistencia, viviendo apenas de lo que cultivan sus manos; los hay unos prósperos, pujantes, y los hay otros en situación de desahucio. Se saludan entre sí. Forman una misma comunidad. Se conocen, hacen bromas, ríen mutuamente, se echan el hombro de ser necesario, de ser posible.

Pero las líneas divisorias persisten, invisibles al ojo incauto. Ni el dinero, ni el desarrollo alcanzan para llegar a todos. Aquí tampoco. Aquí menos. ¿Cuestión de educación? ¿De nutrición? ¿De actitud? ¿De autoestima? ¿De suerte? ¿De ubicación? ¿De herencia? No lo sé. Un poco de cada una, supongo.

Esa misma noche, en el mercado de la cabecera departamental de Quiché, nos citamos con Julián León Zacarías, quien pasa todas las noches ahí como velador para evitar robos en los quioscos. Su turno empieza a las seis de la tarde y termina a las siete de la mañana siguiente. Tiene 55 años y cuenta que, tras

estudiar sexto grado de primaria, tuvo que abandonar la escuela para apoyar económicamente a la familia. Luego, por correspondencia, sacó los básicos y empezó a trabajar para el gobierno en la construcción de caminos. Con el tiempo ascendió a planillero por tener buena letra. Fueron los años en que la guerra escalaba en intensidad. Renunció, dice, por temor, por pura sugestión: “Yo era el que llevaba el listado de todos los trabajadores, y no quería que el Ejército me preguntara por ellos para saber quiénes eran, qué hacían”. Un coyote le ofreció irse a los Estados Unidos, pero no pudo juntar los 500 quetzales²⁷ que le cobraba.

Hasta que el Ejército lo reclutó. Luego se hizo patrullero de autodefensa civil. Estuvo haciendo servicio en Huehuetenango. Eso fue en 1979. Tenía 18 años. “Antes comíamos huevos de gallina del corral y leche al pie de la vaca; ahora todo es químico y caro”, se queja. “En Guatemala hay riqueza, lo que falta son oportunidades”. Y concluye: “Me preocupa que la tecnología nos haga olvidar nuestras raíces”.

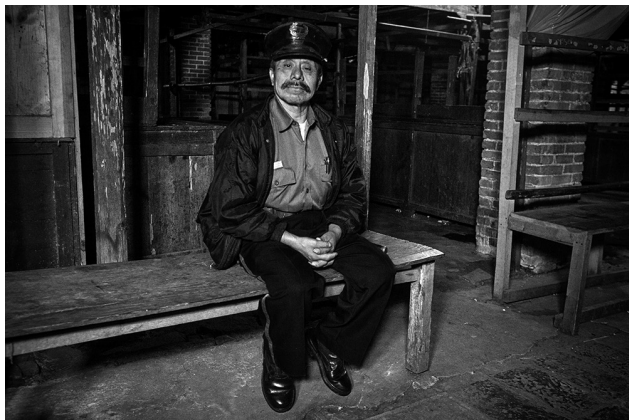
La tarde siguiente, martes, volvemos al mercado: mis compañeros deben rodar unos últimos planos con Julián. Yo permanezco esperando afuera, en el picop, con las luces intermitentes, atento por si algún policía de tránsito ordena que me quite de ahí.

Desde hace más de veinte años, y tras reiteradas visitas, mi experiencia con este lugar, lo mismo que con Santiago Atitlán, es de poca empatía con sus habitantes. Si serán ellos, o si seré yo, eso habría que explorarlo más despacio; pero, aun así, y a riesgo de caer en generalizaciones burdas, no creo exagerado decir que la gente en ambas comunidades es particu-

27. Más o menos 500 dólares en aquella época.

larmente cerrada y hostil para con el ladino blanco oriundo de la capital. Mucho más que en otros sitios del país. No sé, es como si nos opusieran un rechazo que excede lo que cada uno de nosotros hubiéramos podido (o no) hacerles antes en lo individual; un odio primigenio y en todo caso tan generalizado como mi percepción.

Recuerdo, por ejemplo, una vez, allá por 1995, que vine a Santa Cruz a investigar la cultura local como parte de mi trabajo de publicista (entonces lo era). Llegada la hora del almuerzo buscamos, mis colegas y yo, un lugar donde comer. Dimos con una fonda que nos pareció *decente* (palabra extraña para referirse a un restorán), entramos, nos sentamos y desde ese momento nos tocó soportar el modito, entre lo parco, lo desdeñoso y lo remolón, del mesero, que –supusimos– era también el propietario. Para colmo, ni el local ni mucho menos la comida eran la gran cosa. Al final, después de pagar, como gesto mordaz



Julián León Zacarías.

dejamos sobre la mesa una ficha de diez centavos, estimando que una propina de ese calibre podía lastimarle el ego mucho más que si simplemente no le hubiéramos dejado nada. Y así fue: ya en la calle, de reojo vimos al tipo echando chispas, aventándonos de regreso la moneda.

¿Qué será, de dónde viene esa animadversión irracional, casi lindante con la rabieta? ¿Desde cuándo servir un plato de albóndigas es un acto denigratorio? Lo único que se me ocurre es pensar en ambos poblados como herederos de una tradición profundamente influida por el sentido del pundonor de sus respectivas élites indígenas, las mismas que luego sufrieron indecibles torturas y humillaciones en años más recientes, durante el conflicto armado. Y claro, de alguna manera han de intuir (o saber) que los ejércitos perpetradores de aquellas espeluznantes masacres obraron para preservar los privilegios de canchitos como yo.

Estoy aparcado en una de las esquinas de la plaza y la algarabía es desbordante, abrumadora, escandalosa. Todo está comprimido, imbricado caóticamente en una orgía de colores, aromas y sonidos; cada elemento pareciera competir con los otros en una lucha sin tregua por su derecho a existir, por hacerse notar, por ganarse un espacio; el pueblo entero da la impresión de convergir aquí, al mismo tiempo, en la misma cuadra, a una sola voz...

Bocinas, altoparlantes que anuncian productos y ofrecen servicios, comercio informal por doquier: nadie aquí extiende factura. Rostros prietos, marchantes llevando su carga en carretas de albañil, compradores, tuc-tucs, microbuses, señoras con canastas enormes en sus cabezas, motos, picops con imponentes búmpers

avientaburros, carretillas de helado, puestos de comida, quioscos de feria; gente esperando, matando el rato, viendo a la gente pasar...

Voces guturales comunicándose en idioma k'iche', vendedores aquí de maníes, allá de jocotes; ciclistas, depósitos de granos, mujeres torteando, ventas de aguas frescas, ficus en el parque, comedores con manteles floreados, meseras envueltas en vistosos delantales, redes de pelotas de tripa de coche, plásticos de colores, niños tragando gaseosas en bolsa, vendedores ambulantes de peluches, televisores transmitiendo la *Champions*, cajas de aguas gaseosas apiladas, sandalias, discos pirata, ropa de paca, cinchos, cuadros de la Virgen de Guadalupe; paisajes idílicos, como salidos de las biblias mormonas...

Conos verdes de la Policía Municipal de Tránsito; albañiles abriendo calles, reparando el asfalto; jaurías de chuchos por doquier, ventas de pizza y tacos, camiones blindados con transporte de valores...

Dos marchantes descansan, Coca-Cola en mano: la bebida oficial de la mayanidad guatemalteca. ¿Han visto cómo algunos gustan de hacer buchecitos antes de engullir el trago? Azúcar y burbujas. En Guatemala los sacerdotes mayas ofician sus ceremonias enjuagándose la boca con Pepsi o Big Cola, bebidas fáciles para el eructo.

Bombas de iglesia, bengalas de colores lanzadas a plena luz del día, sin otro propósito aparente que el de la fascinación recóndita, primigenia, causada por el olor de la pólvora y el eco de su fragor estrepitoso; la Cofradía de Santa Cecilia en pleno, tambores y chirimías incluidos, en procesión alrededor de la plaza y el parque centrales, portando su estandarte, seguidos de indígenas elegantísimas calzadas en tacones

imposibles color *peach* (a las mujeres la moda, la estética, pareciera calarles a través del consumo audiovisual de telenovelas), caminando de la mano de sus novios, dándoles tímidamente no la mano toda sino apenas uno de los dedos...

“¡Una carga de trigo, de a diez!” grita alguien por ahí, y el maremágnum continúa desbordándose: fardos de papel de baño, gente de a sombrero, ancianos centenarios andando a paso de tortuga ayudados de un bastón, vendedores de aritos para hacer burbujas con detergente, ishtíos de cachetes rojos por el frío y manchas blanquecinas de anemia en el rostro, una india morena luciendo orgullosa sus rayitos canches en el pelo...

Todo eso, y un teléfono celular por cada par de manos: en los vastos sectores de población que el Estado nunca logró alfabetizar del todo, el auge de las telecomunicaciones ha significado un renovado estímulo a su ya de por sí arraigadísima tradición oral, beneficiándose no sólo los millones de usuarios ahora habilitados para entablar comunicación a distancia con cualquiera (incluso con la parentela que vive en Estados Unidos) sino, sobre todo, las tres principales compañías de telefonía móvil. El descomunal negocio para éstas últimas resulta, sin embargo, difícil de calcular con precisión debido a que los planes prepago se venden sin factura; léase: no se reportan, y probablemente tampoco se tributen. Como sea, los precios, aunque relativamente accesibles al bolsillo del de a pie, resultan una estafa en términos de costo por segundo. Para colmo, las telefónicas suman cuantiosos ingresos ofreciendo su base de datos (es decir, los números de su clientela) a empresas de telemarketing que saturan al usuario con horóscopos, ofertas,

promociones, sorteos y toda clase de servicios cuyo común denominador es la trampa de las llamadas por cobrar.

¿Qué tan lícito es permitir que cualquiera, previo pago a las compañías telefónicas, pueda entrometerse en la línea de millones de potenciales consumidores sin su autorización? ¿Acaso la cuota por el uso de estas líneas no le otorga a cada consumidor el derecho a disponer de ellas como bienes *privados*, o sea, sin intrusiones? ¿Qué pasaría, pongamos por caso, si la Corporación Marhnos, concesionaria del tramo carretero Palín-Escuintla, además de cobrar por el derecho de paso de cada vehículo lucrara también con el alquiler de espacios para la instalación de vallas publicitarias y, así, de pronto el conductor se viera colmado de estímulos comerciales durante todo el trayecto? ¿Qué pasaría, por poner otro ejemplo, si *facebook* no se conformara con la venta de publicidad y decidiera cobrarle también una cuota de ingreso a cada uno de sus dos mil millones de usuarios? En otros países, este tipo de abusos son motivo de serias demandas que se zanan en tribunales, a través de sistemas de justicia más o menos eficaces e independientes; en Guatemala, la Dirección de Atención al Consumidor (Diac) pertenece al Ministerio de Economía, dependencia de gobierno tradicionalmente afín a las élites empresariales.²⁸

28. Por otro lado, las cadenas de cines acostumbran incluir una franja de cortos publicitarios antes de cada función, sin que ello les impida cobrar además el boleto de ingreso a cada usuario. La práctica de someter al consumidor a impactos publicitarios insertados en un servicio por el que ya pagó es algo común no sólo en Guatemala sino en muchos otros

Vuelve Sergio, vuelve Laura, se suben al picop y nos acompaña también Julián; vamos a su casa, ubicada en las afueras, a grabar los últimos registros para completar la entrevista. Dejamos atrás el trajín e irrumpimos, por carretera, otra vez en el verdor, el aire fresco, la calma.

[Sigue el en el capítulo 12]

países. Cabe entonces preguntarse de nuevo: ¿qué tan lícito es proceder de ese modo?

Las cosas en San Miguel Ixtahuacán, antes del ingreso de la minera, eran distintas. Crisanta Pérez lo recuerda bien. “Eran distintas”, dice, y percibo cierto dejo de nostalgia en el tono de su voz. De nostalgia, pero también de sereno orgullo: la minera transformó su vida. Hace veinte años Crisanta era cortadora de café. “Nada me importaba”, admite, “porque todo estaba normal; no teníamos problemas”. Ahora es una lideresa indispensable para la organización y la toma de decisiones de su comunidad. Si algo traen los reveses en la vida, además de sufrimiento, es el permitirte saber de qué estás hecho, cuáles tu temple. El infortunio hace que algunos crezcan, se empoderen, se organicen, resistan. Y vayan, poco a poco, ganando batallas.

De jornalera en una finca de café a activista por la defensa del territorio comunitario tras el ingreso fulminante de las industrias extractivas, la historia de Crisanta refleja la transición del sistema productivo en Guatemala: en veinte años, el modelo de Estado finquero dio paso a una matriz económica distinta,

en la que vastas zonas de la más apartada ruralidad se conciben como pozos de excavación al servicio del capitalismo transnacional. De fragmento en fragmento, sin homogeneidad, en calidad de canteras para la obtención de materias primas; tal es la forma como usualmente nuestros países logran conectarse a la globalización.

A Ixtahuacán puede llegarse desde la cabecera de San Marcos, pero ello implica doblar en Cuatro Caminos, Totonicapán, hacia Quetzaltenango, bordear la ciudad y continuar vía San Juan Ostuncalco. Por eso la ruta más socorrida, sobre todo para quienes llegan desde la capital, es seguir, después de Cuatro Caminos, recto, en dirección a Huehuetenango y luego, llegado el momento, doblar a la izquierda por un desvío cuyo trazo llama la atención debido a tres cualidades: el asfalto en perfecto estado, el paso casi nulo de vehículos y la ausencia de vallas publicitarias. Debe haber, supongo yo, alguna correspondencia entre estas tres variables: la falta de anuncios se justifica en razón de la poca gente que pasa por ahí; y el hecho de que la carretera esté tan bien conservada es consecuencia, asimismo, del escaso tráfico. Lo único que no cuadra es por qué, si la ruta se usa tan poco, alguien decidió que ameritaba invertir en asfaltarlo. Ese alguien, claro, es el llamado ‘proyecto Marlin’, la mina de oro más grande de América Central.

Ubicada en la frontera entre los municipios de Ixtahuacán y Sipacapa, San Marcos, la empresa minera llegó en 1996 bajo el nombre de Montana Exploradora, propiedad de Montana Gold Corporation, quien dos años después se la vendía a otro consorcio, Glamis Gold, que a su vez se fusionó en 2006 con Goldcorp, en una de esas transacciones archimillonarias, típicas

del capitalismo en su fase actual, que evidencian cómo las grandes fortunas tienden a concentrarse cada vez más.

Tras once años de operar, la mina Marlin reporta 2.1 mil millones de dólares en utilidades netas, para lo cual fue necesario remover más de 38 millones de toneladas de montaña marquense. Las críticas al proyecto se centran en tres aspectos principalmente: la distribución de las utilidades resultantes de la actividad minera, los efectos de ésta en la salud y el bienestar humano, y la desinformación sobre los impactos ambientales y sociales, sobre todo en relación con los recursos hídricos. El proceso de separar el oro de la roca requiere el empleo de 250 mil litros de agua cada hora, que se deposita en piletas enormes mezcladas con cianuro, un componente de alta toxicidad. La minería a cielo abierto está prohibida en la Unión Europea, Costa Rica, El Salvador, Ecuador,



Gregoria Crisanta Pérez Bámaca.

Argentina, Australia y algunos estados de Estados Unidos.

Un poco de todo esto nos lo cuenta Crisanta desde su propia perspectiva. Vamos a buscarla al lugar en donde vive, en la aldea Ágel, muy cerca de donde opera la mina. La carretera, sinuosa y empinada, sube y baja y vuelve a subir y a bajar atravesando una montaña, luego otra, y luego otra más. Las vistas parecieran como arrancadas de un almanaque, con su cadena de macizos verdeazulados degradándose en intensidad hasta fundirse con la bruma en lontananza. El aire es un caramelo de menta que refresca los pulmones. No se observa un solo vehículo, no se escucha un solo motor, ni un solo vestigio de civilización más que la carretera misma. Hasta donde la vista alcanza no parece haber otra presencia humana. Se siente uno soberano, morador único de estos dominios.

Pasé por acá en 1998 y recuerdo dos cosas: las tupidas nubes de polvo en el camino, y más gente pasando. No mucha, pero sí alguna; sobre todo lugareños, a pie. La carretera transparentó el horizonte, hizo desaparecer el polvo pero trajo la ambición y el conflicto; prosperidad para unos pocos, problemas para el resto. En eso, no en otra cosa, consiste el 'desarrollo' en las periferias que abastecen de recursos a las insaciables metrópolis.

Nos acercamos al epicentro industrial de la región, un enclave invasivo de despojo rodeado de naturaleza impertérrita, prehistórica. Al lado del camino se ven, masivos, grotescos, los tajos y boquetes dejando al descubierto las entrañas de la tierra. Es como la autopsia de un gigante cirrótico, la barriga escindida en dos, las tripas profundas, expuestas. La aldea Ágel está ahí nomás, a tiro de piedra. Una llamada y listo,

estamos ubicados: Gregoria vive a la orilla de la carretera, al final de una pendiente, a pocos metros de la iglesia, el salón municipal y la cancha de básquet.

Las paredes de su casa son de adobe, pero adentro, en el dormitorio, han clavado varias telas de corte jaspeadas para evitar que penetre del polvillo. Hay chunches por todos lados, en cada esquina, no sólo adentro de los armarios sino debajo de ellos y de las bancas y de las camas: canastos, costales, petates, calzado, ropa, sombreros, maletas, cajas de cartón, fardos de papel de baño. Las habitaciones son austeras, pero espaciadas.

Tiene 46 años y siete hijos, pero no todos viven ahí; sólo los pequeños. Es propietaria de tres casas mínimas y cuatro negocios... que generan poco negocio, porque Crisanta es un bólido imparabile cuya jornada, cuando hay ropa que lavar, arranca a las tres de la mañana y termina pasadas las diez de la noche si le toca asistir a la junta del frente de defensa del agua. Digamos que, para ella, entre tanto quehacer el comercio no es una prioridad.

Gregoria Crisanta Pérez Bámaca –su nombre retumba como si alguien somatara el suelo con el tacón del zapato– nació aquí, en Ángel. Cuenta que su infancia, aunque sencilla, fue providencial: “Antes era distinto”. Estudió hasta cuarto primaria. Combinaba la escuela con las tareas de la casa: cargar agua, moler maíz, tortear, barrer. “Como el piso era de tierra, no se trapeaba”. A los once años el papá la llevó, junto con sus hermanos, a trabajar a las fincas. “Era bonito para mí”, dice, ya perdida la inocencia. Fue ahí que aprendió a cortar café. Luego, a los 17, se trasladó a la capital, a trabajar, durante cinco años. No hablaba español, sólo mam, pero al cabo del tiempo se las

pudo. Regresó a Ixtahuacán, viajó a Tapachula, trabajó ahí algunos meses, volvió de nuevo y se casó.

Recuerda las limitaciones económicas que tuvo que enfrentar en esa época. No conseguía trabajo. “Fue difícil vivir aquí. Me aventé a hacer tamales para la venta. Al principio tuve vergüenza, pero mi esposo me apoyó. Eso me ha ayudado bastante hasta hoy: el negocio”. Compró una refrigeradora y empezó a hacer helados en bolsa, tipo cuquito; pero obtenía muy poca ganancia. “Quería hacer helados de paleta, encontré cómo y los empecé a hacer; me fue mejor”. Luego aprendió a hacer helados de nieve. Las utilidades le permitieron sacar adelante a sus hijos. “Hace tres años compré una carreta y ahora vendo también papalinas y frutas; todo eso me ha ayudado para sostener a su familia”.

Le pido más detalles de su infancia, que me cuente de qué vivían sus padres y sus hermanos, cómo han cambiado las cosas, a qué se refiere cuando dice que antes todo era distinto. “Mis padres tenían animales y con eso nos sustentaban”, explica, “pero ahora es más difícil porque la empresa vino a comprar las tierras”.

Eso: las tierras. Ahora comienzo a entender. Imagino el delicado equilibrio de una comunidad, como tantas otras que hay en eso que los políticos demagogos llaman “la Guatemala profunda”, lejos de todo, difícil de acceder, abandonada a su suerte. Imagino una supervivencia exigua y agreste, pero armoniosa en razón de estrechos lazos vecinales fortalecidos a lo largo de generaciones. Imagino un día a día ajeno a cualquier atisbo de modernidad, sin teléfonos, sin cableado eléctrico, sin drenajes, sin carros ni motos; cuando mucho una escuelita raquítica

y un centro de salud desabastecido. Imagino un modo de vida estrechamente vinculado con la tierra, la flora y la fauna. Imagino la frágil e inmediata dependencia recíproca entre el campesino y los recursos de la naturaleza. Imagino el comercio modesto, escaso, remitido a la compraventa de algunos víveres, abarrotes y enseres traídos de otros lados. El mínimo indispensable, vaya. Y el camión de la Pepsi, y el camión de la Gallo, apareciéndose cada tres semanas, tal vez más. ¿El resto? Ideas remotas, sueños incomprensibles, discursos panfletarios, promesas de campaña. Allá, lejos, las fincas, los caporales, los patronos con sus modos y ademanes perentorios en idioma fuereño.

Había a la mano pastos para las vacas, bosques para cortar leña, manantiales para extraer agua, pequeños mamíferos y aves silvestres para la caza; animales de corral, laderas en módico arrendamiento para la siembra de frijol, de ayote, de maíz, de hortalizas. Esto habrá sido así, calculo, hasta bien entrados los años noventa. Luego, la globalización, y con ella el ingreso a gran escala de las transnacionales: un modelo extractivo, voraz, cuya carta de presentación ofrecía, y sigue ofreciendo, traer —por fin— el cacareado desarrollo, diseminar la bonanza por goteo, hacer accesibles las oportunidades, llevar el impulso de la prosperidad —ahora sí— a cada recodo del país, elevar el bienestar de toda la población.

A Ixtahuacán este modelo entró sin anunciarse, calladita la boca, con el sigilo propio de quienes actúan a traición. “No fuimos informados, no fuimos consultados; nadie sabía”, subraya Crisanta. “Hasta que compraron las tierras”. Montana Exploradora los tomó desprevenidos.

Dos *velocidades* vitales, dos maneras de entender el mundo, diametralmente opuestas la una de la otra, colisionaron entonces: la noción bucólica, orgánica, apacible (“el buen vivir”, dirían los progres), y la visión desarrollista, modernizante, comprometida con obtener siempre el máximo rendimiento posible, obsesionada con el avance, el cambio, la novedad. No hace falta resaltar que, en semejante correlación de fuerzas, quienes llevaban las de perder eran los vecinos de Ixtahuacán: el impacto de esta colisión entre dos lógicas incompatibles tuvo, para los pobladores, consecuencias violentas y traumáticas. Tanto, que cuesta imaginarlo.

La comunidad se organizó. Algunos, sobre todo los que vivían alrededor de las tierras que compró la empresa, mostraron su oposición a que la gente siguiera vendiéndoselas. “Entre los que se organizaron estaba mi papá. Él fue uno de los que se opuso desde que supimos las intenciones que tenían, pero no se logró evitar nada porque el alcalde ya les había otorgado el permiso de instalarse”. Con el tiempo fueron dándose cuenta de la profundidad de las excavaciones. Vieron cómo talaban los árboles para rebanar la tierra. “Al poco tiempo empezaron a secarse los nacimientos de agua, empezaron las enfermedades de la piel, empezaron las rajaduras de las viviendas, y al empezar la organización en defensa del territorio empezó también el conflicto social”. Insiste otra vez en esa idea recurrente que tiene sobre un pasado feliz y mejor: “Antes, la gente vivía en armonía con los vecinos; ahora el conflicto se sigue viviendo”.

Habla de compras de tierras con engaños y amenazas. Habla de una comunidad dividida por rencillas e intereses dinerarios. Habla de cooptación

de instituciones de gobierno. Habla de represión policial. Habla de acoso por parte de la municipalidad y de las autoridades locales. Habla de puertas que se cerraban, de reclamos que caían en saco roto, de quejas que llegaban a oídos sordos. Nadie les hacía caso. Hasta que interpusieron una denuncia en la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Ahí sí fueron atendidos. Ahí sí fueron escuchados.

Sus problemas con la policía, sus percances con la ley se dieron a consecuencia de un pulso que sostuvo con la empresa minera, y por el que fue acusada con cargos de destrucción de propiedad. En su defensa, ella alega que no, que fue al revés, que son ellos quienes instalaron postes de tendido eléctrico en su propiedad. Ambas versiones se ajustan parcialmente a los hechos. Esto es lo que cuenta Crisanta:

A finales del año 2004 llegaron a pedirle permiso de atravesar el cableado por una ladera de su propiedad. Ella dijo que no, y así lo acordaron en un compromiso hablado, “porque de ese modo se acostumbra en San Miguel”. Intranquila, fue con sus vecinos inmediatos y les preguntó si ellos habían autorizado el paso de los cables. Le dijeron que sí. Al saberse sin el apoyo de ellos, decidió dar marcha atrás en su decisión y otorgar el permiso, “pero sin firmar papel”, asegura; “y sólo los cables, no los postes”.

Meses después llegaron a pedirle que firmara un papel en blanco. Ella preguntó para qué y le respondieron que era un requisito que debían presentar en el Instituto Nacional de Bosques de Guatemala para poder cortar las ramas de algunos árboles. De buena fe, firmó, y ese fue su error: la engañaron. “Cuando vi los postes y anclas instalados en mi terreno, me enojé”. A lo largo de todo el 2005, con una paciencia

y una determinación de proporciones épicas, fue a quejarse, primero a las oficinas de la minera en Ixtahuacán; ahí le dijeron que ellos no eran los responsables y la remitieron a la compañía eléctrica: ellos le dijeron que ya habían saldado cuentas con Montana. “Volví entonces con la minera y me respondieron que yo ya había cedido el derecho y que no tenía nada que reclamar”.

El siguiente paso fue ir a consultarle a una abogada local, hermana del alcalde que le otorgó el permiso a la minera para trabajar en San Miguel. “Me dijo que definitivamente yo no tenía derecho de reclamar”. Pero ella siguió reclamando, aunque no le hicieran caso.

A todo esto, comenzaron a aparecer rajaduras en las paredes de algunas casas, ocasionadas —según establecieron después varios estudios— por la maquinaria pesada que subía y bajaba por la carretera. En el 2006 la prensa publicó el reporte de las utilidades de la empresa: la comunidad supo, por primera vez, todo lo que la empresa había ganado en un año con el oro extraído. Entonces, la gente se dio cuenta de que había vendido su tierra demasiado barata y se organizó para renegociar el precio. Por todos esos problemas hubo trece días de manifestaciones. Procesaron a varios de sus compañeros. Como táctica para desinflar la oposición, la empresa contrató a algunos inconformes.²⁹ En el 2007 los pobladores

29. Ellos, lógicamente, incrementaron sus ingresos, lo cual hizo circular el dinero y estimuló el comercio a nivel local; pero los precios, en general, se elevaron así sea ligeramente, y eso terminó afectando la precaria economía del resto de la población.

miguelenses se dieron cuenta de algo que antes ignoraban: la empresa no había respetado el derecho comunitario a la consulta.

Fue hasta mayo del 2008 que decidió bloquear el tendido eléctrico, sabiéndose respaldada por una organización de base más grande. “Éramos sólo mujeres, porque yo pensaba que a los hombres fácil los meten a la cárcel”. Lo hizo, dice, con la ayuda de uno de sus hijos. Un ingeniero de alto rango en la corporación llegó a hablar con ella, en ánimo conciliador, intentando llegar a un acuerdo. Incluso llegó a ofrecerle 25 mil quetzales en efectivo a cambio de ceder en su empeño, pero Crisanta no cedió.

Pusieron una demanda contra ella en el Ministerio Público. Recibió citación para acudir a una junta conciliatoria, pero ni ella ni sus compañeras se presentaron. Llegaron a visitarla del Ministerio de Trabajo, diciéndole que los empleados de la mina la habían demandado. Estuvo detenida por la policía. Pero no lograron doblegarla. Para entonces, su caso era conocido ya por varias organizaciones de derechos humanos que no dudaron en brindarle asesoría y respaldo.

Los días previos a realizarse la consulta popular, Crisanta se dedicó a concienciar a la población. Un total de 26 comunidades rechazaron la minería. “No se pudo con todas, porque el alcalde tenía cooptados a algunos líderes”, recuerda. Llegó el año 2009 y la empresa seguía comprando tierras, intentando ganarse a la comunidad con la construcción de escuelas, salones comunales, canchas polideportivas, carreteras y hasta un centro de atención permanente en materia de salud. “La gente pensó que era un beneficio, pero por ejemplo, el hospital ahí está construido y terminado, aunque sin medicamentos; entonces, se equivocaron”. Sin

embargo, admite, “las escuelas y las carreteras sí fueron beneficio porque aquí, por lo regular, son los mismos vecinos los que aportan para la construcción”.

Crisanta es vicepresidenta del Consejo Comunitario de Desarrollo Cocode, presidenta del Comité de Aguas y Saneamiento, integrante del Frente de Defensa Miguelense y miembro del Consejo Municipal de Desarrollo Comude. “A nosotros más nos valen nuestros bienes naturales, porque aseguran la vida del ser humano; en cambio, el dinero viene y se va. Preferible tener árboles, bosques, tierra, agua, que es lo que nos sustenta. Nuestros abuelos sobrevivieron sin pisto, mi mamá cambiaba frijol por café sin usar el dinero”, asegura. Y concluye, solemne: “No puedo traicionar la resistencia de un pueblo en defensa de la madre tierra. La lucha no tiene precio”.

Gracias al dictamen emitido por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, lograron una resolución a favor de cinco comunidades de San Miguel Ixtahuacán. Fruto de eso emprendieron el proyecto de suministro de agua potable. La Corte le ordenó al Estado de Guatemala abastecer de agua a esas comunidades. Crisanta participa en el comité que acompaña el proceso.

El caso de la mina Marlin en San Miguel Ixtahuacán marca el inicio de una embestida del capital corporativo transnacional cuyas réplicas se han hecho sentir en otras regiones del país. Las pautas se repiten, poco más o menos: se trata de lugares lejanos, refundidos, a donde el Estado nunca se ha preocupado por llegar, y que de pronto ven alterado su precario equilibrio social, cultural, económico, ecológico y político con el ingreso de proyectos extractivos o hidroeléctricos de enorme envergadura. Las empresas llegan y se

instalan con la venia del gobierno y la prepotente convicción de que el poder todo lo vence y el dinero todo lo compra.

De parte de las comunidades la desconfianza está profundamente instalada en razón de conflictos de larga data (Chixoy, Exmibal, Perenco), con orígenes que se remontan a los años setenta del siglo pasado, e incluso antes: en 1954, tras el golpe de Estado financiado por la CIA, se aprueba en Guatemala un código petrolero bajo el liderazgo de John Foster Dulles, quien fuera presidente de la Fundación Rockefeller y Secretario de Estado de los Estados Unidos. Como dato revelador, cabe señalar que la primera versión de este código fue publicada en inglés.

Para colmo, muchas empresas extractivas se niegan a atender las lecciones que dejaron experiencias anteriores y persisten en su costumbre de irrumpir de súbito, sin previa mediación; lo cual, obvio, contribuye a exacerbar el clima de hostilidad.

Y es que, con el paso de los años (que bien cabría medir en siglos), los pobladores de estas tierras han acumulado un *resentimiento* del todo comprensible si atendemos su historia, pero que la lógica occidental ve con muy malos ojos, percibiéndolo como necedad *genética* propia de aborígenes ignorantes, atrasados y llenos de envidia, que se niegan, y le niegan al resto del país, la oportunidad de una vida más cómoda y moderna. Adviértase la proyección del racismo en esta manera de concebir al ‘otro’. Los pueblos indígenas son vistos, así, como “enemigos del desarrollo”, y en tal razón se ha llegado a justificar no sólo su sometimiento sino incluso su exterminio.

La perspectiva del problema cambia al entender el rol que *el indio* (sujeto colonial oprimido por

excelencia) desempeñó en el truncado ‘proyecto de desarrollo’ de nuestro país: un peón nada más, a quien se obligaba a trabajar para luego dejarlo al margen de los frutos de su esfuerzo.

No sé de nadie que haya explicado mejor esta realidad que un refugiado de las Comunidades de Población en Resistencia³⁰ a quien Sergio, mi colega de viaje, entrevistó hace años en la Zona Reina del Quiché. Sus palabras no son textuales, pero a grandes rasgos expresaban lo siguiente: *Nuestros abuelos vivían en las tierras bajas de la costa sur y para la Revolución de 1871 los echaron a las montañas. Pasó el tiempo y de todos modos seguíamos bajando a las fincas de la costa a trabajar, pero nos pagaban poco, nos endeudábamos en las tiendas, y si enfermábamos, nos echaban. Por eso, cuando vino la guerrilla a ofrecer liberación, nosotros les hicimos caso. Pero no funcionó. ¡Y ahora que encontraron oro y plata en las montañas, quieren echarnos de acá también!*

Cabe agregar que Eduardo Villacorta Hadal, ex vicepresidente regional de Goldcorp Inc. y ex director ejecutivo para Centroamérica de Glamis Gold, se encuentra prófugo de la justicia, señalado de financiamiento ilícito en el caso más grande conocido hasta ahora de cooptación del Estado. Queda al descubierto, así, el carácter eminentemente corrupto de la operación minera a su cargo en Guatemala, y a la vez se hace

30. Las Comunidades de Población en Resistencia (CPR) fueron contingentes de campesinos desplazados de sus lugares de origen como consecuencia de la implementación, por parte del Ejército de Guatemala, de la política de tierra arrasada. Familias enteras, o lo que quedaba de ellas, huyeron a las montañas y selvas, logrando eventualmente organizarse en sus áreas de refugio y desarrollando asimismo un sistema de autogobierno y subsistencia.

evidente que la capacidad de maniobra ante el Estado que tienen estos mega consorcios es muy superior al de las comunidades.

De los cien municipios del país que en el año 2010 contaban con licencias mineras, 77 de ellos eran foco de conflicto social. El sentir de las comunidades apunta a que las instituciones públicas correspondientes poseen escasa o nula legitimidad para ejercer su función mediadora, pues se perciben como promotoras del modelo extractivo.

A finales del 2015 la actividad minera generaba menos de 5 mil empleos formales. Se trata de un sector independiente que está desvinculado del resto de la economía, explica el especialista Jonathan Menkos en su columna de *Prensa Libre* publicada el 11 de julio del 2017; “así es que las empresas llegan, explotan los recursos y se van, por lo que la mejor forma de trasladar algo de su actividad a la sociedad es por medio del pago de impuestos”. Sin embargo –agrega–, entre 2010 y 2015 los impuestos y regalías aportados fueron cercanos a los 53 millones de dólares anuales, lo que sirvió para financiar tan sólo el 0.7% del presupuesto de gastos del gobierno central guatemalteco.

Al día siguiente de nuestro encuentro con Crisanta, tras pasar la noche en la cabecera de Huehuetenango, enfilamos rumbo hacia Barillas, municipio ubicado 140 kilómetros al norte. Cubrir el trayecto nos lleva cuatro horas: así de deteriorado está el camino. Ahí conocemos a dos personajes, María y Adalberto, con historias de vida que de alguna manera complementan el relato de Crisanta y permiten dimensionar el drama causado por la imposición unilateral de un modelo económico en detrimento de otro.

María Pérez Marcos es q'anjob'al, tiene 32 años y es madre soltera de una preciosa niña de siete: Eulalia Maribel. La alegría radiante de la pequeña contrasta



María Pérez Marcos.

con el aspecto sombrío de su progenitora. Eulalia es curiosa, desinhibida; María tiene el miedo instalado en los ojos, la mirada sufriente, como acostumbrada a esperar siempre lo peor. ¿Cuántas pesadillas, cuántas noches de insomnio llevará a cuestas; cuánto infierno en vida sentirá su corazón? Algo en la madre me perturba y algo en la nena me enternece; y al contemplar las dos presencias, una junto a la otra, mi mente se dispara y no puedo evitar pensar, quién sabe por qué, en la cantidad de niñas guatemaltecas que a esa tierna edad han sido ya reiteradamente violadas, la mayoría de veces por miembros de su propia familia. Pero esa es otra historia. Excúseseme el desvarío.

“Tuve un poco de estudio”, cuenta María, “pero mis padres no tenían dinero, así que tuve que trabajar mucho, cortando café y cardamomo, cargando”. Vive en el cantón Recreo “A”, a las afueras del casco principal. Trabaja en un restaurante y es activista contra la hidroeléctrica. El marido la abandonó por otra mujer cuando Eulalia Maribel tenía siete meses de nacida. Se expresa con dificultad, no se la ve cómoda; el español no es lo suyo. Aparte, pareciera como si el velo del miedo estuviera reprimiéndola todo el tiempo, succionándola hacia adentro. Una idea recurrente envuelve casi cada una de sus frases: “No queremos más problemas, no queremos más conflicto, no queremos más cárcel, no queremos más órdenes de captura”.

En el 2012, explica, hubo Estado de Sitio en Barillas. “Los ejércitos entraron a nuestras casas y corrimos a las montañas, por el miedo. Mataron a un compañero y les dispararon a otros dos. Metieron a 18 a la cárcel.”³¹

31. En total, los detenidos no fueron 18, sino 21.

Hay denuncias en nuestra contra y queremos saber por qué. Sólo defendemos nuestras tierras y nos oponemos a la construcción de la hidroeléctrica. Botaron los árboles y los animales se fueron. Están llevándose todas las riquezas. ¿Acaso nos pidieron permiso? ¿Qué les va a quedar a nuestros hijos, a nuestros nietos? Tal vez yo ya no lo voy a ver, pero mi lucha es por ellos, para que ellos no se queden sin nada. Tengo miedo por mi hija, pero pienso seguir luchando para que no sufran las siguientes generaciones”.

A sus compañeros los capturaron con cargos de narcotráfico, plagio y secuestro, “pero son trabajadores del campo”, explica María; “están organizados, pero no son delincuentes. Dejaron solas a sus mujeres y a sus hijos por ir a cumplir su condena en la cárcel; todo por culpa de los empresarios. En Barillas estamos sin ley. No hay policía, sólo los ejércitos. No queremos que entre la policía porque van a venir a capturar más gente”. Y repite, como un mantra fatídico: “No queremos más problemas, no queremos más conflicto, no queremos más cárcel, no queremos más órdenes de captura”.

Un tío de María, hermano del papá, se separó de la familia por ir a trabajar con los empresarios de la hidroeléctrica. “Él les dio nuestros datos, nuestros nombres, dónde vivimos, todo; por eso estamos viviendo con miedo. Le pagan cien quetzales al día y ahora nos están persiguiendo, él mismo nos está persiguiendo, junto con otras personas que trabajan para la empresa. Dijo que nos iba a matar, y por eso los compañeros y compañeras de la resistencia lo tienen amenazado a él también. Vinieron unos hombres armados a querer sacar a mi papá, pero yo estoy decidida a dar mi vida por mi pueblo y mi territorio. Me

han dicho que nuestros abuelos sufrieron mucho y estuvieron trabajando para los españoles, pasaron su vida en pobreza, no levantaron la voz por sus derechos y los de sus hijos; pero nosotros no nos dejamos”.

Se refiere a los españoles en tiempo pasado y en tiempo presente: en el pasado, por los conquistadores; en el presente, por los propietarios de la hidroeléctrica. “Yo quisiera ser ejemplo de lucha para los jóvenes y niños. No quiero que ellos sufran como yo he sufrido. Quisiera darle estudio a mi hija y que ella también sea ejemplo para sus amigas”.

La hidroeléctrica que menciona María es la llamada Hidro Santa Cruz, subsidiaria de dos compañías españolas: Ecoener e Hidralia. Eso me lo cuenta Adalberto Villatoro, a quien conocemos de chiripa. Es el propietario del hotel donde pasamos la noche.

Adalberto es originario de San Pedro Necta, municipio ubicado a sesenta kilómetros de distancia en línea recta (aunque para llegar por tierra sea preciso cubrir más de cien), pero lleva 42 de sus 65 años viviendo en Barillas. Es agricultor, dice, y se dedica al cultivo de café y cardamomo. Tiene diez hijas y dos hijos. Su liderazgo en la comunidad lo llevó, junto con otros vecinos, a encabezar una manifestación en la que el pueblo se oponía al Estado de Sitio decretado por el gobierno. “Por salir al frente de esta situación nos tomaron no como líderes políticos, sino por estar coaccionado a la gente y estar causando bochinchas y problemas. Se nos acusó de plagio y secuestro y fuimos a parar al Preventivo de la zona 18”. El Preventivo y la zona 18 están en la capital, a 400 kilómetros y doce horas de camino (a veces más) de su casa, de su familia.

Eso fue el 1 de mayo del 2012, cuando tres pobladores que se oponían a la hidroeléctrica sufrieron un atentado. Uno de ellos murió y los otros dos resultaron gravemente heridos. Todas las sospechas recayeron en el personal de la Hidro Santa Cruz. La justicia ordinaria condenó a dos de los empleados de la compañía como autores del homicidio, pero éstos se sometieron a las cortes de la capital. Finalmente el Tribunal de Mayor Riesgo los absolvió, en una decisión no exenta de cuestionamientos.

Puesto en vigor el Estado de Sitio, durante los 18 días siguientes el gobierno envió un destacamento integrado por 480 efectivos del Ejército y 350 agentes de la Policía Nacional Civil. El informe anual de la Oficina del Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos en Guatemala concluyó que el Estado de Sitio carecía de una justificación clara y un análisis de necesidad, excepcionalidad y proporcionalidad.

Se constataron casos de detenciones ilegales, robo de dinero y sustracción de documentos, y se denunciaron abusos contra las mujeres, que sufrieron allanamiento de sus casas y, en algunos casos, destrucción de pertenencias y agresiones verbales y sexuales. Ante el temor de ser atacados, varios líderes y lideresas, como María, tuvieron que refugiarse en la montaña, replicando lo que habían hecho antes, en tiempos del conflicto armado. Algunos permanecieron escondidos durante año y medio, por el temor a sufrir represalias.

Un total de 52 órdenes de captura fueron giradas contra líderes y opositores. ¿Los cargos? Terrorismo, narcotráfico, posesión ilícita de armas, secuestro, atentados contra la seguridad de la nación... ¿Por qué esos cargos? Porque no gozan de medidas sustitutivas;

es decir, no admiten la posibilidad del arresto domiciliario ni de la libertad bajo fianza. Es una manera de sacar del juego a los líderes más beligerantes y desarticular sus esfuerzos de resistencia. La empresa actuaba a través de sus trabajadores, que interponían las denuncias; pero, a la vez, ofrecían el servicio de defensa legal a varios procesados y sus familias para ganarse su apoyo, y los que aceptaron disfrutaron de beneficios. Se sabe que esta estrategia, además de exacerbar la división social, estaba encaminada a agotar los plazos de recurso para dilatar los procesos.

La Hidro Santa Cruz se defendía ante la opinión pública argumentando que invertía en programas sociales, con jornadas médicas para niños, becas para estudio, etcétera. Al mismo tiempo, para conseguir aliados en el terreno optó por contratar a varios líderes comunitarios como personal de seguridad. Muchos de ellos eran líderes de Cocode de primer nivel o alcaldes auxiliares, y parte de su cometido consistía en aprobar un acta colectiva de aceptación del proyecto hidroeléctrico.

Pero también contrató, en calidad de coordinador de las relaciones comunitarias, a Juan Garrido, un ex militar condenado por narcotráfico. La población local denunció que, durante el tiempo que Garrido laboró para la empresa, hubo infiltración de trabajadores de la Hidro Santa Cruz en sus debates, compra de autoridades y líderes, y acoso contra las mujeres.

Los vecinos de Barillas denuncian también que la hidroeléctrica inició la compra de tierras mediante engaños, a través de un intermediario que decía querer los terrenos para potros o siembra de café y cardamomo, lo que propició que se cedieran a precios por debajo

del mercado. Quienes se negaban a vender, recibían amenazas.

Todo empezó cuando, en julio de 2009, algunos forasteros fueron observados tomando mediciones del terreno y de los caudales del río Cambalam. Dados los antecedentes en otras zonas del país, y dada la pésima reputación de las industrias extractivas, aquello dio lugar a todo tipo de especulaciones alarmistas. Ya entonces, un grupo de vecinos opuestos al proyecto retuvo a un ingeniero y a catorce trabajadores de seguridad de la empresa, a quienes quitaron las armas y les obligaron a firmar un papel comprometiéndose a salir de ahí. La empresa reaccionó denunciando las intimidaciones, iniciándose entonces un conflicto que desde ese momento sólo fue de mal en peor.

A finales de 2003 se había promulgado la Ley de Incentivos para el Desarrollo de Proyectos en Energías Renovables. Esta ley estableció un amplio régimen de exención de impuestos, incluyendo los aranceles para la importación de maquinaria y de equipos, el impuesto sobre la renta por un periodo de 10 años y el impuesto a las empresas mercantiles y agropecuarias (IEMA), también por 10 años. Además, asignó certificados de reducción de emisiones de carbono a los propietarios de los proyectos, que podrían comercializarlos como fuente adicional de ingresos.

Hidro Santa Cruz pretendía servirse del río Cambalam y construir su central generadora aprovechando una caída de 272 metros de altura, justo donde se ubica un centro recreativo y ceremonial, patrimonio del municipio. El proyecto arrancó sin tener en cuenta a los interlocutores locales ni brindar información pública. Los vecinos temían que la compañía privatizara el sitio, sagrado para algunos, y que a partir de entonces

el ingreso les sería vedado. El río, además, se utiliza como afluente para descargar las aguas negras de Barrillas, y los comunitarios no querían que se les prohibiera el derecho de desagüe.

“Nuestra inconformidad no era en contra del desarrollo sino de la manera en que quisieron imponer los proyectos, sin consultarle a la población”, subraya Adalberto. “Entonces formamos una mesa de diálogo con el presidente y sus ministros”. Eran cuatro personas. Pero no fue —dice— una mesa de diálogo: la idea era llegar a ciertos acuerdos básicos antes de negociar con la empresa, pero el gobierno los traicionó al incorporar a representantes de la Hidro Santa Cruz desde la primera junta, “como presionando para aprobar la concesión, que es por cincuenta años, sin pagar impuestos”.

Adalberto se le plantó al presidente: “¿Por qué, si faltan 32 kilómetros de asfalto en la carretera que viene desde Huehue, y ya nos han engañado inaugu-



Adalberto Villatoro.

rándola cinco veces, vamos a ceder, si siguen burlándose de nosotros y no muestran seriedad?”. Barillas es un municipio fértil y generoso, con enorme potencial debido a su biodiversidad, pero aislado del resto del país. La Franja Transversal del Norte, una vía de 362 km de largo que conecta el Oriente con el Noroccidente del país, fue anunciada con bombos y platillos en 1980; no obstante, después de 37 años, y tras un proceso de implementación plagado de anomalías y reparos, aún no ha sido concluida. Tampoco la carretera a la que se refiere Adalberto, esos 140 kilómetros que comunican con la cabecera departamental.

“Sí ha habido avances”, reconoce Adalberto. “Antes se hacían entre doce y catorce horas de Huehuetenango para acá, pero estaríamos mucho mejor si los gobiernos se interesaran en realizar proyectos favorables para estas zonas productivas del país. Por eso tenemos que alzar nuestra voz, para que alguien nos escuche. Otros países saben de nuestra riqueza natural y han puesto la mira aquí, pero ellos no vienen para el desarrollo de los pueblos, sino para explotar y llevarse los recursos. Tiene que haber gente con liderazgo para que esos proyectos nos beneficien también a nosotros”.

Por eso, por alzar la voz, Adalberto y sus compañeros de lucha guardaron prisión durante 17 meses, casi un año y medio, por atrasos intencionales en las audiencias. “Le caímos mal al presidente por opositores. Dijo que éramos líderes negativos y que merecíamos un escarmiento para que no nos metiéramos en situaciones de provocar conflicto”. Hasta que una juez, Yassmín Barrios, tomó el caso, vio que se trataba de un montaje y ordenó la inmediata liberación de los activistas. “Los medios de comunicación, algunos de manera solapada, otros más

abiertamente, al principio hicieron campaña a favor del gobierno. Nos tildaban de secuestradores, pero nosotros no secuestramos a nadie; sólo manifestamos”, insiste Adalberto. “La gente conoció la verdad hasta que los medios independientes aclararon, máxime cuando el presidente y sus funcionarios empezaron a ser capturados”. Más de 60 titulares de ese régimen, incluyendo el presidente, la vicepresidenta y varios ministros, han sido puestos tras las rejas (o tienen orden de captura) señalados de corrupción.

Barillas produce cardamomo, café, ganado, maíz, frijol, pimienta, naranja, maní; pero el comercio se dificulta debido al mal estado de las carreteras. “Aquí es tierra fértil, se produce bastante; pero cuesta por el acceso. Necesitamos que el asfalto llegue a Barillas para poder transportar los productos. Necesitamos institutos aquí para que la población no tenga que irse a estudiar hasta Huehue o Xela. Hacen falta escuelas, maestros, capacitación técnica en agricultura. Hay mortandad de mujeres en sus partos, y niños desnutridos. Necesitamos inversión en educación, salud y trabajo”, concluye Adalberto.

Finalmente, tras más de ocho años de conflicto social y legal, Hidro Santa Cruz publicó en los medios de prensa guatemaltecos un comunicado anunciando su decisión de retirarse de Barillas. La empresa reconocía que su proyecto “no ha adquirido la aceptación de una parte significativa de los habitantes del territorio en los que pretendía instalarse”. El saldo, aparte de dejar un tejido social debilitado y dividido, se traduce también en miedo, desconfianza, criminalización y sufrimiento. A todo esto, las condiciones de subdesarrollo en la comunidad, lejos de reducirse, se han agudizado en un contexto cuya norma es la escasez

de empleo (que la empresa tampoco estaba ayudando seriamente a mitigar), los salarios bajos y la migración forzada: más del 85% de los barillenses abandona sus hogares por motivos de subsistencia, ya sea de manera temporal, para ir a trabajar a México, o a cortar café en el oeste del departamento, o con otros fines agrícolas; o de modo permanente, buscando en Estados Unidos el dudoso “sueño americano”.

Una consecuencia más, de sabor agridulce, es el retiro en 2012 de la subestación de la Policía Nacional Civil asentada en el municipio. Desde entonces, aunque son muchas (y muy comprensibles) las voces que declaran preferir que las ‘fuerzas del orden’ permanezcan lejos de la comunidad, lo cierto es que la seguridad ciudadana ha venido agravándose, con un incremento en delitos comunes y linchamientos.

Otras cuatro horas de pésimo camino nos esperan antes de llegar a la cabecera departamental. Menos mal está el paisaje: la carretera, que atraviesa la sierra de los Cuchumatanes, es una serpiente interminable de cuestas que suben y luego bajan y suben y bajan otra vez, de San Ildefonso Ixtahuacán a San Juan Ixcoy, de San Juan Ixcoy a Cabcín, de Cabcín a la meseta, donde está el entronque que lleva a Todos Santos; de la meseta a Paquix, donde está el otro cruce que va a La Capellanía, y siguiendo de largo ese cruce, por último, el descenso rumbo a Chiantla. Las montañas no son verdes, sino azules. Se confunden con el celaje en una gama asombrosa que varía de tonalidades según la hora, la temperatura, la época del año, la bruma, la lluvia guardada en las nubes.

De cuando en cuando aparecen niños bloqueando el camino con un cordel que lleva flecos de plástico de colores. Pala en mano, están rellenando los baches

y piden una compensación. Así logran juntar algunos quetzales al final de la jornada.

Al pasar por Santa Eulalia, lo mismo que por Soloma, nos desvían obligándonos a ir por calles estrechas y atiborradas. La iglesia de San Pedro Soloma, “el valle del ensueño”, destaca por su tamaño y por su derroche: los retablos de madera, la puerta de ingreso, la cúpula dorada, los frescos que no son frescos, sino enormes mantas vinílicas que cuelgan de las paredes, reproduciendo turbadoras escenas de la biblia. Así es como los muchos coyotes oriundos de este municipio agradecen a su dios por haberles permitido prosperar.

Y no es para menos, teniendo en cuenta que su fortuna descansa en la necesidad de millones de guatemaltecos de migrar en busca de las oportunidades que no tienen aquí.

Mi infancia transcurrió en tiempos en los que había que andar con cuidado de lo que se decía. Los medios informativos se plegaban, sea por miedo, sea por afinidad, al discurso oficial post-terremoto: *Heridos, pero no de muerte... Guatemala está en pie.*

No se hablaba de la represión que las dictaduras militares venían implementando de manera creciente sobre las poblaciones más desposeídas. Recuerdo que antes de cada comida, a la hora de rezar elevaba mis plegarias por los niños de Camboya: la televisión y los periódicos transmitían imágenes desgarradoras sobre la guerra en aquella parte del mundo y callaba acerca de lo que ocurría a apenas cincuenta kilómetros de mi casa. El caso de Camboya se difundía intensivamente en los medios masivos como forma velada de propaganda anticomunista que, hasta cierto punto, permitía ‘justificar’ la represión militar en países como Guatemala: se encubrían las barbaridades de aquí con las de los enemigos lejanos.

¿Rezar, yo? Sí. Durante algunos años lo hice, sobre todo de niño. Crecí en el seno de una familia rigurosamente católica, de clase media acomodada, dando por hecho que las pautas que regían lo que para mí era “la normalidad” (vivienda digna, papá responsable, mamá abnegada, hermanos varios, armonía familiar, comida los tres tiempos, carne todos los días, salud de hierro, ambiente residencial seguro, vecindario cordial, áreas recreativas a mi disposición, facilidades de transporte, servidumbre para hacerme la cama, para lavarme la ropa, para cocinarme las viandas; deferencia en el trato por parte de personas acostumbradas a considerarme –sin yo saberlo– de condición “superior”) eran asimismo extensibles al resto de mis congéneres.

Las disonancias, no obstante, se encontraban ahí nomasito, cruzando la calle que separa mi casa de los cantones donde aún hoy vive la gente que se aparece de cuando en cuando, ofreciéndose para realizar oficios domésticos o de jardinería. Cuchitriles de tres por cinco metros, improvisados con cartones y láminas viejas, suelo de tierra, humo de leña, muebles escasos y tiznados, sin drenajes y a menudo también sin electricidad, en los que cabían familias enteras apretujadas entre chuchos, pulgas, piojos e instrumentos de labranza.

Así fue como tomé conciencia de que la mayoría de las leyes de este país me favorecen, porque han sido hechas por gente como yo para gente como yo. “El capitalismo es el socialismo de los ricos”, leí hace poco. En otras palabras, los ricos vivimos subsidiados: transitamos sobre calzadas de asfalto que otros no tienen a su disposición, contamos con servicios (un grifo de agua a la mano, postes de luz, energía eléctrica,

señal de cable, desagües bajo tierra) a los que otros no pueden acceder, producimos porque hay con qué producir, tenemos a la mano un autobús, una farmacia, un futuro, un presente. Los demás, los de abajo, entran al ruedo en condición de desventaja, arrancan desde un punto de partida rezagado que acentúa sus dificultades de nivelación. Sumémosle a ello el inveterado racismo y queda claro que salir adelante se les complica aún más.

Para colmo, unos y otros, ricos y pobres, damos por hecho que eso es lo normal, que “así ha sido siempre y así es como debe ser”. La versión hegemónica (reforzada por el discurso de los medios masivos, la publicidad, las iglesias pentecostales, los centros de poder, las escuelas, institutos, colegios y universidades, los cursillos de liderazgo empresarial y hasta Ricardo Arjona) nos pinta un escenario en el que cualquier logro, por ambicioso que parezca, es alcanzable asumiendo la actitud correcta y esforzándose lo suficiente. La autorrealización humana queda entonces reducida a una frivolidad chata, cosificada, material, individualista; una vulgar competencia en la que sólo los ganadores conquistan *mercidamente* la cima, el triunfo, el éxito. No hay piedad para los débiles: el Olimpo es privilegio de unos pocos.

Dicho de otro modo, el pobre es pobre porque quiere, porque no se esfuerza lo suficiente. No merece otra cosa. Es el pobre, y nadie más, el *culpable* de su propia pobreza. Y para sustentar esta ‘ley natural’, sus tenaces e influyentes promotores echan mano de casos aislados: ‘historias de éxito’ que dan fe del ascenso prodigioso de personas que de la nada consiguen hacer una fortuna. La trampa de este argumento consiste en hacer, de la excepción, una regla. *Si uno lo*

logró, ¿por qué no van a poder lograrlo los demás?, es el razonamiento. Pero la realidad no funciona así, y la evidencia al respecto es aplastante.

Uno de los principios fundamentales del ideario liberal postula que, si bien los logros (el punto de llegada) dependen de cada individuo, las oportunidades (el punto de partida) pueden y deben ser las mismas para todos. Tal es, en teoría, la función del Estado: garantizar que todos sus ciudadanos tengan las mismas oportunidades. Para eso se supone que sirven los impuestos. No lo creen así los voceros del individualismo a ultranza, por mucho que hagan alarde de su enérgica vocación liberal.

En fin, lo cierto es que, como venía diciendo, la primera lección que tuve sobre desigualdad la aprendí por contraste, al observar cómo vivían los indígenas de etnia Kaqchikel al otro lado de la carretera contigua a mi casa, hacinados en covachas a las que sólo era posible acceder a través de estrechos cantones de tierra que bajaban por el barranco hasta llegar al río; y cómo, de este lado, vivíamos nosotros, la mía y otra docena de familias vecinas, en casas amplias y propiedades de una hectárea de extensión cada una. Claro que entonces no se le llamaba *desigualdad*. Esa palabra es moda reciente, y a estas alturas estoy detestándola cada vez más. Quisiera poder nombrarla de otro modo: *inequidad*, *asimetría*, qué se yo; algo con que despojar el concepto de toda esa retórica politizada, panfletaria, demagógica; una expresión que se refiera a lo mismo, pero sin caer en lugares comunes. Díficil.

Como buen señorito de clase media, la crianza que recibí de pequeño estuvo a cargo no sólo de mi madre, sino de una empleada doméstica que combinaba sus oficios en la cocina con eventuales atribuciones

de niñera. Alba del Carmen era su nombre. Madre soltera de un chirís tres o cuatro años menor que yo, vivía en un cuarto de la casa: el cuarto de *la muchacha*. Su hijo no; él creció con su abuela y sus tías en una aldea ubicada cinco kilómetros montaña arriba, a diez minutos en camioneta. De vez en cuando se lo traían; Alba, entonces, debía repartirse en tres: preparar la comida, cuidarlo a él y atenderme a mí.

Su padre (el de ella), alcohólico, solía aparecerse cada dos o tres días, apestoso, desgarbado y harapiento, en busca de alguna sobra que ella le entregaba a regañadientes, no sin antes discutir con él unos minutos en la puerta. Recuerdo cuánto sufría en esos instantes, primero negándose a atenderlo, luego cediendo, resignada, y por último volviendo a sus oficios con los ojos enrojecidos, el llanto a punto de brotar. Fueron muy pocas las ocasiones en las que se negó a salir del todo, entonces yo intercedía y acababa convenciéndola. Me caía bien el borracho. Hubiera sido interesante poder entender a fondo esa difícil relación de amor empalmado con rencor. Intuyo que había muchas fisuras y heridas y discordias e historias amargas sedimentadas ahí.

El domingo era su día libre, y a veces me llevaba con ella e íbamos de paseo al centro, al parque, a alguna feria, a comer helado. Su manera de evitar que hiciera berrinche era amenazando con que podía oírme un policía: “Pórtese bien, porque ellos se andan llevando a los niños llorones”, decía. Un disuasivo muy convincente.

Llegué a encariñarme mucho con ella, como es lógico, lo mismo que ella conmigo. Entre los dos fue forjándose una relación de mutua confianza. Confianza en el trato, sobre todo. Hasta que, con los años,

desarrollé ciertos prejuicios de clase y las cosas se complicaron. Me metía en la cocina, exclusivamente, para molestarla. Discutíamos a menudo. “Cholera de mierda, hija de la gran puta”, le decía. “Abusivo”, respondía ella, ora con rabia, ora con lágrimas; “ya va a ver, le voy a dar la queja a su mamá”.

Renunció después de más de una década consagrada a nosotros. No fue una santa, pero casi. La influencia del entorno, sumado a mi temperamento, transformaron al angelito risueño y bien portado que yo era (así dicen) en un mocoso insoportable. Pero no es por eso que se fue, creo: meses antes de su partida llegaron a instalar una casa prefabricada contigua a la mía, lo cual supuso la presencia de un equipo de obreros a cargo de nivelar el terreno y fundir la superficie de cemento. El jefe de albañiles era un tipo alto, rechoncho, de manos enormes y carácter extrovertido, que aseveraba contar con un título de maestro de escuela primaria y todo el tiempo se la pasaba haciendo exhibición de sus conocimientos. “Hablale bien de mí”, me pidió un día. Acto seguido confesó sus intenciones: “La quiero chimar, ¿me entendés?”.

Supe que Alba se casó, no estoy seguro si con él, y que tuvo más hijos. El primero, el que ya tenía, al crecer se hizo –adivinen– agente policial. Me pregunto si alguien, alguna vez, se habrá referido a él para disuadir al hijo chillón. No lo creo. Hoy, los policías tienen fama ya no de llevarse a los niños malcriados sino de tumbar alijos de cocaína, morder a ciudadanos infractores y reprimir brotes de protesta popular.

Jugaba mucho con los niños indígenas de la aldea. Chamuscas de fútbol, tiro al blanco con hondas y botellas de vidrio, cohetillos y canchinflines que quemábamos para las fiestas de fin de año. No había

diferencias en mi trato con ellos. Hablábamos de tú a tú, o mejor dicho de vos a vos; aunque cierto es también que nunca entraron a mi casa, ni yo a la de ellos. Siendo patojo no alcanzaba a percibir ese tipo de detalles que sólo ahora me hacen cavilar.

Mi entrada a la pubertad coincidió con el golpe de Estado de 1982 y el recrudecimiento del combate a la guerrilla. Fueron años de *tierra arrasada* en las montañas, y de secuestros y operativos en la capital. Muchos clasemedieros, como yo, pasamos de largo por encima de la tragedia, sin llegar a tocarla siquiera. Recuerdo que cada vez que las fuerzas de seguridad desmantelaban un reducto guerrillero en la ciudad, los colegios decretaban feriado, de tal suerte que para los alumnos la noticia era motivo de fiesta. Así de superficialmente viví los años de la guerra interna.

Ahora que lo pienso en retrospectiva, es probable que hayan sido las imágenes que sacan a pasear los devotos en Semana Santa las que comenzaron a curtir mi (in) sensibilidad ante el dolor y la sangre. Vistas de cerca son de una explicitud macabra; los ojos trabados hacia arriba, las llagas supurantes, la corona de espinas, las gotas color bermellón salpicando el rostro, los puñales clavados en el pecho. Hoy todavía siento aprensión cuando entro a los templos. Todo ahí pareciera diseñado para hacerte sentir vigilado, culpable y chiquito. Como los pobres en Guatemala.

La diferencia, que no es poca, es que yo el desasosiego puedo evitármelo sin complicaciones, permaneciendo afuera. Basta con no entrar a las iglesias para que mi ánimo permanezca más o menos a salvo.

Con los pobres ocurre al contrario: están *afuera* de todo; de todo proyecto que los incluya como

protagonistas, de toda oportunidad que los incorpore como beneficiarios, de toda cobertura social o económica, atendidos a la caridad de la gente, a una ‘responsabilidad’ empresarial interesada y facinerosa, a la solidaridad fragmentaria de las oenegés, a los regalos que reparten los políticos en campaña, a las migajas que les avienta el gobierno cuando se acuerda de ellos.

Por lo demás, que se aguanten. Es *su culpa*, decíamos. Eso les pasa por huevones, por no esforzarse lo suficiente, por llenarse de hijos. “Para cada derecho corresponde una obligación. Cumplan con sus obligaciones y luego reclamen derechos. Urge una ley de control de la natalidad”, escribió un lector hace cinco años, a propósito de cierta columna que publiqué sobre las funciones del Estado. Luego remató: “Una verdadera rabia que los gringos³² no hayan entrado acá con todo a limpiar de verdad el país. Para que reinara la paz en verdad se hubieran necesitado por lo menos dos millones de muertos”.

Eso: ya no sólo vigilados, culpables y chiquitos sino, encima de todo, muertos. Es lo que quisieran muchos.

32. Se sabe que Estados Unidos, además de financiar el golpe de Estado de 1954, apoyó también con armas, dinero y entrenamiento a la contrainsurgencia responsable de perseguir, torturar y masacrar a cientos de miles de guatemaltecos durante el conflicto armado.

¿Cómo se combate la desigualdad?

Una manera –fórmula de socialistas– es implementando políticas públicas tendientes a la redistribución de la riqueza: mayores salarios mínimos por ley, seguro de desempleo, pensiones, subsidios a los pobres, confiscación de tierras ociosas, reforma agraria, etcétera. En dos platos, quitarle al rico para dárselo al pobre. Por las buenas si se puede, por las malas de ser necesario.

No es difícil entender que algo así le resulte abominable a quienes consideran que lo que tienen es *suyo* y de nadie más. Formados en la empresariedad y en el individualismo, y a menudo beneficiarios también de patrimonios y privilegios obtenidos por herencia, los adeptos del *laissez-faire*³³ reniegan

33. Expresión de origen francés traducible como *dejar hacer*, en referencia a la doctrina económica que postula la desregulación absoluta de los mercados, sin interferencia alguna de parte del Estado.

enérgicamente de semejantes recetas, considerándolas ilegítimas y abusivas: un robo flagrante a la propiedad. Esto tiene su explicación, según el economista Fernando Carrera:

El concepto de equidad empezó a cobrar importancia con el auge de la modernidad capitalista a partir del siglo XVIII. Es uno de los fundamentos que plantea la Ilustración, que tenía dos grandes preocupaciones: la libertad y la igualdad. La burguesía crecía en pujanza y en poder, pero la nobleza retenía su dominio en nombre de un mandato divino. Eso se rompió con la instauración de una nueva premisa: todos los seres humanos son iguales en derechos y en responsabilidades, y es así como, de la mano de la libertad y la igualdad, surge también el concepto de ciudadanía.

Con el triunfo de la Revolución Francesa el ideario de la igualdad se divide entre los burgueses, que abogan por la igualdad jurídica (la igualdad ante la ley), y los proletarios, que reclaman la igualdad socioeconómica. Surge entonces un conflicto entre unos y otros, ya que la burguesía lo que pretendía era igualarse en responsabilidades y derechos con la aristocracia, no igualar económica y socialmente a toda la población. Para el siglo XIX el concepto de igualdad se diferencia ya entre los socialistas, que lo entienden en su dimensión socioeconómica, y los liberales, que lo remiten únicamente a lo jurídico. Los liberales erradican el componente socioeconómico de la discusión y de la disputa política, mientras que los socialistas alegan que, sin una base socioeconómica, la dimensión jurídica se erosiona, toda vez que el poder económico implica también una desigualdad, y la ley, en última instancia, tiende a favorecer a quienes cuentan con más y mejores recursos para defenderse.

Así y todo, el ideario liberal nos ha heredado conquistas importantes, como la igualdad de género y la igualdad étnica, ceñidas a la dimensión jurídica y ajenas a toda discusión de igualdad de derechos socioeconómicos. En su etapa posmoderna el debate muestra un realce de las llamadas igualdades horizontales (culturales) en detrimento de las igualdades verticales (socioeconómicas). Las denuncias en contra de la desigualdad horizontal han venido cobrando cada vez más auge, lo cual da pie para señalar también que a partir del surgimiento del neoliberalismo la discusión sobre las desigualdades socioeconómicas prácticamente desapareció de la agenda política. Hoy, la mayoría de movimientos progresistas reivindican la igualdad en materia cultural (indigenismo, feminismo, diversidad de género, juventud, adultos mayores, niñez, etcétera), pero es innegable que la omisión de la agenda socioeconómica es una bomba de tiempo causante de cada vez más problemas.

Guatemala adopta el discurso de la igualdad como herencia de los valores de la Ilustración, y los plasma en los preceptos que inspiran la Independencia. Estas consignas, por supuesto, estipulan la igualdad de los criollos respecto de los españoles, la Corona y el clero; pero no contemplan la igualdad de los criollos respecto de los ladinos, ni la de los ladinos respecto de los indígenas.³⁴

La otra manera de combatir la desigualdad no es sino una versión más o menos *light* de las fórmulas

34. Fernando Carrera: entrevista personal, enero 2017. Carrera es economista de formación y fue director del Instituto Centroamericano de Estudios Fiscales (Icefi).

redistributivas antes mencionadas, y consiste en el pago de impuestos. Los libertarios alegan que igual se trata de un asalto a la propiedad y se oponen a ello con intransigencia, recomendando en cambio un sistema donde el mercado pueda crecer a sus anchas, sin límites ni controles ni auditorías: *laissez-faire*. Omiten mencionar que “el mercado, como todo, tiene dueños”,³⁵ de modo que soltarle por completo las riendas equivale a catapultar en el poder a quienes ya lo tienen casi todo.

Sigamos, entonces, bajo la línea argumentativa que considera el pago de impuestos como condición primera e indispensable sin la cual el Estado carece de fondos suficientes para invertir en políticas públicas que beneficien, sobre todo, a los más desfavorecidos. Hagamos de caso que ya lo entendimos, que no hay vuelta atrás; que en Guatemala la tributación ha pasado a ser, por fin, algo no opcional sino obligatorio en toda regla, y que existe un pacto social, un compromiso de nación débil y precario, pero serio, en el que los sectores más destacados reconocen por unanimidad, al unísono, que no hay de otra, que si lo que queremos es superar las asimetrías estructurales que detienen nuestro desarrollo lo que corresponde es, por un lado, tributar más y por otro lado vigilar disciplinadamente el gasto para impedir que siga siendo botín de oportunistas y corruptos. Digamos que los guatemaltecos dimos ese paso definitivo tras años de presenciar cómo muchos peces gordos de la política y de la economía caían de su Olimpo de impunidad y eran puestos tras las rejas por negarse a entrar en el aro de

35. Esta expresión la tomo prestada (sin su permiso) del escritor salvadoreño Horacio Castellanos Moya.

la ley. Pensemos en el estrés, en el insomnio, en la agónica incertidumbre que tuvimos que padecer durante este periodo tenso de nuestra historia reciente, en el que cada nuevo caso revelado, cada nueva orden de captura nos tenía con el alma en vilo, especulando quiénes serían los próximos, preguntándonos si entre esos próximos no iríamos también nosotros o alguno de los nuestros; algún jefe, algún cliente, algún colega, algún familiar, algún amigo o conocido. Supongamos que ya nos cayó el centavo y fuimos por fin capaces de admitir, así sea a regañadientes, que el pago de tributos no es una aberración propia de países socialistas sino una premisa indispensable sin la cual ningún Estado que se precie de democrático y de moderno puede funcionar adecuadamente. De manera, pues, que estamos decididos: vamos a pagar impuestos. Sin atajos ni triquiñuelas.

El solo hecho de plantearnos un escenario así nos revuelve las entrañas, ¿cierto? Es como estar frente a un cuadro incómodo, perturbador, al que para colmo no le hallamos ningún sentido; un mal chiste, un corto circuito, un capricho absurdo, el delirio futurista de un lunático.

Permítaseme ir más allá. Hay una idea que viene rondándome con insistencia en la cabeza: ¿Qué pasaría si implementáramos un sistema de tasas impositivas progresivas, de modo que quienes más ganan tuvieran que tributar un porcentaje proporcionalmente mayor en relación con sus ingresos? Ahí sí, sería el acabose. Habría una ola de inestabilidad a gran escala fomentada por las élites. Los medios masivos a su servicio se colmarían de voces de alarma, prefigurando la amenaza de “convertirnos en otra Venezuela”. El Cacif, es decir, la patronal, mostraría en conferencia de prensa

los rostros cariacontecidos de su plana mayor, ofreciendo declaraciones llorando sangre, casi; tras lo cual publicaría campos pagados en clave tremendista y grandilocuente. Las redes sociales estallarían en premoniciones apocalípticas, alentadas desde miríadas de *net centers*. Los vehículos mostrarían ingeniosas calcomanías en rechazo a “la amenaza del populismo”. Correntadas ciudadanas saldrían a las calles vestidas de blanco. Los árboles en los arriates lucirían, todos ellos, su respectivo listón de plástico y su moña negra.

Imaginen cuánto tendrían que pagar las familias de abolengo, los poderosos finqueros, los grandes consorcios monopolistas para tributar de manera compensatoria el montón de dinero que se han embolsado tras décadas, y hasta siglos de privilegios otorgados por gobiernos que legislaron sucesivamente a su favor...

¿Qué tal un 95% de impuesto sobre la renta? Por descabellado que parezca, es lo que tenían que tributar en Gran Bretaña los Beatles a mediados de los sesenta. El hecho motivó incluso una canción, compuesta por George Harrison para el álbum *Revolver*, de 1966:

*Let me tell you how it will be
there's one for you, nineteen for me
'cause I'm the taxman, yeah, I'm the taxman.*

*Should five per cent appear to small?
be thankfull I don't take it all
'cause I'm the taxman, yeah, I'm the taxman.*

Y es que, si bien es cierto que a nadie le gusta pagar impuestos, en Guatemala la cultura anti-tributaria es casi un código inscrito en nuestro ADN. No en vano estamos entre los países de América Latina que menos

tributan en relación con su producto interno bruto. No en vano somos, también, y por consiguiente, el país donde más se justifica la evasión de impuestos. Esa renuencia, tan arraigada entre los chapines, es posible rastrearla 484 años atrás³⁶ en el tiempo: Pedro de Alvarado, alias Tunatiuh, había vuelto de España en 1530 portando el título de Adelantado (o gobernador supremo), y su regreso motivó que Belehé Qat y Cahí Imox, reyes de la nación Kaqchikel, optaran por depone-
ner las armas y rendirse a la autoridad de la Corona tras seis años de rebelión sostenida, más otros dos de paulatino repliegue. La paz, sin embargo, tenía su precio, y ese precio había que pagarlo en oro y servidumbre.

El *Memorial de Sololá* especifica que hasta 1527, mientras continuaban las hostilidades, “ninguno de los pueblos pagó el tributo”, pero poco después “aquí en *Tzʼololá*, el día 6 Tzii [12 de enero de 1528], fue introducido el tributo... Hondas penas pasamos para liberarnos de la guerra”.³⁷ Los términos de rendición de Alvarado decretaban que los miembros de la nobleza debían trabajar y pagar tributo en la misma medida

36. Estos 484 años atrás en el tiempo nos llevan a 1533, fecha en la que, de acuerdo al *Memorial de Sololá*, a Cahí Imox, rey de la nación Kaqchikel, “le vino el deseo de separarse porque se impuso a los Señores el tributo mismo que a todo el mundo”. Por lo demás, no se conoce evidencia que permita demostrar que haya habido oposición al pago de gravámenes en tiempos precolombinos, aunque tampoco resulta descabellado suponerlo: es bien sabido que la relación guerra-conquista-tributo era parte fundamental del sistema económico maya.

37. *Memorial de Sololá: Anales de los Cakchiqueles*. Editado y traducido por Adrián Recinos (1950). Fondo de Cultura Económica, México; p. 132.

que el ciudadano común, mandato que resultó no sólo degradante sino fatal en el caso de Belhé Qat, quien murió el 24 de septiembre de 1532 mientras se afanaba en lavar oro. Herido en su dignidad, a Cahí Imox “le vino el deseo de separarse porque se impuso a los Señores el tributo mismo que a todo el mundo”.³⁸ Huyó entonces de la capital española de Santiago en Almolonga y, según algunos historiadores (entre ellos Daniel Contreras, Polo Sifontes y Barbara Borg), incitó un segundo alzamiento rebelde cuya entereza se sostuvo por lo menos dos años más, hasta su captura alrededor de 1535 y su ejecución en la horca en 1540.

Otro antecedente –crucial, aunque bastante posterior– lo hallamos en la rebelión indígena de Totonicapán liderada por Atanasio Tzul en 1820, surgida en un escenario de inestabilidad política tras

38. *Op. cit.*, p. 134. Una traducción del mismo texto, a cargo de Simón C. Otzoy (Comisión Interuniversitaria de Conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América; Guatemala, 1999) dice, en cambio, que Cahí Imox se fue “para reconocer la ciudad [y] separarse porque vio rebajada su jerarquía hasta casi compararse a los demás señores”; y una tercera versión, de Judith M. Maxwell y Robert M. Hill II (*University of Texas Press*; Austin, 2006), lo expresa de un modo diferente: “En este año que el señor Kaji’ Imox, Ajpop Zotz’il, pagó tributo”, indican, “el señor Kaji’ Imox vivió en otra ciudad. Del propio corazón del señor vino el deseo de pagar tributos. Entonces todos los señores pagaron el tributo por igual, y el señor lo trajo” (traducción del inglés a cargo de W. George Lowell, Christopher H. Lutz y Wendy Kramer, para su libro *Atemorizar la tierra: Pedro de Alvarado y la Conquista de Guatemala, 1520-1541*. F&G Editores; Guatemala, 2016). No queda claro, pues, qué fue lo que ocurrió en realidad, puesto que la primera versión varía respecto de la segunda y se contradice con la tercera.

la promulgación (en 1812), la derogación (en 1814) y el restablecimiento (en 1820) de la Constitución de Cádiz, cuya potestad estaba siendo desobedecida por los funcionarios del reino de España en Guatemala.

El descontento se agravó con la incertidumbre del pago de los tributos y la profunda desconfianza hacia los funcionarios españoles, que aumentó cuando los indígenas se enteraron [de] que en 1812 los tributos habían sido suprimidos, pero su recaudación había continuado.³⁹

En efecto, el pago de los Reales Tributos había sido suprimido por las Cortes generales y extraordinarias de Cádiz en 1811, las cuales decretaban también que los indios debían gozar de todos los derechos concedidos a las otras clases. Las mismas Cortes, al promulgar la Constitución de 1812, reconocían a todos los indígenas como ciudadanos españoles. Es importante recordar que por aquel entonces la monarquía española sufría un vacío de poder tras la invasión napoleónica en 1808, de modo que al volver el Rey a ocupar el trono en 1814, habiéndose anulado ya todo lo dispuesto por las beneméritas Cortes y ordenando por consiguiente que se siguieran cobrando los Tributos, los indios protestaron alegando que aquello no era más que un robo, un engaño de los dignatarios coloniales por ellos conocidos.

Esta creencia acabó de exaltar los ánimos, de cuyo propenso a cualquier manifestación de inconformidad.

39. Enrique Gordillo, en su introducción al ensayo de Daniel Contreras *Una rebelión indígena en el partido de Totonicapán en 1820: El indio y la independencia* (1951/2016). Editorial Universitaria, Usac, Guatemala; p. 8.

Con la acusación de ladrones hecha por los indios a sus autoridades comenzaron todas sus revueltas desde entonces. Nada los convencía de lo contrario. Comisiones iban a Guatemala para discutir con los miembros de la Audiencia sobre tan espinoso asunto. Se les aseguraba [que] era mentira la suspensión de los tributos, que debían pagarlos, pero ellos seguían murmurando y amotinándose en cada oportunidad.⁴⁰

José Manuel de Lara de Arrese, Alcalde Mayor de Totonicapán, fue desconocido por el pueblo y en su lugar fue instaurado un gobierno indígena. Atanasio Tzul fue proclamado Rey y Lucas Aguilar, Presidente. La adhesión al movimiento fue inmediata: cinco pueblos cercanos (San Francisco El Alto, San Andrés Xecul, Santa María Chiquimula, Momostenango y San Cristóbal Totonicapán) reconocieron a Aguilar como su dirigente. “La ceremonia se realizó el mismo día en que estaba prevista la jura a la Constitución de Cádiz. El gobierno indígena de Totonicapán duró veinte días y Atanasio Tzul fue el principal referente. Los milicianos ladinos de Los Altos terminaron con el levantamiento”.⁴¹

Téngase en cuenta que ya otras insurrecciones vinculadas con la renuencia al pago de gravámenes habían precedido a la que encabezaron Tzul y Aguilar. En 1802, los principales de Santa María Chiquimula se negaron a que el pueblo fuera empadronado debido a una epidemia de viruela, sospechando que el censo podría ser utilizado para aumentar el tributo. Patzicía y Momostenango se levantaron en 1811, Quezaltenango

40. Contreras; *op. cit.*, p. 46.

41. Gordillo; *op. cit.*, p. 10.

lo hizo en 1815, Soloma en 1819 y Sacapulas en 1820. Todas estas revueltas, surgidas en un contexto general de descontento y oposición al régimen colonial, fueron el preámbulo que condujo al rompimiento definitivo con España.

En efecto, los anhelos emancipadores eran expresados no sólo por los indígenas sino también por los criollos, siendo éstos quienes supieron instrumentalizar a su favor el caldo de animadversión exacerbado en el ambiente, fundando un año más tarde, en 1821, su propia nación, su propia patria, en apego exclusivo a sus propios intereses y de espaldas a los del resto de guatemaltecos, mediante un Acta de Independencia en cuya redacción se enfatiza, desde el principio, la urgencia de hacerla publicar cuanto antes “para prevenir las consecuencias que serían temibles en el caso de que la proclamase de hecho el mismo pueblo”.

Queda claro entonces que la emancipación guatemalteca fue, en su pulso final y definitivo, un logro de los criollos para los criollos, originado por las ambiciones comerciales y el fastidio de tener que seguir pagando impuestos en tiempos marcados por la bancarrota económica.⁴²

Valga la digresión para enfatizar hasta qué punto tenemos arraigado el rechazo al pago de tributos. A nivel latinoamericano Guatemala encabeza las tasas de evasión del impuesto sobre la renta (en razón de los ingresos) y del valor agregado (en razón del

42. Se sabe que cuando José de Bustamante y Guerra llegó a ocupar la gobernación de Guatemala (1812- 1817), encontró una situación fiscal próxima a lo insostenible, con una deuda cercana a los seis millones de pesos e ingresos estimados en millón y medio.

consumo). Sólo en el año 2006 la evasión del ISR fue del 63.7%, mientras que la del IVA se calculó en 37.5%.⁴³ En total, el Estado guatemalteco dejó de percibir 1.7 mil millones de dólares aproximadamente, esto es, cerca del 46.3% de la recaudación total observada ese año.⁴⁴ Nuestro país es, de hecho, un caso extremo e insólito donde el índice de evasión de las personas es superior al de las empresas.

De vuelta otra vez a la pregunta del principio: ¿cómo se supone que vamos a combatir la desigualdad si nos negamos a pagar impuestos? La alternativa sería permanecer en las mismas, como hasta ahora; lo cual equivale a decir: cayendo en picada, desgarrando aún más el ya de por sí maltrecho tejido social, fermentando las condiciones para un estallido dantesco.

Y es que, mientras sigan ignorándose las asignaturas pendientes en materia de inversión para el desarrollo, la economía guatemalteca permanecerá estancada en una fase pre-capitalista cuyo eje de poder, basado en la tenencia de la tierra, impide que el interés de las mayorías excluidas trascienda la dimensión meramente agraria.

“Aquí nunca ha habido una propuesta de democratizar el acceso al capital, o al crédito, o a la tecnología. Eso no entra en debate”, observa Fernando Carrera. A la lucha por el acceso a la propiedad de la tierra ha venido a sumársele, a partir de los años setenta, la

43. Juan Carlos Gómez Sabaini: *Evasión tributaria y equidad en América Latina* (2010), citado por D. Fernández y E. Naveda en su informe *Mecanismos para la obstaculización de las reformas tributarias en Guatemala, 1985-2010* (2011).

44. Jonathan Menkos: *Evasión del ISR en El Salvador y Guatemala* (2010), citado por Fernández y Naveda (*op. cit.*, 2011).

discusión sobre el derecho a la igualdad de los pueblos indígenas. Pero, en general, “la discusión y la problematización en torno a la desigualdad en Guatemala ha sido pobre, tímida y poco profunda; en parte por el subdesarrollo educativo tanto de liberales como de socialistas, y en parte también porque el poderoso sector conservador, que controla los medios de comunicación masiva, se ha empeñado en bloquear sistemáticamente ese debate”.

En Guatemala, prosigue Carrera, “el acceso al crédito no ha estado definido por una banca de desarrollo, como ocurre en otros países que sí se toman en serio la prosperidad de toda la población”. La banca de desarrollo —explica— es la que le apuesta a la gente con poco capital y requerimientos de largo plazo. Los préstamos otorgados se conciben como un flujo leve pero constante, no como una inversión única: a muchos les sirve más un cheque mensual de dos mil quetzales durante veinte años que una sola transferencia inicial de medio millón.

Lo más parecido a eso que tenemos en Guatemala se llama Banrural, establecido inicialmente con participación del Estado. “El problema”, prosigue Carrera, “es que la banca en Guatemala es inexplicable sin un flujo de lavado. Encima, las tasas de interés están por debajo de la inflación para los ahorrantes y por encima de la inflación para los prestatarios, y entonces resulta que los bancos terminan siendo subsidiados por sus clientes”. En contraste, los beneficios de contar con una banca de desarrollo propiamente articulada (es decir, un esfuerzo serio de democratización del crédito), podemos verlos en países como Costa Rica con el surgimiento de las empresas de turismo: el Estado toma un sector entero

de la economía y le habilita todo un mercado de capital específico, empezando por el acceso a los créditos pero sin quedarse sólo ahí, porque entienden que el impulso comprende asimismo proporcionar conocimiento, tecnología, administración, acceso a mercados técnicos, etcétera, para que el sector en su conjunto se desarrolle.

Concluye Carrera: “La lógica de la banca de desarrollo en el capitalismo es crear nuevos propietarios, porque toda economía capitalista desarrollada depende de una amplia base de pequeños y medianos empresarios, que dependen a su vez de una banca de desarrollo. Costa Rica nacionalizó la banca durante cincuenta años, y con ese monopolio el Estado tenía el poder de decidir hacia dónde iba el dinero. Además, el monopolio estatal de los seguros viene desde 1885 y apenas se rompió hace cinco años. Costa Rica mantuvo ese control del Estado no porque quería volverse socialista sino para crear, a la larga, las condiciones para un capitalismo frondoso; es decir, con una clase media amplia: un proyecto modernizador, expansivo e incluyente, esencialmente capitalista”.

Por desgracia, a eso las ignorantes y atrasadas élites guatemaltecas le llaman socialismo, y ponen el grito en el cielo porque amenaza la preservación de su dominio. Así las cosas, es importante tener claro que la agenda a favor de la igualdad no va a avanzar mientras no se establezcan las alianzas políticas que las empujen. Hace falta, pues, articular esfuerzos y emprenderlos en el terreno de la política para romper ese instinto anti-igualdad tan poderosamente insuflado desde arriba por la oligarquía.

Y a propósito de oligarquía, sirva a modo de remate esta frase lapidaria: “Estigmas como la

corrupción, la impunidad, el engaño y los subterfugios, así como la explotación despiadada, la intimidación por terror y el rechazo descarado de la ley, sellos distintivos de Guatemala hasta el día de hoy, tienen en Pedro de Alvarado un fértil progenitor”.⁴⁵

Demasiado reduccionista tal vez, aun así el enunciado revela esa maldición que conforma y constituye nuestro *ethos*: la quintaesencia de la chapinidad, observable no sólo en la rancia aristocracia heredera de Alvarado y sus secuaces, sino extensible por contagio al resto de una población formateada ya tras siglos de chapotear inmersa en el potaje de la cultura hegemónica.

Menudo pedigrí el que llevamos a cuestas.

45. W. George Lowell, Christopher H. Lutz y Wendy Kramer: *Atemorizar la tierra. Pedro de Alvarado y la Conquista de Guatemala, 1520-1541*. F&G Editores, Guatemala (2016); pp. 18-19.

La calma. Durante todo el viaje percibo con asombro, una y otra vez, el marcado contraste entre el latido del campo y la velocidad, muy otra, a la que palpitan los cascós urbanos. Medimos el tiempo en horas, minutos y segundos, y con eso creemos establecer la duración finita de los procesos: el día tarda lo mismo allá que aquí, sí... pero..., ¿cómo explicarlo?, el *pulso* es distinto. Y no sólo el pulso es distinto sino que, por paradójico que suene, aun cuando en el campo el tiempo pareciera dilatarse, transcurrir más despacio, no por ello ocurren más cosas al final del día sino todo lo contrario; y asimismo, en las ciudades, si bien el tiempo pareciera fluir acelerado, al extremo de hacernos sentir –y decir– que *se nos pasó volando*, no obstante su aparente brevedad el cúmulo de acontecimientos es mucho mayor en comparación. No es que *quepan* más eventos sólo por sentir que el tiempo se aletarga, ni es que se reduzca el devenir de los sucesos por parecernos que el tiempo se agota más deprisa. Hay un vals de Joaquín Orellana, titulado *Tiempos de*

aldea, que por asociación se me viene ahora a la mente. Digamos, así sea nomás por el gusto de seguir tirando del hilo, que el tiempo en la aldea chasquea los dedos con “pompa y circunstancia” al compás de un vals, mientras que la ciudad agita el esqueleto al ritmo del *punchis-punchis* discotequero.

El campo. La ciudad. No recuerdo dónde leí que las autopistas, así como por un lado *aproximan* nuestro tránsito longitudinal de una ciudad a otra, así también operan como *fronteras* que nos separan del campo extendido hacia los lados: ese campo que vemos difuminándose en perpetuo barrido, como efecto (otra vez) de la velocidad. No en vano para *entrar* en el campo hace falta, primero, *salir* de la autopista.

Uno puede trasladarse por la autopista en tráiler, en camión, en bus, en carro, en moto, en bicicleta y hasta a pata, por los bordillos laterales. Como sea, en cualquiera de los casos la experiencia es radicalmente distinta porque también varía, insisto, la *velocidad*. En carro vamos, además, blindados del exterior, guarecidos dentro de la cabina que nos priva del contacto kinético con el viento, con los sonidos y los aromas:

Sin quitar la mano del manillar izquierdo de la moto, puedo ver en mi reloj que son las ocho y media de la mañana. El viento, aun yendo a cien kilómetros por hora, es tibio y húmedo.

Si a esta hora es tan cálido y pegajoso, me pregunto cómo será por la tarde. En el viento hay acres olores de las ciénagas junto al camino. [...]

Cuando vas [...] en moto ves las cosas de forma totalmente diferente. En un coche siempre estás dentro de un habitáculo y, por estar acostumbrado a eso, no te das cuenta de que a través de la ventanilla todo lo que ves es sólo una extensión de la televisión. Eres un

observador pasivo y todo se mueve lentamente a tu lado, como en un marco.

En una moto el marco desaparece. Estás en completo contacto con todo. Estás dentro de la escena, no tan sólo contemplándola, y la sensación de presencia es abrumadora. Ese hormigón que pasa zumbando a diez centímetros de tus pies es lo real, el material sobre el que caminas está ahí mismo, tan borroso que no puedes enfocararlo, sin embargo en cualquier momento puedes bajar el pie y tocarlo, y todo el asunto, la experiencia total, permanece siempre en tu conciencia inmediata.⁴⁶

Durante una época, en mi adolescencia, disfruté mucho andando en moto; pero nunca en carretera, sino por veredas y caminos agrestes que requerían algún grado de pericia. Ya no. En cambio, me he vuelto un apasionado de la bicicleta. ¡Qué no hubiera dado yo por disponer no de dos meses, sino de todo un año para hacer este viaje pedaleando! Claro que mis compañeros están mejor así como vamos: el equipo es pesado y voluminoso, el tiempo apremia, y no cualquiera concibe entregarse con tanta fruición al roce orgánico, sin cortapisas –y, en todo caso, individual– con la naturaleza.

Nos dirigimos a Xela, que es como se conoce comúnmente a Quetzaltenango, segunda ciudad en importancia del país. Desde lo alto, pasada la cumbre de Alaska, ubicada a casi tres mil metros de altura, ya en descenso se aprecia el valle abierto, enorme,

46. Robert M. Pirsig: *Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta. Una indagación sobre los valores* (1974). Editorial Sexto Piso, México, 2008; pp. 15-16.

parchado de siembras. Al fondo, coronado por los volcanes Zunil y Santa María, se encuentra nuestro destino. La imagen bien podría venderse como postal a los turistas.

Pasando por la cumbre de Alaska, a 170 kilómetros de la capital, es imposible no acordarse de la masacre de seis pobladores locales, ocurrida en octubre del 2012 en medio de un escabroso incidente que involucró a miembros de la Asociación de los 48 Cantones de Totonicapán, elementos del Ejército y la Policía Nacional Civil y un guardia armado a cargo de la seguridad de un camión cargado con cemento.

Escabroso porque el gobierno negó que sus fuerzas especiales iban armadas, pese a que los cascabillos hallados en el lugar correspondían al tipo de munición empleada por la soldadesca del Estado. Y escabroso, además, porque las autoridades mandatarias del país, aun sabiendo desde la tarde del día anterior que las protestas iban a realizarse, optaron no por la vía de la negociación y el diálogo sino por el del enfrentamiento intimidatorio, en consonancia con esa necesidad, tan arraigada entre las élites dirigentes, de criminalizar y reprimir a quienes reclaman sus derechos, considerándolos resentidos y ‘bochincheros’. De hecho, mientras las protestas ocurrían, un comité de delegados de los 48 Cantones aguardaba ser atendido en Casa Presidencial, pero los custodios les negaron el ingreso argumentando que su jefe no estaba disponible. En cambio, desde temprano el gobierno envió a decenas de patrullas de la policía, y a media mañana movilizó también dos camiones repletos de soldados, además de un picop y un helicóptero con oficiales que portaban bombas lacrimógenas. Se impuso así, una vez más, la fuerza de choque por encima de las instancias

conciliatorias, y se privilegió, como es costumbre en nuestro país, el sacrosanto derecho a la libre locomoción en detrimento de otro fajo de derechos asimismo importantes, aunque negados desde hace siglos.

A favor de la Asociación de los 48 Cantones hay que decir que es uno de los grupos con mayor representatividad de base y mejor organización no sólo en Guatemala, sino en América Central. No son una recua manipulable de bandoleros financiados por izquierdosos terroristas. El motivo de los reclamos era, entre otros, los cobros abusivos y el mal servicio prestado por la compañía proveedora de energía eléctrica para el alumbrado público, un problema que venía denunciándose desde hacía cinco meses, por lo menos, sin que los funcionarios del Estado (ni los de la empresa) se dignaran a prestarle debida atención.

El saldo, además de los seis cadáveres, reportaba oficialmente a otras 34 personas heridas. A ello súmesele el exacerbamiento de la polarización ideológica en el país, protagonizada por dos bandos decididos a no escucharse, a no ceder ni un milímetro en sus férreas convicciones, a endosarse eternamente la responsabilidad de todos los males que padecemos. Dos bandos, sí: en esta esquina, aquellos que:

- (sin tomarse el tiempo de conocer a fondo los detalles, llevados por la corriente) sostienen que en Guatemala no hubo genocidio, y que lo ocurrido en Alaska no califica como masacre;
- piensan que el derecho a la propiedad privada es el criterio rector, el eje principal ante el que deben subordinarse todos los demás derechos, incluyendo (en la práctica, aunque del diente al labio sostengan lo contrario, o simplemente evadan el asunto) el derecho a la vida;

- consideran que las protestas son cosa de acarreados por el dinero y los cantos de sirena de la cooperación extranjera, cuyos miembros, peligrosos militantes de izquierda, son a su vez emisarios del terrorismo internacional o, en el mejor de los casos, una bola de ‘populistas’ vividores del conflicto;
- conciben la libertad y la justicia no como principios universales, aplicables a todos por igual, sin consideraciones de ninguna índole, sino como prerrogativas sujetas a filtros de idoneidad que determinan, a discreción, quién las merece y quién no, quién es el bueno y quién es el malo... lo cual habilita extravagancias tales como, por ejemplo, denunciar el maltrato contra los animales mientras en silencio se desea el aniquilamiento de los indígenas y en voz alta se clama por quemar vivos a todos los mareros;

y, en esta otra, aquellos que:

- (del mismo modo, sin tomarse el tiempo de conocer a fondo los detalles, y así también llevados por la corriente, en asombroso paralelismo con el bando contrario, sin imaginar lo mucho que ambos coinciden en su *modus operandi*) sostienen que en Guatemala sí hubo genocidio, y que lo ocurrido en Alaska califica a todas luces como masacre;
- defienden, de palabra, los derechos humanos en su más ancha e inclusiva gama de variantes, aunque de puertas para adentro incuben gestos de discriminación perturbadores, y en el día a día retengan su posición de privilegio, reproduciendo con ello la cultura de impunidad que alardean objetar;

- beben de la ayuda internacional, estrechan la mano del embajador, aplauden la labor del MP y la CICIG, suscriben la lucha contra la corrupción... hasta que las investigaciones apuntan a su casa u oficina y van notando, incómodos, cómo poco a poco sus intereses personales están al borde del precipicio;
- consideran que la libertad es un derecho universal e inalienable, y que la justicia no es justicia si en ella no cabemos todos, pero a la vez les cuesta encajar tan edificantes valores en la praxis concreta, cotidiana; y sueñan entonces, con todas sus fuerzas, ver a media Guatemala tras las rejas (la justicia es lo de menos, el desquite es lo que mueve), y añoran poder salir de deudas para ser realmente libres, y mientras tanto agachan la cabeza y se rebajan, lambiscones, en su afán de agradar al jefe, todo con tal de conservar el puesto y no descender allá donde malviven los pobres.

En resumen: en esta esquina, los egoístas; y en esta otra, los hipócritas.

¿Hay excepciones? Por supuesto. Y son muchas. En Guatemala, hasta son mayoría... pero no pesan, o pesan muy poco. Su voz no se escucha, o se escucha apenas. Su voto casi no se ejerce, y cuando se ejerce no alcanza, no hace bulto. Son habitantes del país, pero –por lo general– no son ciudadanos activos sea por ignorancia, sea por desidia, sea por una lamentable combinación de ambas.

Volvamos a la masacre. Los medios masivos, siempre tendenciosos a la hora de convenir lo que dicen y lo que callan, tardaron lo suyo en evidenciar la gravedad de la tragedia. La mayoría de ellos, sobre

todo los radiales, en aras de captar y retener oyentes, al principio se enfocaron en reportar las molestias de los automovilistas por el congestionamiento que causaban los bloqueos.

Ni a los dos bandos en pugna ni a los noticieros se les ocurrió fijarse en otras siete víctimas, chivos expiatorios de los que nadie se acordó entonces y cuyos casos permanecen ignorados todavía, entre el encubrimiento de unos, el repudio de otros y la negligencia del sistema de justicia: hablo del coronel Juan Chiroy, comandante del escuadrón militar remitido a la zona del conflicto, y los seis oficiales a su cargo.

Hacia ellos apuntaron los dedos acusadores, sobre ellos recayó el peso de la moral popular; la ira, la antipatía, el descrédito inmediato. La gente sensible, la progresía chapina necesitaba a quiénes culpar, contra quiénes cebarse. A Chiroy y su tropa se les atribuye el haber disparado las balas que causaron las muertes. ¿Bajo qué circunstancias? ¿Por órdenes de quién? ¿Cómo se desató el ataque? ¿Quién agredió primero, y por qué?

Eso no importa. Ellos habían sido los autores materiales. El resto era estorbo: las mentes binarias no atienden minucias, no hacen averiguaciones, no se interesan en armar el rompecabezas.

A Chiroy se le imputaron dos delitos: el de desobedecer al subcomisario de las fuerzas especiales de la policía que le había hecho señales para que se detuviera, y el de abandonar a su tropa cuando hizo mover el picop en el que se transportaban. Los siete fueron conducidos a la prisión de la brigada militar Mariscal Zavala. Ahí los conocí, en el sótano del complejo habilitado improvisadamente como cárcel. Me impresionó el aspecto abatido, asustadizo, añinado de

los soldados; algunos parecían incluso menores de edad. Todos, sin excepción, mostraban rasgos marcadamente indígenas.

Constaté entonces cómo opera la macabra lógica del poder en Guatemala, ejercido desde arriba hasta recaer, en el último de los escalones, sobre el recluta explotado, prescindible carne de cañón cuya tarea será librar batallas ajenas, en defensa de intereses que no son los suyos y en nombre de entelequias (“soberanía”, “democracia”, “justicia”, “el orden”, ¡“la paz”!) que no alcanza a comprender del todo; con órdenes de combatir el fuego con el fuego y de matar a sus propios hermanos de ser necesario, para luego acabar pudriéndose tras las rejas sin siquiera acceder a un proceso legal, justo y a tiempo.

Han pasado cinco años y en todo este lapso, mientras siguen en prisión, aún no se les abre juicio. ¿Qué delito están purgando? Téngase en cuenta que no todos ellos dispararon. Si tan sólo la justicia funcionara, muy probablemente algunos de ellos estarían ahora mismo en familia, disfrutando su libertad; pero no es así. En 2014 la madre de Chiroy, indígena kaqchikel oriunda de Chimaltenango, fue asesinada a golpes. ¿Venganza acaso? No se sabe, nadie investigó. En Guatemala hay muertes que importan y hay otras, muchas otras, de las que nadie se acuerda y que sólo pasan a engrosar las estadísticas que hacen que nuestro país, y su barbarie, sean famosos en todo el mundo.

Uno de los superiores de Chiroy, su jefe máximo, presidente de la República y comandante del Ejército, fue puesto tras las rejas más adelante, pero no por su responsabilidad en la masacre de Alaska, sino señalado de actos de corrupción. Otros miembros del gabinete

(incluido el ministro de Gobernación, jefe del jefe de la policía asignada el día de la masacre), cayeron también, por estafa al erario y vínculos con el narcotráfico. Los casos judiciales contra ellos están en la boca de todos, son noticia internacional. Avanzan. Lentamente, pero avanzan. No como los de Chiroy y su tropa de adolescentes, *indios* anónimos, discriminados por un sistema cuya matriz, hecha de exclusión y de racismo, vemos reproducirse en infinitas demostraciones.

Camino a Xela nos detenemos en Salcajá, municipio célebre por el comercio de telas regionales y su venta clandestina de rompopo y caldo de frutas. Vamos en busca de este último elixir, cuya elaboración consiste en fermentar, bajo tierra y durante meses, frutos de la región macerados en aguardiente y azúcar. La industria licorera nacional, controlada por dos o tres familias y agremiada en un oligopolio, retiene con celo su derecho exclusivo a producir alcohol y cabildea exitosamente para impedir el ingreso en el mercado de más competidores, quienes, primero, deberán acometer una densa maraña de requisitos legales, comerciales, sanitarios. Por eso a estas bebidas espirituosas, como las elaboradas en Salcajá, más que sólo ‘alternativas’ se les llama ‘clandestinas’: su venta comercial está oficialmente prohibida.

Claro que la prohibición oficial no es óbice para que cualquiera en el pueblo sepa –y diga– quiénes las hacen y en dónde las despachan. “A la par de la estación de la Policía venden”, nos dice con toda naturalidad un agente municipal uniformado, a cargo de ordenar el tráfico en las calles.

Llegamos a la cabecera de Quetzaltenango aún de día, cargados de botellas de caldo de frutas. Tenemos

tiempo para una breve escapadita y entregarnos al solaz antes que se nos haga tarde. Mañana tocará seguir avanzando. En los próximos días habremos de entrevistar, aquí mismo, en esta ciudad, a otros cuatro personajes.

[Sigue el en el capítulo 16]

Selvin es tablayesero; esto es, alguien cuyo trabajo consiste en instalar piezas de tablayeso en las obras de construcción. Una especie de albañil especializado. *Tablayeso, plafón, tablaroca...* al material se le conoce por varios nombres y es, para muchos, la solución ideal a sus necesidades: barato, versátil, fácil de usar y accesible de conseguir. No se requiere mayor pericia para maniobrarlo. Es corriente, neutral y –casi podríamos decir– mediocre. Por eso, y porque la demanda es alta, es que en el mercado hay muchos tablayeseros, como Selvin. Tablayeseros que, debido tal vez a su escaso grado de instrucción técnica, de alguna manera poseen las mismas características del material con el que trabajan.

Aspiracional, sería otro adjetivo. Los arquitectos recurren mucho al tablayeso no sólo por las ventajas inherentes al producto en sí sino, además, porque a sus clientes les encanta por igual, sean éstos de clase media, alta o baja. Lo ostentan, orgullosos, en sus

ambientes: todos quieren tener, aquí o allá, algún detalle de tablayeso.

Pero volvamos a Selvin. Selvin pertenece a una dinastía de tablayeseros: su papá es tablayesero, cuatro de sus siete hermanos son también tablayeseros; otro de ellos estudia en el instituto de educación básica y las hermanas ayudan con los oficios de la casa. El padre de Selvin aprendió el oficio por necesidad, para ganarse la vida; Selvin, en cambio, lo aprendió porque lo expulsaron de la escuela y el progenitor empezó a llevárselo a las obras, junto con sus hermanos. Fue así como Selvin halló un medio más o menos cómodo de ganarse la vida: todo el mundo construye con tablayeso, instalarlo no requiere mayores bríos intelectuales, podía aprovechar los contactos del tata, y el trabajo a fin de cuentas le proporcionaba dinero suficiente para llevar una vida que él consideraba aceptable.

Con el tiempo, Selvin llegó a ser parte de todo tipo de proyectos: grandes y pequeños, sencillos y complejos. Trabajó por cuenta propia, como empleado, como colaborador, por contrato directo, subcontratado y hasta de gratis. En una de tantas resultó siendo parte de las obras de construcción de un esplendoroso *mall* en el corazón de la zona diez, ejecutado por cierta compañía de desarrollo inmobiliario que ya con anterioridad, a través de emprendimientos del mismo tipo, ha demostrado saber muy bien cómo cristalizar las fantasías imitativas del común de los mortales, lo cual a su vez ha sido recompensado con creces por hordas de consumidores que acuden febriles creyendo encontrar, aquí en la Tierra, una versión *ad hoc* del paraíso prometido.

En concreto, esta vez Selvin trabaja a destajo bajo las órdenes de Luis Carlos, arquitecto contratado para

diseñar y erigir un restaurante. Se acerca el mes de noviembre y la apertura del centro comercial ha sido fijada oficialmente para dentro de tres semanas. No hay tiempo que perder: la temporada de compras navideñas arrancó ya y cada día que pasa se traduce en un montón de dinero que los inversionistas, urgidos de recapitalización, dejan de captar. De puertas para adentro, sin embargo, las obras avanzan con una lentitud inadmisibile.

Luis Carlos tiene al cliente en la nuca, llamándolo veinte veces al día. ¿Cómo van las obras? Necesita cerciorarse: el restaurante *tiene* que estar listo (concluido, habilitado, limpio y reluciente) a tiempo para la inauguración. De modo que les endosa el apremio a sus subordinados, en cuya humanidad recaerá, durante los próximos veinte días, el peso de las circunstancias; el desgaste, los desvelos, los exabruptos...

De hoy en adelante Selvin deberá fajarse una noche sí, una noche no, echando punta hasta las dos de la madrugada para después dormir cuatro horas ahí mismo, en el suelo del local, y arrancar otra vez a las siete de la mañana siguiente.

Dos veces por semana Luis Carlos llega a supervisar la obra. Sabe que debería hacerlo más a menudo, pero se lo impiden otras obras en otros lugares que le han encomendado otros clientes. Eso sí, nunca deja de monitorear los trabajos: hizo instalar un par de cámaras de circuito cerrado que revisa desde la pantalla de su teléfono, e intercambia mensajitos con sus empleados todo el tiempo.

Cierta tarde aparece Luis Carlos, vociferando a diestra y siniestra. “¡Qué putas les pasa, partida de huevones!”, ladra. “¡Esta mierda tiene que estar lista en una semana!”. Selvin tiene los ojos rojos por el

desvelo, la piel y el pelo cubiertos de ese polvillo blanco que sueltan las planchas de tablayeso al pasarles la lija. Baja la vista y aprieta los dientes. Intenta tragar saliva pero no puede, tiene la garganta demasiado seca. Respira profundo. Guarda la calma. Sigue en lo suyo.

La recta final es la parte más dura, la más angustiada. La fatiga y el estrés constante han hecho mella en sus niveles de resistencia. Los últimos cuatro días, Selvin los embiste de un solo tirón, sin pegar ojo, cargando material, instalando, dando acabados finales, barriendo el piso, sacudiendo las paredes y los muebles. Se acerca la fecha límite. *Si entrego bien y a tiempo* –dice para sus adentros, dándose upas– *voy a pedirle referencias al arquitecto y él va a firmar una carta diciendo que yo trabajé para él en la construcción de este centro comercial*. Piensa en las puertas que se le abren y eso lo anima, lo reconforta: *Primeramente Dios, de ahora en adelante no me va a faltar chance*.

Jueves. Llegó la hora cero. Una circular informa a todos los trabajadores que, con motivo de la inauguración del *mall*, a partir del mediodía deben desalojar el lugar. Justo a las doce, una tropa de guardaespaldas (traje oscuro, pelo al rape, mocasines desgastados, radiotransmisor en la mano) da la orden: retírense ya. Selvin aprovecha la tarde libre para volver a casa temprano y caer rendido.

Como buen obrero, acostumbrado a cobrar los viernes, Selvin se presenta al día siguiente en la oficina del arquitecto. Hubiera querido levantarse tarde, descansar más; pero necesita el dinero. Además, le ilusiona tener en sus manos la recompensa de tanto esfuerzo. La secretaria le indica que, por un error involuntario (“disculpe, ¿oye?”), el pago saldrá

fraccionado y hoy “fíjese que” sólo van a poder entregarle una parte. Le extiende un cheque al portador (José Carlos no sabe cuál es su apellido) y un papel para la respectiva firma de acuso de recibo. ¿El monto? 500 quetzales.

“Gracias”, dice, y se va directo al banco. Horas más tarde, esa misma noche José Carlos pasa por el centro comercial y aprovecha para revisar unos pendientes en el restaurante. Cruzando la entrada, voltea la vista a una de las mesas: ahí está Selvin, todo emperifollado, en compañía de su esposa y las dos hijas de ambos. José Carlos se acerca para saludar y Selvin, nervioso, se levanta de la silla, cortándole el paso a la mesera que llega también, con la cuenta en la mano. Deja el papel sobre una bandeja de plástico, da media vuelta y se va. Selvin y el arquitecto cruzan, brevemente, algunas palabras. Éste se despide, cordial pero distante. De reojo alcanza a ver el total a pagar por la cena.

El monto: poco más de 450 quetzales.

¿Quién dijo que era gratis la versión *ad hoc* del paraíso en la Tierra?

Aspiracional, sería el adjetivo...

Eran los primeros noventa. Asistía a la universidad más por deriva y por tanteo que por legítima convicción. La cátedra se llamaba sistemas políticos comparados, y lo único que recuerdo de ella es un diagrama sencillo, demasiado simplista si se quiere, según el cual la gestión de los gobiernos oscila en torno a tres valores contrapuestos entre sí: *orden, justicia y libertad*.

Imagine el lector o la lectora un triángulo cuyos vértices se corresponden con cada uno de los tres valores arriba mencionados. El espacio interior representa el campo total posible de la acción política. Si así fuera, a todo sistema político dado le correspondería una posición relativa dentro de ese espacio, de modo que aquellos modelos que tienden más hacia el orden (digamos, los regímenes autoritarios) sacrifican una cuota más o menos significativa de justicia y de libertad, mientras que los propensos a la justicia (comunismo, socialismo, Estado de bienestar) renuncian lo suyo a determinadas cuotas de orden y libertad,⁴⁷ y así también

47. La noción de libertad que plantea este esquema triangular es la que se conoce como *libertad negativa*: en teoría, el comunismo, el socialismo y el Estado de bienestar sacrifican libertad

los que privilegian la libertad (anarquismo libertario, liberalismo clásico, neoliberalismo) han de resignarse a quedar algo alejados del orden y de la justicia.

¿Cuál de esos tres valores es más importante? Supongo que no hay una única respuesta. Cada quién habla de la fiesta según cómo le va en ella, y ese relativo grado de bienestar o malestar depende no sólo del tipo de sistema político bajo el cual vivimos sino, sobre todo, del lugar específico que ocupamos dentro de la pirámide socioeconómica.

Sólo superando el sesgo de creer que un sistema político en específico afecta *por igual* a *todos* los ciudadanos de un mismo Estado es posible caer en cuenta de los abismos que provoca la desigualdad. No basta, pues, con preferir en lo personal un sistema y discriminar a los otros dos; es importante, además, procurar que el resto de ciudadanos disfruten también de sus beneficios —y rehúyan a la vez sus embates—, igual que como lo hacemos nosotros.

¿Por qué es importante? Aún desde la posición más cínica, más interesada, puede decirse que *nos conviene* que el bienestar del país (y del mundo) sea accesible a toda su población, no sólo a unos cuantos afortunados, toda vez que el bienestar del prójimo repercute de muchas maneras en el nuestro, lo mismo que su malestar. En eso consiste pensarnos no como individuos, ni como familias cerradas, sino como

negativa para obtener libertad *positiva*. La libertad negativa, enarbolada por liberales y republicanos, implica ausencia de coerción ilegítima o de dominación sobre los individuos. La libertad positiva, en cambio, supone la creación de oportunidades para que el individuo desarrolle sus aptitudes, aunque eso implique cierto grado de coerción por parte del Estado.

ciudadanos de un Estado, o mejor aún, como vecinos compartiendo un mismo planeta.

La alternativa sería, según vimos al final del capítulo 10, exterminar a las masas prescindibles, deshacerse de los parias. Eliminarlos. Borrarlos del mapa. Cuánta gente poderosa sigue aferrada a 'soluciones' así. Pareciera como si los 36 años del conflicto armado no hubieran dejado en ellos ninguna lección. Andan mal de la cabeza, como tantos en este país. El odio, como bien se sabe, no apela a la racionalidad, sino al rapto de la exaltación. Hasta los más cínicos e interesados entienden que acabar con los pobres representa un 'pésimo negocio', porque deducen que promover algo así los haría quedarse sin la mano de obra barata que necesitan para vivir a costa de ellos.

Orden. Justicia. Libertad. Guatemala se ha decantado históricamente a favor del orden, a tal grado y por tanto tiempo que nuestra cultura considera la injusticia y la restricción de libertades como rémoras hasta cierto punto aceptables: el precio a pagar a cambio de una estructura dentro de la cual, mal que bien, parasitamos. Hemos terminado acomodándonos al sistema, prendidos de él como garrapatas, cavando trincheras de privilegio e impunidad a nuestro alrededor, en desmedro del entorno y en menoscabo de oportunidades a las que tienen derecho también los demás. De ahí que el combate a la corrupción nos resulte, a la larga, tan escabroso. La mayoría quiere una limpia del sistema, pero nadie parece dispuesto a perder su posición... y muy pocos se atreven a reconocer que esta gangrena nacional acaba, de una manera o de otra, implicándonos a todos:

El que soborna y el que se deja sobornar, el que se cuele en la fila y el que le da paso, el que se sube

al bus sin exigir boleto y el que se niega a dárselo, el que trasiega droga y el que la compra, el sicario y el que contrata sus oficios, el que extorsiona y el que paga la extorsión, el violador y su víctima, el acosador y el acosado, el policía que tumba, el militar asesino, el guerrillero traidor, el cura pederasta y el monaguillo sumiso, el pastor tragadiezmos, el que saca chivo en el examen, el granuja *copy/paste*, el que obtiene su licencia bajo de agua, el que se pasa el semáforo en rojo, el que compra mercadería pirata, el que vende producto robado, el que trepa por cuello, el que se salta las trancas, el que paga salarios de hambre, el que lleva doble contabilidad y defrauda al fisco, el finquero explotador, el monopolista (y el que trabaja para él, y el que consume sus marcas), el banquero avaro, el prestamista usurero, el lavador de fortunas *offshore*...

Hemos visto cómo el capital tradicional es contraparte del emergente en el negocio de estafar al Estado, mientras el coronel hace transas con el narco y el policía de día es el secuestrador de noche y el marero dispara a matar con la escuadra que le vendió el ladrón que se la compró al hijo del juez que, en sociedad con el ministro y el diputado, suman esfuerzos, unen influencias y reparten utilidades en el contrabando de armas, y a todo esto los bancos –todos ellos, sin excepción– se ocupan, ágiles, de lavar el dinero mal habido, haciendo posible que fluya ya lícito el billete con el que luego le pagan el sueldo al ciudadano indignado que sale a la plaza a gritar su rechazo con pose de yo no fui.

Somos las personas (las personas, y el conjunto de relaciones que entablamos unas con otras) quienes alimentamos al sistema. Por supuesto que hay jerarquías.

Obvio que unos se sirven, más que otros, de él. Claro que hay una estructura, un entramado, una lógica detrás: leyes, contratos, instituciones. “La corrupción no es una desviación contingente del sistema capitalista global, sino parte de su funcionamiento básico”, explica el filósofo esloveno Slavoj Žižek.

Quien no transa, no avanza, solemos decir. Hay cosas que sencillamente no se logran por las buenas. Sólo con trinquete. Y en esta dinámica perversa, que nos carcome y nos atraviesa, los únicos que se salvan son aquellos dejados al margen (que en Guatemala se cuentan por cientos de miles) y viven como pueden y de lo que pueden, abandonados a su suerte allá donde el Estado no llega, víctimas de una urdimbre de privilegios que les cierra las puertas, y del que nos alimentamos todos los demás.

Las sociedades despliegan dos puertas hacia la exclusión, observa el sociólogo sueco Göran Therborn. La primera de ellas se llama pobreza y, si bien tiene un significado social universal, puede adoptar un sinnúmero de formas, como vimos en el capítulo seis. La otra puerta es la que separa a la élite del resto de la gente. En las dictaduras, o en los regímenes autoritarios (como los que han gobernado en Guatemala a lo largo de casi toda su historia republicana), la élite —dice Therborn— puede ser un pequeño círculo interno que rodea al dictador, o el peldaño más alto de una organización jerárquica. En nuestro país ese peldaño se llama oligarquía y está formado por un puñado de familias vinculadas con el Estado desde su fundación.

“Esta segunda puerta crea una división entre los que mandan y los que obedecen, entre quienes dictan las leyes y quienes deben cumplirlas. Cuanto mayor sea la brecha entre el 1 y el 99%, más gruesa es la

puerta de exclusión y más distorsionada se vuelve la cooperación y la interdependencia humana, a favor de los primeros”.⁴⁸ Los efectos más perjudiciales de la desigualdad son la desmembración social, el despilfarro económico y la distorsión política. El espacio social necesario para el desarrollo humano se disgrega y se restringe, “sobre todo para los desfavorecidos, por supuesto, pero no sólo para ellos”, señala Therborn: uno de los efectos del desmembramiento en el tejido de la sociedad es la instalación de la desconfianza y del temor, que generan la necesidad de redoblar medidas de protección y dedicar mayores esfuerzos y dinero a la seguridad –guardaespaldas, blindajes, muros, garitas, sistemas de vigilancia...

Otro efecto de la desmembración social es el exacerbamiento de la violencia: las regiones con mayor número de homicidios del mundo son también aquellas que muestran una mayor desigualdad, algo que hemos podido constatar en la región centroamericana, donde Nicaragua, aun viéndose afectada por índices de pobreza mayores a los de El Salvador y Guatemala, registra niveles de violencia sensiblemente más bajos.

Por último, es observable también que cuanto mayor es la desigualdad entre la élite y el resto de la población, mayores son las probabilidades de que se destinen recursos públicos en proyectos que benefician, sobre todo, a los más poderosos: el gasto total del Estado para la población no indígena en 2015 fue casi tres veces mayor (32 mil millones de quetzales) que el destinado a los pueblos indígenas (10.7 mil millo-

48. Göran Therborn: *The killing fields of inequality* (2013), traducido al español como *La desigualdad mata*. Alianza Editorial, 2015; p. 30.

nes).⁴⁹ Y la ciudad de Guatemala ofrece ejemplos más visibles, desde la construcción preferencial de pasos a desnivel en zonas de mayor pujanza (no necesariamente de mayor congestión vehicular) hasta el mantenimiento de las calles y el equipamiento con señalización, postes de alumbrado y semáforos.

“La implementación del modelo neoliberal ha sido exitoso en la reducción de la inflación, el déficit fiscal, el tipo de cambio, la venta de los activos del Estado, la mercantilización de los servicios o bienes públicos, la recuperación del crecimiento económico y en los incrementos en la tasa de ganancia empresarial”, concluye un informe⁵⁰ sobre los desafíos del desarrollo y la democracia en Guatemala, presentado por la vicerrectoría de investigación de la Universidad Rafael Landívar. No obstante, el saldo “ha sido un crecimiento mediocre, baja productividad, poca capacidad de generar empleos dignos y abundantes, la precarización laboral, una limitada expansión de los mercados internos, y el aumento de la desigualdad, la pobreza, la tasa de explotación del capital, la violencia política y el conflicto social”. Súmesele, a todo ello, una degradación insostenible del entorno natural.

El rasgo excluyente de la economía guatemalteca no se debe leer únicamente desde la profunda desigualdad del ingreso sino, en esencia, en la manera como pocas personas o grupos económicos concentran

49. Un 38.2% de la población guatemalteca se considera indígena (Informe Nacional de Desarrollo Humano 2015/2016, p. 373).

50. *Determinantes estructurales del desarrollo y la democracia en Guatemala. Una propuesta para su abordaje*. Editorial *Cara Parens*, URL, 2016; p. 28.

y controlan los factores que permiten acceder, apropiarse y acumular en el circuito económico: el capital, la tierra, el agua, los recursos del subsuelo, el conocimiento y la información, la tecnología y las relaciones con los circuitos económicos regionales y globales.

Todos estos factores, esenciales para la acumulación, siguen estando altamente concentrados en pocas manos y constituyen, junto a la mentalidad conservadora dominante, dos poderosas causas estructurales del subdesarrollo nacional, que obligan a que vastos segmentos de la población tengan que buscar sus ingresos y medios de supervivencia en la economía informal, en la emigración o en la delincuencia:

- De todo lo producido por la economía nacional en 2012, los ingresos de quienes viven de su capital, o sea, los rentistas, eran mayores que todo lo ingresado por quienes viven de su trabajo. Un 11.4% mayores. Aunque el número de personas que pertenecen a ese grupo es infinitamente menor.
- Desde 2001 hasta 2012, período en que la economía creció un 3.43% anual en promedio, en lugar de reducirse la brecha, como pregonarían los que hablan del derrame de riqueza cuando hay crecimiento e inversión, ambos grupos aún se distanciaron más: un 6.6%.
- 1,025 personas controlan en 75% del Producto Interno Bruto en América Central, según cifras proporcionadas por el investigador Fernando Valdez.

→ 260 guatemaltecos acumulan una cantidad de dinero equivalente a algo más de lo que se produce en Guatemala en un año.⁵¹

¿Justicia? ¿Libertad? El *orden* es lo nuestro. Y no cualquier tipo de orden, sino uno bastante torcido, cuya lógica siniestra se expresa a través del miedo y de la fuerza. La verticalidad, el autoritarismo inapelable, las soluciones mesiánicas, la burocratización de la política sosiegan nuestros ímpetus, nos hacen sentir como en casa. Las ofertas de *mano dura* todavía seducen a muchos y a muchas, lo cual supone la necesidad vital de estar siempre del lado de ‘los buenos’; esto es, de plegarse a quienes deciden qué es lo que está bien y qué es lo que está mal. Justo o no justo, eso es lo de menos: estamos tan (de) formados en la cultura de la autoridad que hasta la justicia la entendemos como *desquite*, no como reparación. Los linchamientos, las desapariciones forzadas, las ejecuciones extrajudiciales y hasta las sentencias de los jueces (para no hablar de cómo opera la policía y el ejército, o de cómo las autoridades en general hacen valer el peso de su investidura) muestran ese rasgo de perentoria unilateralidad, de machucamiento intencionado, de violencia aplicada por principio y como norma.

Por supuesto, hablar de *libertad* en tales condiciones es caer en el sinsentido y la demagogia, invocando a ojos cerrados una dimensión que nos es desconocida.

51. 8 datos y 5 mitos sobre la #desigualdad que NO debes saber. Consejo editorial de *Plaza Pública*, 13 de abril del 2015 (recuperado el 11 de diciembre del 2017 desde <https://www.plazapublica.com.gt/content/8-datos-y-5-mitos-sobre-la-desigualdad-que-no-debes-saber>).

15

He tenido que leer varios libros como parte de mi preparación para tratar de entender mejor los fundamentos canónicos que describen, desde la teoría, el problema de la desigualdad. Las dudas siguen acosándome, aunque siempre es una tentación ceder a los conceptos, explicaciones y certezas esgrimidas por toda esa gente que —se supone— sabe más que uno.

Una de mis asignaturas pendientes ha sido comprender a cabalidad de qué manera, por qué motivos y hasta qué punto el diseño del orden económico mundial, lejos de contribuir a nivelar la brecha entre los países desarrollados y los que no lo son, más bien provocó lo contrario: acentuar ese contraste.

Descargué un documento: *Implicaciones para América Latina del sistema monetario y financiero internacional*.⁵²

52. *América Latina: sistema monetario internacional y financiamiento externo* (1986). Proyecto conjunto del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Como no soy economista, estaba encantado con lo que leía: una exquisitez de desarrollo interpretativo. Sentí que hallaba una clave valiosa al reparar en cómo el sistema Bretton Woods⁵³ se vino abajo el 15 de agosto de 1971, cuando el Gobierno de los Estados Unidos suspendió oficialmente la convertibilidad de su moneda en oro y, de facto, impuso el dólar como patrón base para las transacciones internacionales. Desde entonces, el país de las barras y las estrellas puede darse el lujo de vivir por encima de sus medios, consumiendo más de lo que produce, gracias a lo que se conoce como ‘señoreaje del dólar’. De hecho — explica el economista mexicano Francisco Báez, director editorial del diario *Crónica*—, el déficit comercial de Estados Unidos es parte medular de la estructura rectora de las finanzas globales: dado el papel central del dólar en la economía mundial, los mercados financieros estadounidenses captan enormes cantidades de ahorro del exterior. No es fortuito, pues, que el capital privado se haya vuelto cada vez más importante a partir de los años setenta.

Aprendí también que las condiciones de ajuste estructural ligadas a los préstamos del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, paradigma del neoliberalismo ortodoxo de los años ochenta, dieron lugar a la llamada década perdida en América Latina.⁵⁴

53. “El sistema concebido en Bretton Woods se aplicaba a la economía internacional e intentaba lograr el equilibrio externo en el plano nacional gracias a la disciplina monetaria y fiscal implícita que se asocia con el mantenimiento de tipos de cambio fijos”. *op. cit.*, p. 389.

54. Entre 1980 y 1990, los ingresos medios por habitante disminuyeron un 0.3% al año en la región, y el crecimiento

Me percaté asimismo de que tales políticas desembo-aron, a finales de los años noventa, en una segunda ola de crisis para el continente latinoamericano: México en 1995, Brasil en 1999, Argentina en 2001. Tuve claro que, con todo ello, si bien la banca transnacional ha perdido credibilidad (máxime tras el papel que desempeñó en la crisis asiática de 1997), su poder e influencia siguen siendo decisivos, ya que “con el sistema actual [...] los bancos centrales no pueden resistir a las presiones de los especuladores privados”.⁵⁵

Tal como funciona actualmente el sistema, o la falta del mismo, lo más probable es que los tipos de cambio de las principales monedas tengan fluctuaciones bastante marcadas y reiteradas. La mayoría de los países latinoamericanos, así como otros países menos desarrollados, fijan la paridad de sus monedas con relación a una u otra de las principales monedas o a un conjunto de ellas. Tienen que hacerlo porque la mayoría de ellos carece de mercados financieros o monetarios suficientemente desarrollados como para proceder de otra manera, ya que el Banco Central es la única entidad capaz de absorber el exceso de oferta o demanda de moneda nacional a corto plazo. Sin embargo, fijar la paridad con relación a otra moneda significa que el valor externo de la moneda nacional sigue el de la moneda con relación a la cual se fija su paridad, y las fluctuaciones de esta moneda se ajustan a las necesidades del país que la emite y no a las del país que la sigue. Por lo tanto, la flotación entraña un costo para los países menos desarrollados que se

medio cayó en picada, pasando de 6.6% entre 1970-75 a 0.5% entre 1980-82.

55. *Op. cit.*, p. 180.

expresa en influencias desestabilizadoras de sus economías.⁵⁶

Mis dificultades con ese compendio de ensayos ilustres, desplegados a lo largo de 416 espesas páginas, se deben a que –repito– no soy economista. Mucha de la terminología me suena a sánscrito o, peor aún, sencillamente la secuencia teórica se me hace imposible de seguir. Leo, releo, repaso lo leído y siento que el cerebro se me derrite como bola de helado a la luz del sol del trópico... lo cual, dicho sea de paso, me lleva a caer en cuenta de la pésima educación que recibí, y de cómo esa rémora no la padezco solamente yo sino que es común a la mayoría de guatemaltecos, desde los de más abajo hasta los de más arriba. ¡Cuánta desventaja provoca en nosotros esa brecha respecto de otros países que se toman más en serio el cultivo intelectual de su ciudadanía!

Pero basta de quejas. Buscando compensar mis limitaciones acudí en busca de ayuda. “Olvidate de Bretton Woods”, me aconsejó Fernando Carrera. “El arreglo no es monetario, sino fiscal: impuestos y gravámenes. Los que ganan más tienen que financiar a los que no están ganando tanto”. Punto.

La transformación, sostiene Carrera, se logra a través de una política fiscal que incluye dos instrumentos: cobrar impuestos e invertir ese dinero en políticas públicas. “No hay otra manera, dentro del capitalismo, de generar igualdad y estabilidad social si no es con educación gratuita, acceso universal a la salud, transporte subsidiado, vivienda digna, acceso a agua, electricidad, conectividad; bienes públicos

56. *Op. cit.*, p. 182.

que aseguran oportunidades para todos. Bretton Woods no tuvo nada que ver con eso. El milagro de la igualdad en el capitalismo tuvo que ver con un fenómeno fiscal, esencialmente”.

Di con un documental⁵⁷ a prueba de cabezas de chorlito como la mía, cuyo protagonista, Robert Reich, ministro de trabajo durante el primer periodo de gobierno de Bill Clinton, explica las cosas con una sencillez pedagógica admirable. La clave para entender el problema de la desigualdad –señala– es que, desde finales de los años setenta, mientras la economía siguió creciendo pujante, los salarios se estancaron.

Algo pasó a finales de los setenta: la producción fabril empezó a desplazarse de los centros hacia las periferias, eran los inicios de una revolución tecnológica liderada por el auge de la computadora personal, hubo un movimiento para desregular los mercados financieros y los sindicatos estaban declinando en relación proporcional al declive de la clase media en el ingreso nacional. En resumen: globalización y tecnología.⁵⁸

Hubo un notable debilitamiento de los sindicatos en esa época, reprimidos –según Reich– tras el brote de un gran número de empresas en otras partes del mundo cuyos trabajadores, al no contar con organizaciones de base, aceptaban mayores cargas laborales sin exigir a cambio mejores prestaciones y salarios. Los propietarios, con la ayuda de los gobiernos, se limitaron entonces a desplazar la presión hacia abajo. La industria globalizada produjo más, aumentó la rentabilidad de sus operaciones, obtuvo más utilidades,

57. *Desigualdad para todos* (2013), del realizador Jacob Kornbluth.

58. Reich: *op. cit.*

se volvió —en suma— más eficiente y competitiva... a expensas de la clase obrera, en cuyos hombros recayó el peso de los ajustes.⁵⁹

Este fenómeno es crucial para entender por qué a partir de ahí la desigualdad dentro de los países, y sobre todo la polarización, vienen agudizándose cada vez más: las pobrerías desempleadas aumentan en número y en niveles de miseria, el trabajador raso tiene que fajarse el doble y endeudarse el triple para seguir a flote, la clase media calificada ya no sabe qué es vivir bien... mientras los súper ricos arrasan para sí con lo que hay. Todo lo contrario de lo que, hablando en el idioma del liberalismo clásico, necesita el mundo: hasta hace veinte o treinta años (antes del auge del capitalismo financiero-especulativo, seguido del capitalismo en su fase informacional), una economía estable se lograba con una clase media sólida, lo cual es incompatible con el modelo neoliberal, que concentra la bonanza en los archimillonarios. No había manera de sostener la economía a largo plazo sin una clase media fuerte, dinámica y (esta es la palabra clave) *creciente*.⁶⁰ Así pues, el problema con la concentración de la riqueza en los súper ricos es que el consumo, del que depende la economía capitalista para funcionar, está decreciendo: la mayoría de dinero acumulado no

59. La transnacionalización industrial corporativa es señalada también, en su afán de productividad, de ocasionar daños en el ambiente y descuidar la calidad de los artículos fabricados.

60. En países como Guatemala no basta con proteger a la escasa clase media que ya existe. Es necesario, también, implementar políticas que permitan sacar de la pobreza a las mayorías marginadas, para que la clase media no sólo sea más pujante, sino más amplia.

es dinero que produce bienes de consumo, sino excedentes guardados que sólo acumulan intereses, generando más dinero sin hacerlo circular en el mercado.

Nick Hanauer, por ejemplo, es heredero de una de las mayores fábricas de almohadas y edredones del mundo, pero decidió además, por su lado, fundar una compañía de inversión de capitales que le retribuye entre diez y treinta millones de dólares anuales.

Alguien como yo, que gana mil veces más que un típico estadounidense, no compra mil almohadas al año. ¡Hasta los más ricos duermen con una o dos almohadas solamente! Tengo el más lujoso de los Audi, pero sigue siendo un sólo Audi. Con mi familia podemos salir a comer fuera de casa un cierto número de veces al año, podemos cortarnos el pelo una cantidad limitada de veces al año; a mí me basta con comprar tres pares de jeans al año, no necesito tener 300 pares.⁶¹

El problema, por lo tanto, es que los súper ricos gastan demasiado poco en relación con lo mucho que devengan. No generan una actividad económica suficiente. Alguien que gana diez millones de dólares al año no se gasta todo ese dinero, sino que lo ahorra, y esos ahorros van a cualquier parte del mundo obteniendo los más altos rendimientos, los mayores retornos en mercados especulativos que no aportan ningún tipo de beneficio social.

Cuando alguien, queriendo evitar la etiqueta de rico, se autodenomina un ‘generador de empleo’, no está describiendo el modo como funciona la economía. No somos los súper ricos los que generamos empleos,

61. Hanauer: *op. cit.*

sino nuestros clientes. El centro del universo económico son ellos, la clase media, no nosotros. En cada lugar que uno mire en el planeta y halle prosperidad, encontrará inversiones a gran escala en las clases media y baja porque, en definitiva, son ellos los auténticos generadores de trabajo. Amazon emplea a 60 mil personas⁶² y genera entre 60 y 70 mil millones de dólares anuales en ventas; pero si la tienda de papá y mamá generara 60 ó 70 mil millones de dólares al año, no tendrían 60 mil empleados: serían 600 mil, u 800 mil, o un millón de empleados, porque esos modelos de negocio son mucho menos eficientes.⁶³

Paradójicamente, es esa ineficiencia relativa la que permite que la economía en su totalidad permanezca saludable:

Ni la globalización ni la tecnología han reducido la cantidad de empleos,⁶⁴ pero sí han reducido los salarios, y al mismo tiempo el costo de la vida ha aumentado: la vivienda es más cara, la asistencia médica es más cara, la educación es más cara. A la gente le preocuparía menos la desigualdad y la acumulación de la riqueza si todos tuvieran la oportunidad de triunfar, pero ocurre que al crecer la desigualdad en los ingresos, el índice de ascenso social se reduce en relación a como crecía antes. Al aumentar y fortalecerse

62. El resto del trabajo se hace con robots y con software: protocolos automatizados y computadoras.

63. Hanauer: *op. cit.*

64. Algunos párrafos más adelante veremos cómo, al parecer, la automatización de la industria y los adelantos tecnológicos en el campo de la inteligencia artificial provocarán una drástica reducción en la demanda de mano de obra humana.

la clase media crece la productividad (porque la clase media está compuesta esencialmente por gente trabajadora), aumentan los salarios, aumenta el consumo, con lo cual las empresas crecen y contratan a más empleados, con lo cual aumenta la recaudación impositiva, con lo cual [se supone] el Gobierno invierte más en la sociedad, con lo cual la clase trabajadora recibe mejor educación. Esa es la manera en la que la prosperidad genera más prosperidad. Pero hoy, con la concentración que hay, eso no ocurre.⁶⁵

Pienso ahora en los libertarios y su argumento en oposición al pago de impuestos “porque es un robo”, y al respecto se me ocurre insinuarles que el problema en todo caso no es renunciar a ese dinero si a cambio obtienen otros beneficios, otros satisfactores. De hecho, para que la economía funcione el dinero debe gastarse, debe circular. De modo, pues, que el Gobierno no nos roba cuando nos cobra impuestos; nos roba cuando no invierte esos impuestos en hacer crecer la economía, es decir, en no hacer crecer y fortalecer a la clase media... algo que –insisto– en países como Guatemala empieza por sacar a la gente de la pobreza.

Cuando la clase media no participa de las ganancias de la economía es porque los salarios se estancan en relación con el crecimiento de la inflación, con lo cual la clase trabajadora consume menos, con lo cual las empresas reducen su tamaño en cantidad de empleados y en utilidades, con lo cual disminuye la recaudación fiscal, con lo cual el Gobierno recorta su inversión pública, con lo cual la gente recibe educación más

65. Reich: *op. cit.*

escasa y de menor calidad, con lo cual aumenta el desempleo.⁶⁶

Uno de los efectos más nocivos de la concentración de tanta riqueza en manos de una exclusiva plutocracia es que todo ese dinero habilita la capacidad de controlar la política, lo cual amenaza seriamente el siempre frágil equilibrio democrático. Es lo que ha venido ocurriendo de manera creciente desde finales de los años setenta: los gobiernos responden cada vez más al cabildeo de las grandes multinacionales y cada vez menos a las demandas de la ciudadanía a la que dicen representar. En el año 2010 *Wikileaks* reveló, por ejemplo, que para cuidar sus intereses la petrolera Shell tenía hombres colocados en todos los ministerios del gobierno de Nigeria. Su libertad de acción les permite hacer negocios en Estados fallidos, alterar los precios del mercado y destruir el medio ambiente, señala Juan Pérez Ventura en el sitio web *El orden mundial en el siglo XXI*. “Son los nuevos colonizadores en África, y siguen peleando por repartirse el tesoro”.

Tampoco es que haga falta ir tan lejos para constatarlo: se sabe que, sólo en el año 2014, las principales empresas de la industria farmacéutica invirtieron 40 millones de euros en acciones de *lobby*, quince veces más que lo destinado por las organizaciones civiles en defensa de la sanidad pública o de la mejora al acceso a los medicamentos. Un estudio hecho público por el Observatorio Corporativo Europeo reveló que las farmacéuticas presionan para impulsar el *Transatlantic Trade and Investment Partnership* (TTIP), intentando prolongar el lapso de concesión de

66. *Ibidem*.

patentes, combatir los medicamentos genéricos y reducir aún más la transparencia sobre los ensayos clínicos en los nuevos fármacos. “Las grandes farmacéuticas están utilizando el TTIP como una oportunidad para cimentar mayores períodos de monopolio, precios de medicamentos más altos y *nuevas* medicinas con limitado valor terapéutico”, concluye el documento.

Y en el contexto nacional tenemos la sistemática labor de incidencia del sector privado organizado en las altas esferas del gobierno, con resultados que van desde colar a gente afín a sus ideas en el gabinete, el congreso, las cortes de justicia y la junta monetaria, hasta el bloqueo reiterado a cualquier intento serio de reforma fiscal. El mismo Banco Interamericano de Desarrollo y la Universidad de Harvard establecieron tajantemente en 2006 que no había, en toda América Latina, otro país cuya cúpula empresarial influyera en la formulación de políticas públicas tanto como en Guatemala.⁶⁷

Bien. Debo reconocerle al documental protagonizado por Reich el haberme ayudado a despejar varias dudas importantes. No obstante, quedaban algunas zonas borrosas. Por ejemplo: ¿cómo funciona la denominada ‘cooperación para el desarrollo’?

Esto fue lo que hallé en una pequeña cápsula en video:

Las naciones más prósperas buscan compensar la creciente desigualdad ofreciendo ayuda a las más

67. Consejo editorial de Plaza Pública. (2014, marzo, 20). *Una biblioteca para el CACIF*. Recuperado el 11 de diciembre de 2017 desde <https://www.plazapublica.com.gt/content/una-biblioteca-para-el-cacif>

pobres: cerca de 130 mil millones de dólares por año. Lo que no se dice es que, al mismo tiempo, las grandes corporaciones extraen de las naciones pobres alrededor de 900 mil millones de dólares (es decir, casi siete veces más de lo que éstas reciben), basados en la especulación y la manipulación de los precios del comercio internacional. Además, las naciones pobres pagan 600 mil millones de dólares anuales por préstamos. Y encima, están los recursos que las naciones del tercer mundo pierden por normas internacionales impuestas por las naciones ricas, que les permiten tener acceso a recursos. Los economistas de la universidad de Massachusetts calcularon que esto les cuesta a los países pobres otros 500 mil millones de dólares. Si se pone junto resulta que, todos los años, fluyen dos billones [*léase: dos millones de millones*] de dólares desde los países pobres hacia los países ricos. Las naciones ricas aman decir que están ayudando a los países pobres a desarrollarse, pero ¿quién está realmente ayudando a quién? Eso hace pensar que hay cosas profundamente equivocadas en las reglas de la economía global.⁶⁸

El planteamiento anterior nos regresa a la denuncia esgrimida por los economistas que, en la década de los sesenta y setenta del siglo pasado, formularon la teoría de la dependencia. No todos piensan igual, por supuesto. Ya lo previene el adagio: *Ponga usted a dos economistas en una discusión y verá cómo de ahí salen tres opiniones distintas.*

Fernando Carrera intenta poner las cosas al día y en su sitio: “El capitalismo puede funcionar sin necesidad de la dependencia”, asegura. “China,

68. Tomado del sitio web *UPSACL.com*.

Vietnam, Costa Rica, Uruguay son ejemplos de economías que en los últimos cincuenta años desdichan esa teoría”.

La teoría de la dependencia postula que el capitalismo sólo puede funcionar si la economía de un lado gana y del otro pierde, de modo que pertenecer al grupo de los países exitosos equivale a explotar a los países que no lo son, en una clara estructura centro-periferia donde la periferia es explotada por el centro: el centro existe porque hay periferia, y la periferia existe porque hay centro. Pero está demostrado que el capitalismo puede ser incluyente a nivel global. De hecho, una de las razones por las que surgen las metas del milenio propuestas por la ONU es porque eso es posible en el capitalismo: hoy, el capitalismo genera tales niveles de producción que ya en Davos⁶⁹ se debate la posibilidad de garantizar el ingreso mínimo para todos, algo que ni siquiera tiene que ver con el salario ni con el trabajo, sino de asegurar que todos dispongan del ingreso básico necesario para vivir dignamente. Esas discusiones son posibles por la cantidad exorbitante de riqueza que genera el capitalismo. Hace cincuenta años, para erradicar la pobreza en el mundo era necesario quitarle a alguien. Hoy, en cambio, el volumen de la riqueza global se ha disparado a niveles que permiten lo que muy acertadamente ha señalado Jeffrey

69. El Foro Económico Mundial (*World Economic Forum*, WEF), también llamado Foro de Davos, es una fundación sin fines de lucro con sede en Ginebra, que celebra su asamblea anual en el Monte de Davos, Suiza. Se reúnen ahí “los principales líderes empresariales, los líderes políticos internacionales y periodistas e intelectuales selectos para analizar los problemas más apremiantes que afronta el mundo; entre ellos, la salud y el medio ambiente desde 1991”. (Fuente: *Wikipedia*).

Sachs cuando dice que esta es la primera generación en la que ya no tendría por qué haber pobres.⁷⁰

¿Asegurar que todos dispongan del ingreso básico necesario para vivir *dignamente*? Alto ahí. En primer lugar, aclaremos que se trata de una posibilidad que apenas empieza a discutirse en las altas esferas, por mucho que la idea no sea nada nueva: cuesta creer que haya sido Milton Friedman, recalcitrante tótem de la llamada Escuela de Chicago y uno de los sumos sacerdotes de la corriente neoliberal, quien abogó en 1962 para que el Estado garantizara ingresos de base mediante un “impuesto negativo sobre la renta”. Lo hizo también, cinco años más tarde, el activista Martin Luther King al asegurar que la pobreza podía abolirse de manera directa implementando una política de ingreso base garantizado. Richard Nixon fracasó poco después en su intento de poner en marcha una versión de la idea planteada por Friedman, y George McGovern, su rival en las elecciones presidenciales de 1972, sugirió también la aplicación de un ingreso base anual asegurado en calidad de política pública.

Y en segundo lugar, aun si la iniciativa lograra convocar el entusiasmo de la plutocracia reunida en Davos, habría que despejar una escabrosa cuestión: ¿qué tan *digna* puede ser la existencia para un ser humano si su incorporación al sistema depende del excedente de quienes, teniendo tanto, no alcanzan a derrocharlo todo, y optan entonces por transferírsele a las pobrerías desahuciadas? ¿Cómo lidiar con el previsible golpe en la autoestima de aquellos que, de pronto, por decreto, pasarían a *vivir de regalado* en

70. Carrera: entrevista personal, enero 2017.

compensación por el hecho de negárseles las oportunidades para labrarse un destino propio y autónomo? ¿Qué clase de ‘solución’ es la que, en vez de dedicarse a resolver los problemas estructurales del sistema (atacando sus causas), se limita a ofrecer remedios de parche (mitigando sus efectos)?

“¡Es la vuelta al comunismo!”, ladró alguien desde el seno mismo del Foro Económico Mundial. Carrera repone, socarrón: “¿Desde cuándo el uno por ciento más rico se pronuncia a favor del comunismo?”. Y vuelve a la carga: “Lo que quiero enfatizar con esto es que, hoy, la viabilidad y la sustentabilidad del capitalismo a nivel global no depende de la estructura económica centro-periferia que, aclaro, sí representó la realidad hasta los años noventa; pero en el siglo XXI eso ya no es así, como resultado de cómo evolucionó la economía a nivel mundial, con niveles de productividad altísimos”. Pensemos –dice– en cómo las computadoras transformaron el mundo en términos de incremento de la productividad, e imaginemos lo que se nos viene con el desarrollo de la inteligencia artificial:

Se calcula que entre un 45 y un 50% de los empleos de clase media van a desaparecer en los próximos cuarenta años, al ser sustituidos por aplicaciones tecnológicas derivadas del desarrollo de la inteligencia artificial. Por eso es que aparece la idea de universalizar el ingreso básico: porque la automatización industrial genera desempleo en la clase obrera, y la inteligencia artificial se traducirá en desempleo para la clase media, generadora de trabajo intelectual. Si le seguimos la pista al Foro Económico Mundial, que es donde se observan las tendencias, cualquier finquero pseudocapitalista diría que cada vez se está volviendo más

comunista, porque se pronuncia a favor de la sustentabilidad ecológica y la conservación de la biodiversidad, lejos de abogar por la industrialización masiva de los sectores que el oligarca chapín pretende explotar.⁷¹

No sé. Algo no cierra en mi ecuación. En esta esquina, Reich me habla de una paradoja: promover modelos de negocio menos eficientes como táctica para generar más empleos y, con ello, asegurar un capitalismo más ancho, más robusto, más dinámico, mejor oxigenado; y en esta otra, algunos mandamases de Davos sugieren (sin encontrar aún mucho eco entre sus pares) una política de protección social para resolver las asimetrías que ocasiona el sistema del que siguen beneficiándose a manos llenas.

¿A quién de los dos hacerle caso? *Ponga usted a dos economistas y verá cómo de ahí salen tres hipótesis distintas.* E invitemos a un tercero, así sea por el gusto de avivar la controversia: Jonathan Menkos, director ejecutivo del Instituto Centroamericano de Estudios Fiscales, hace referencia a un ejercicio de investigación en el que participó, y que permite observar que con una renta básica universal de 175 quetzales mensuales por persona Guatemala podría eliminar la pobreza extrema.

Entre 2019 y 2030, esta medida podría aumentar el crecimiento potencial de la economía hasta en un 50% y generar nuevos empleos que, para 2030, sumarían cerca de 4.7 millones (33% de la población en edad de trabajar en ese año), repartidos en todo el territorio nacional y en los sectores agrícola, industrial y comercial. Con una mirada fiscal moderna y una reforma profunda en este ámbito, el país podría contar con recursos para

71. *Ibidem.*

financiar la renta básica universal y otros programas públicos destinados a educación, salud y alimentación, desarrollo rural y transformación productiva, acceso a crédito, vivienda y servicios públicos, seguridad y justicia.⁷²

“Sí es posible un mundo sin miseria”, concluye Menkos, “pero se requiere una política económica, fiscal y social para el beneficio de todos, con nuevas responsabilidades entre lo público y lo privado”.

En cualquier caso, los objetivos de desarrollo sostenible planteados por la Organización de las Naciones Unidas “para transformar nuestro mundo”⁷³ dejan claro que la desigualdad de los ingresos está creciendo en el ámbito doméstico, *dentro de las naciones* (como es el caso de nuestro país), mientras que tiende a disminuir en el ámbito global, *entre las naciones* —al menos en los segmentos de clase media, ya que los extremos siguen distanciándose a niveles próximos a la entropía.

Por lo demás, mejor tiro la toalla, cierro los libros, apago la tele, me olvido de recetas teóricas y sigo con lo mío, que es contarles del viaje que me llevó de arriba abajo por toda Guatemala.

72. J. Menkos Zeissig: *Si es posible un mundo sin miseria*. Columna de opinión publicada en el matutino Prensa Libre, martes 17 de octubre, 2017 (<http://www.prensalibre.com/opinion/opinion/si-es-posible-un-mundo-sin-miseria>).

73. “Objetivo 10: Reducir la desigualdad en y entre los países”. Véase onu: *Objetivos de desarrollo sostenible*, situación 2017 (<http://www.un.org/sustainabledevelopment/es/inequality/>).

Quetzaltenango es una ciudad de ínfulas masonas y ambiciones secesionistas. Se la recuerda todavía como capital del llamado Estado de los Altos (que incluía también los departamentos de Totonicapán, Sololá, San Marcos, Quiché y Huehuetenango), creado en 1838 con la intención de separarse de la república de Guatemala y finalmente combatido y recuperado dos años más tarde por las fuerzas conservadoras, quienes restituían así la “unidad nacional” que hoy a nuestros ojos luce cada vez más precaria y quebradiza.

Las calles de su centro histórico son angostas, vestigio del pueblo chico que alguna vez fue, pero poco aptas para el flujo de vehículos que dan cuenta de su pujanza actual. Entre las cinco y las seis de la tarde la congestión es un suplicio.

En torno al parque se agolpan edificios de diseño neoclásico, muy fufurufos ellos, y una que otra casona de estilo art decó. El casco urbano está, además, atravesado por pendientes empinadas que dificultan el paso tanto en carro o en moto como a pie, ya no

digamos en bicicleta –o en tabla de *skate*, según pretendía hacerlo un amigo que vivió algún tiempo ahí.

Ha crecido mucho la altiva Xelajú,⁷⁴ máxime de veinte años para acá, y lo ha hecho sobre todo en dirección a los llanos que se extienden hacia el norte y el noroeste, rumbo a Olinstepeque y La Esperanza. Las viejas familias de abolengo y posición acomodada, junto con los comerciantes prósperos de fortuna reciente, e incluso poderosos narcotraficantes oriundos de la región se han trasladado a los condominios residenciales que proliferan en las afueras.

Desde siempre se la ha considerado la segunda urbe del país, y sus habitantes reclaman ese honor queriéndolo llevar incluso más allá, con el gesto envanecido del hermano menor que se sabe más cabrón y más bonito que el mimado primogénito. Lo saben también los turistas mochileros, que en su mayoría eligen instalarse en Antigua (Sacatepéquez) y aquí, atraídos por la belleza de los alrededores, los precios accesibles y la nutrida oferta de bares, restaurantes, comedores, casas de huéspedes y cursillos exprés para aprender español.

Un remedo de la Puerta de Brandemburgo, a caballo entre lo esperpéntico y lo irrisorio, le da la bienvenida al que ingresa procedente de Retalhuleu o de Cuatro Caminos, ubicado diez kilómetros atrás. De inmediato aparece un redondel que, a la derecha, conduce a la llamada Cuesta Blanca o, en cambio,

74. A Quetzaltenango se la conoce con ese nombre, Xelajú (o, simplemente, Xela), que en idioma k'iche' significa "lugar de los diez venados". De ahí que a los quetzaltecos se les llame también *venados*, o *chivos*.

siguiendo en línea recta se llega directo a la plaza central. Podría decirse que a la ciudad toda se la siente incómoda, descolocada, transitando entre un garbo señorial ya pasado y unas pretensiones de modernidad imitadas mal y adoptadas tarde.

Además de chovinistas, los quetzaltecos tienen reputación de formidables bebedores. Y de racistas: “Esos son indios de Almolonga”, dice alguien, señalando con el dedo índice a cualquiera que cometa una imprudencia al conducir por el laberinto de estrechas callejuelas. “Esas son de la costa”, se burla otro al ver pasar a un par de mujeres sin suéter, cubriéndose del frío con sendas toallas colocadas en hombros y espalda. Y sí: de la costa, que no está lejos (unos cincuenta o sesenta kilómetros), vienen muchos; de compras, principalmente, mal preparados para vérselas con un clima que no es el suyo. Dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar no es cualquier cosa.

Marvin Samuel García Catalán es de esos chivos que llevan a su pueblo tatuado en el corazón. Poeta y gestor cultural, a sus 34 años ha organizado trece ediciones del Festival Internacional de Poesía en Quetzaltenango. Desde niño se interesó por el arte, dice. “Busqué la literatura para imaginar otros mundos”.

Viene de una familia k'iche' urbana. Su padre –cuenta– estuvo en el Ejército por la necesidad de mantenerlos a él, a su mamá y a sus hermanos. “Recuerdo verlo venir en el *jeep*, y todos los vecinos escondiéndose porque se sabía que era militar”. Eran tiempos de conflicto armado. “Pero siempre fue consciente de que, si lo hizo, fue por necesidad. Luego renunció y se fue para los Estados Unidos. Viví con él hasta los ocho años”. Tiempo después, ya de

adolescente le tocó conseguir trabajo para sufragar sus propios estudios. Se le presentaron varias oportunidades en la capital, “pero tengo claro que mi compromiso es con Xela”, enfatiza, con la satisfacción del que está seguro de haber tomado la decisión correcta.

Considera que el diseño del Estado no le otorga a la promoción de la cultura un rubro de presupuesto suficiente, y no cree que las cosas vayan a cambiar a mediano plazo, “pero ese mismo vacío genera espacios y provoca movimientos interesantes, sobre todo desde la firma de la paz”, añade. “El arte tiene el potencial de sensibilizar, y esto, en una sociedad a la que le han matado la memoria y la han sometido al silencio, es importante para discutir y que la historia no se repita”.

Al final de la tarde lo acompañamos, a él y a su hijo, a las tribunas del estadio Mario Camposeco: es noche de fútbol y en las taquillas se palpa ya la expectación de los que llegan vistiendo sus camisolas, portando sus banderas, somatando tambores, silbando gorgoritos. Fervoroso aficionado del equipo local, Marvin comenta la importancia del Xelajú M. C. como elemento de cohesión y símbolo generador de identidad entre los lugareños. Que un club de provincia le arrebatase a los de la capital el título de campeones de la Primera División no es algo que ocurre todos los años, teniendo en cuenta el patrocinio del que disponen unos y otros. Quetzaltenango ha vivido esa gloria a fuerza de garra y de empeño, más que de dinero. “Desde la lógica del capital yo considero que en Guatemala sí hay ficha, lo que pasa es que está mal distribuida”, reclama Marvin.

Por la noche consigo posada donde un amigo. Vive lejos del centro, a unos cinco kilómetros en di-

rección a Salcajá, pasada la grotesca réplica de Brandemburgo, en una cabaña de madera que alquila por mes, y que pertenece a un complejo de residencias



Marvin Samuel García Catalán.

modestas y discretas pero bien ubicadas en medio de un pequeño bosque cuya humedad acentúa el frío que se instala horas antes del amanecer. Abajo, a unos cuantos metros, pasa un arroyo que alguna vez fue cristalino y hoy arrastra aguas negras hediondas a detergente y heces fecales.

La propiedad, de dos o tres hectáreas que se extienden monte arriba y hacia los lados, es de las mejor protegidas en un municipio donde el pillaje y los robos de madrugada ocurren con cierta frecuencia. El marido de la dueña tiene a su cargo una empresa de seguridad privada y los guardias pernoctan ahí nomás, en una de las casitas. Nadie se atreve a entrar, por mucho que el portón se mantenga sin llave y la penumbra y el aislamiento del sector inviten a transgredir los límites para cometer alguna fechoría.

Me reciben mi amigo y su novia, una panameña vegana, instructora de yoga. Débora, se llama. Él tiene trabajo pendiente y vuelve a lo suyo en el cuatro de arriba, donde está el escritorio y la computadora. Yo me quedo conversando con ella en la sala, al calor de la chimenea. Le cuento el motivo que me trae de visita por ahí, le hablo del proyecto sobre la desigualdad. “Guatemala me recuerda mucho a la India”, dice. Estuvo viviendo allá un tiempo.

Habla de los contrastes entre los que lo tienen todo y los que no tienen nada. “Son culturas con mucha sabiduría ancestral y se las arreglan muy bien para sobrevivir en su entorno. Conocen las plantas. Conocen el cuerpo. Conocen la naturaleza. Ambos países serían capaces de vivir autónomamente porque tienen todos los climas. La India, con su extensión y su diversidad de temperaturas y saberes, es casi un

continente. Pero el sistema no valora esos saberes; entonces, ya no se aplican”.

Rebosante de alusiones *new age*, explica algo sobre la mucha luz y a la vez la mucha oscuridad que percibe en los corazones de la gente de aquí tanto como en la de allá. Se le iluminan los ojos cuando me describe la variedad de colores que ve en el mercado, con los piloyes⁷⁵ blancos, rojos y negros, y las verduras y las frutas. Luego critica al gobierno, “disfuncional en los dos casos”, y le cambia el semblante. “En la India está la casta de los impuros, que son los intocables. Hacen trabajos sucios, como limpiar los desagües, o caminar con las manos y las rodillas por instrucciones de un sacerdote. Se parece mucho a Guatemala por la discriminación y la pobreza. La vida no vale nada”. Me intereso por saber qué piensa de Panamá. “No”, responde; “ahí todo es más americanizado. No hubo guerra, ni genocidio”.

De madrugada el termómetro desciende a cero grados. Tempranito en la mañana nos movilizamos a la cabecera de Totonicapán, situada unos treinta kilómetros de distancia hacia el este, pasando —otra vez— por Cuatro Caminos. Alan Moisés Daniel Ixc-hajchal Gómez es concejal séptimo del ayuntamiento y fotógrafo de bodas. Su padre, de ser heladero, pasó a convertirse en abogado penalista, muy controversial en la comunidad por sus posiciones radicales en contra del pluralismo jurídico. Su madre, comerciante, posee una fábrica de ropa. La familia toda, que incluye además otros cuatro hermanos, es mormona. Está casado con una mujer salvadoreña a quien conoció, dice, por

75. Granos de frijol.

medio de la iglesia, y con quien tiene un negocio ambulante de venta de pupusas.

“Estudí derecho porque mi papá quiso que yo siguiera sus pasos, pero a mí lo que me apasiona es la fotografía y el ciclismo”. Fue su oficio como fotógrafo el que, sin proponérselo, lo acercó al mundo de la política: Alan cuenta que en el 2015, con motivo de las jornadas de protesta contra la corrupción, fue invitado a documentar las manifestaciones de Xela, y luego también las de Toto.⁷⁶ Entonces decide formar un grupo que luego pasa a convertirse en comité cívico, con el que logra colarse en un cargo de elección tras mes y medio de campaña y 40 mil quetzales, unos 5,300 dólares estadounidenses, invertidos en proselitismo. “Mi experiencia es que no es fácil lograr consensos”, refiere; “pero también que cualquier ciudadano, si así lo desea, puede participar. Claro que hay obstáculos y dificultades por la inercia de la vieja política, pero nada se compara a la satisfacción de hacer las cosas bien”.

Alan reconoce que la pobreza en el país es muy visible, “pero hay más riqueza, de lo contrario no habría interés en la minería y en el turismo”. Considera que el problema de la desigualdad no es de oportunidades, sino cultural. “A algunas personas se les ha dicho ‘Vos no podés’, ‘Vos no pertenecés’, pero no es cierto: yo soy indígena y conozco indígenas prósperos, y también indígenas muy pobres. Tengo amigos que no son indígenas y me tratan súper bien, mientras que a veces entre indígenas nos bloqueamos por dinero

76. Toto es la abreviatura con que suele denominarse a Totonicapán.

o por forma de pensar”. Y remata, contundente: “Hay una élite indígena que margina a sus propios hermanos”.

Los pobladores de Totonicapán son conocidos por su carácter combativo y su añeja tradición de resistencia. No recuerdo bien si fue Andrea Ixchú, totonicapense de pura cepa, quien me contó que la ruta Interamericana, que atraviesa el altiplano guatemalteco, fue trazada aprovechando los senderos preexistentes que utilizaban los pueblos originarios desde antes de la llegada de los españoles; pero que, sin embargo, a la altura de Toto (aun tratándose de un destino importante) decidieron dejar la comarca de lado, fuera del alcance de la ruta principal, marginando adrede a los pobladores en represalia por su añeja y sostenida insumisión.

Regresamos a Xela. Es viernes y por la noche nos escapamos un par de horas para visitar la taberna de



Alan Moisés Daniel Ixchajchal.

Beto, un buen cuate a quien yo llevaba años de no ver. Después de varios tarros entre pecho y espalda, con los ojos medio turnios ya, recibo la llamada de Marcos, otro buen amigo de la capital. “Gato”, le escucho decir con voz solemne, casi marchita. “Hace diez minutos murió Fidel Castro”. Intento consolarlo, pero no se me ocurre qué decirle. Hablamos unos segundos, le agradezco el aviso, nos despedimos. Cuelgo. La noticia, por supuesto, es excusa para acabar con otro par de litros. A la mañana siguiente me hizo gracia un *meme* en su honor, colgado en la red: *Dedicó toda su vida a combatir el capitalismo*, se leía arriba de su foto, en letras mayúsculas. Y abajo: *Falleció un Viernes Negro*.⁷⁷

Nos citamos con José Manuel Gutiérrez, arquitecto y empresario dedicado a la fabricación de cerveza artesanal. Empezó, dice, con otros cuatro socios como una forma de compensar las temporadas bajas en su negocio inmobiliario. Casado, tiene 39 años y dos hijos. Con modales de caballero, sin alzar ni un poquito la voz, nos cuenta las dificultades que sorteó en su propósito de obtener la licencia mercantil, el registro sanitario y todos los demás requisitos legales para poder operar en regla.

“Casi cuatro años nos tardamos, porque la ley no es clara al respecto”, menciona sin perturbarse.

77. El Viernes Negro, o *Black Friday*, es día de ofertas y promociones en Estados Unidos, y por extensión también en otros países bajo su radio de influencia. Se fija en el calendario después de la noche de Acción de Gracias (tercer jueves de noviembre), y marca el inicio oficial de la temporada de compras navideñas. Atraída por los precios en rebaja, la gente acostumbra arrasar las tiendas comprando como si el mañana no existiera.

Describe cómo, para obtener permisos de importación de materias primas, antes hay que tener la planta montada, y para poder montar la fábrica antes hay que contar con los permisos de importación. “Parece broma, pero así es”, sonrío. Asegura que en México el mismo trámite tarda entre tres y cuatro meses. Es una industria más. “En cambio, aquí cuesta mucho abrirse paso. Guatemala es un país muy rico por su geografía, su naturaleza, pero por el mal manejo político, económico y fiscal hay un gran sector en la pobreza y un pequeño sector con mucho dinero. Sumado a eso está la centralización: todo hay que tramitarlo en la capital. Y otro problema es la educación, que nos tiene en desventaja respecto al resto del mundo”.

Ni una sola mención al oligopolio cervecero, ni a los obstáculos comerciales, ni a la colusión de intereses que explican por qué, hasta hace apenas tres o cuatro años, la cerveza en Guatemala se vendía más



José Manuel Gutiérrez.

cara que en Europa como consecuencia del control de precios ejercido por “los de la Gallo”, es decir, la rama de la familia Castillo a cargo de la Cervecería Centroamericana, fundada en 1886 tras la importación de equipo y materias primas exentos de gravámenes. La vena retentiva de este consorcio es advertible desde hace cien años, cuando compraron la Cervecería Nacional, de Xela (la Cabro), “para evitar con ello toda posible competencia”, según refiere la historiadora Marta Elena Casaús. Luego, en los años sesenta fundaron la vidriera Cavisva, hoy Vical, que produce todas sus botellas; y para comercializar los productos de las fincas de su propiedad habilitaron también Alimentos, S. A. e Industrias Agrícolas. Incursionaron asimismo en la industria plástica y en la explotación maderera; todo con capital de la cervecera, pero con apoyo de US-AID. El siguiente movimiento fue saltar al ámbito de las finanzas: Banco Industrial y Banco G&T, dos de los más grandes del país, tienen como accionistas a los Castillo.

En 2002, sin embargo, otra parte de la misma familia, “los de la Pepsi”, en asociación con AmBev (la corporación cervecera más grande del mundo, copropietaria de Brahva en Guatemala), emprendieron preparativos para construir una planta en Teculután, al oriente del país. Tuvieron que pasar seis meses para que los silos y los tanques de enfriamiento pudieran salir de la aduana, irregularidad que numerosas fuentes que consulté para un reportaje publicado en 2014⁷⁸

78. *Viaje al interior de la guerra entre la Gallo y la Brahva*. Andrés Zepeda, 21 de marzo del 2014 (recuperado el 11 de diciembre del 2017 desde <https://nomada.gt/gallo-brahva/>).

coinciden en atribuirle a los de la Gallo y sus influencias en la burocracia estatal.

Desde entonces el pez más gordo intenta comprar al menos grande, mientras ambos bandos, primos entre sí, se hacen mutuamente la guerra por las buenas tanto como por las malas. Sus empleados tienen terminantemente prohibido consumir las marcas de la competencia. Políticas para pelearse el territorio, tales como contratos de exclusividad con establecimientos clave, son divisa corriente de uno y otro lado. Lo mismo ocurre en ferias patronales, jaripeos, fiestas de independencia y vacaciones largas en sitios turísticos. “Con todos los alcaldes se negocia el patrocinio completo, que incluye gastos de instalación, banda musical, equipo de amplificación de sonido, tarimas, mesas, sillas y hasta reservaciones con localidades privilegiadas para el representante edil y sus allegados”, refiere un ex vendedor. Ambas empresas lo niegan.

Sabido de que hay materia suficiente para hacerlo, intento sonsacarle alguna queja a José Manuel; algún atisbo de resquemor, pero es en vano. Le pregunto entonces cómo es la vida en Quetzaltenango y me habla de una infancia segura en el seno de una familia unida. “La situación ha cambiado mucho”, reconoce. Menciona problemas como la seguridad, la psicosis, el tráfico, la calidad de vida. “Ahora hay más centros comerciales, más restaurantes, más cines, más condominios, pero la vida es menos fácil”.

Al día siguiente volvemos otra vez a Totonicapán. Atravesamos el casco urbano de la cabecera departamental y nos adentramos, cuesta arriba, por una tupida reserva de bosques que se extiende decenas de kilómetros a la redonda, a lado y lado del camino que va a Santa María Chiquimula. Oriundo de la aldea

Chumasán, Agustín Par Velásquez, mejor conocido como don Tin, es la persona a cargo del vivero forestal de los 48 cantones. Bajito, barrigón, de cara redonda y ojos saltones, don Tin es, a sus 69 años, un abuelo sabio que pareciera haber nacido para desempeñar ese trabajo. Hay que verlo desplegar su conocimiento acumulado, el cuidado amoroso con que pasa revisando uno por uno los vástagos en el invernadero, la devoción casi mística que siente por la naturaleza, el respeto que demuestra por los recursos del bosque.

Comenzó a plantar semillas a los tres años. “Mi papá me enseñó que los arbolitos son vida, son oxígeno, son aire. Hay que velar por que no se termine la montaña. Está en nuestras manos, es un tesoro. Si no cuidamos, *ixcamic*,⁷⁹ se va a morir uno. Aquí está el pulmón del pueblo y la santa agua”. Le pregunto sobre las especies que crecen en el bosque y menciona el pino blanco, el pino colorado (del que se obtiene el ocote), el ciprés, el encino, el roble, el aceituno, el pinabete y el palo cacho. Montaña adentro se ven árboles de 150 años de antigüedad, troncos de siete metros de diámetro, copas de cuarenta metros de altura.

Cada día, don Tin implanta cinco mil quinientas semillas. “Yo enseño a los niños en la escuela la importancia de sembrar arbolitos, de la lluvia para que no falte el agua, cuidar la montaña. No hay que botar los árboles, hay que cuidarlos porque ese es el oxígeno”. Los niños, dice, son el futuro. “Son nuestro espejo”.

Piensa que en Guatemala hay más pobreza que riqueza, “porque no hay trabajo ni hay suficientes

79. Muerte en idioma k'iche'.

fábricas ni almacenes ni suficientes empresas. Los pobres tienen que juntar su leña y su comida porque no hay trabajo. Por eso tanta gente se va para los



Agustín Par Velásquez, don Tin.

Estados Unidos. No hay educación, no hay medicina en el hospital. Aquí hay mucho asaltante porque no hay dinero. Gracias a Dios tiene trabajo uno”. Asegura que la gente pobre puede encontrar su medicina en la montaña, pero no quiere. “Sólo en la farmacia se mantiene. Aquí hay remedio natural, pero no toda la gente lo hace así”. Y, en efecto, una hora de paseo por el bosque milenario en compañía de don Tin basta para apreciar el manejo que tiene sobre las propiedades curativas de las plantas: ésta de acá para las lombrices, ésta otra para el hígado y los riñones, la de ahí es para limpiar la sangre, la de allá para los dolores de la menstruación. Un vademécum botánico en dos pies.

De regreso, a media tarde, nos toca cruzar el centro de Toto en pleno día de mercado. Las calles están llenas a reventar de compradores y marchantes. La economía local es notable y envidiablemente autónoma: casi no se ven sucursales de los bancos del sistema pero destaca, en cambio, la Cooperativa San Miguel (Cosami), segunda en importancia a nivel nacional y gestionada por su propia comunidad de socios agremiados.

Pasaremos nuestra última noche en Quetzaltenango y mañana temprano zarparemos rumbo al lago de Atitlán, Sololá, para lo cual hemos de tomar la ruta Interamericana y seguirla unos cincuenta kilómetros para luego doblar hacia el sur, a la altura de Santa Lucía Utatlán. “Váyanse por el lado izquierdo de la carretera”, nos aconseja un experimentado viajero que va y viene todas las semanas desde Toto hacia la capital, y se conoce el camino de memoria: “El lado derecho está lleno de baches”.

Y no exagera: el tramo en cuestión es un monumento a la desidia y al latrocinio de seis gobiernos

consecutivos. La autopista lleva quince años en obras, y no la terminan todavía. Los cortes verticales abiertos en la montaña por Solel Boneh, una de las compañías adjudicadas para hacerse cargo de pavimentar el tramo, han ocasionado decenas de derrumbes que se repiten cada vez que viene la temporada de aguaceros. En septiembre del 2010 alrededor de doscientas personas murieron soterradas tras el desplome de un cerro a la altura de Santa Catarina Ixtahuacán, Sololá. La justificación oficial refiere que este tipo de siniestros se producen a causa del exceso de lluvias, pero basta con abordar a un especialista para confirmarnos que esos cortes verticales, sobre todo cuando están recién hechos y el material desprendido es todavía abundante, necesitan gradas para que el agua pierda su fuerza al caer por el declive. La empresa no dio explicaciones públicas, no asumió responsabilidad alguna, no ofreció indemnización para los deudos de las víctimas.

[Sigue en el capítulo 19]

Les presento a Héctor, a Rosa –su mujer– y a sus tres hijos. Durante algunos años vivieron en un terreno baldío, propiedad de un ex banquero, en el que supuestamente iba a construirse un complejo residencial que por razones desconocidas nunca se llevó a cabo. El dueño les permitió levantar ahí un cuartucho de tres por tres metros a cambio de servir como guardianes. Afuera, a la intemperie, contiguo a la covacha habilitaron una cocina con materiales que encontraron tirados en la basura. No tienen luz, ni agua, ni drenajes, ni letrina. Cada mañana, Rosa tiene que bajar al río a lavar y a recoger agua para el consumo familiar.

Hasta ahí, digamos, todo ‘normal’: es la realidad de millones de familias en Guatemala. De tanto verla, el resto de nosotros (los que sí tenemos techo seguro y condiciones de vida más o menos dignas) hemos terminado acostumbrándonos a la miseria ajena, considerándola parte del paisaje: algo ‘inevitable’, pensamos. Lo que destaca en este caso particular es el contraste entre el hábitat en el que vive la familia

de Héctor en comparación con su entorno inmediato. Y es que el terreno baldío se ubica en una de las zonas boscosas más exclusivas que rodean la ciudad capital de Guatemala.

A menos de 800 metros en línea recta está la fastuosa mansión donde hasta hace poco, antes de pasar a ser prófugo de la justicia, vivió el ex ministro Alejandro Sinibaldi en compañía de su esposa e hijos. Las fotos que publicaron los periódicos mostraban el jardín inmenso con columpios y piscina, la casa de tres niveles y amplios ventanales, el salón de juegos, el parqueo para varios carros, los baños con jacuzzi; en fin, exquisiteces así. Cuesta abajo, después del puente por donde pasa el río está la residencia de un alto ejecutivo de la Cámara de Industria. Y a escasos cincuenta metros de la champa de Héctor, en el interior amurallado de un predio enorme con vistas a la ciudad se eleva la casona de otro ex ministro, Carlos Meany, que acostumbra ir y venir desplazándose en helicóptero.

Podría decirse, entonces, que Rosa lava y cocina y se asea a ella misma y a los suyos con las aguas fétidas de un arroyo percutido, en cuyo caudal desembocan (no oficialmente, por supuesto) los excrementos e inmundicias de los ricachones asentados alrededor. Una modalidad de reciclaje muy poco ortodoxa.

Otros cincuenta metros más allá, pasando la casa del ex ministro Meany, al fondo del callejón se hospeda otra familia, compuesta de papá, mamá, dos hijos pequeños, muy mimados, y dos espléndidos canes Gran Danés cuyo costo de alimentación y de cuidados diarios es equiparable a lo que Héctor y los suyos consumen en una semana.

Tratar de comunicarse con Héctor es un ejercicio, más que infructuoso, casi surrealista. Sonríe todo el

tiempo, como si le faltara algún tornillo. Incapaz de hilar tres frases inteligibles, uno se queda con la duda de si tiene miedo de expresar lo que piensa o si en realidad eso de pensar no muy se le da. Tal vez las palabras no son lo suyo. Tal vez es de esos casos de personas con déficit mental por no haber sido debidamente alimentadas durante la primera infancia. Lo más probable es que a sus hijos les espere un futuro parecido. Rosa, en cambio, denota más luces al hablar; pero, claro, ella es mujer y su posición en la jerarquía patriarcal la obliga a abnegarse, resignarse, obedecer y callar.

Y a abrir las piernas, por lo visto. Cierta día, Rosa se quejó de insoportables dolores en el vientre y tuvo que ser llevada al hospital. Estaba pariendo a una niña, que murió de desnutrición a los pocos días.

Meses antes de eso, el mayor de los hijos de la familia que vive al fondo del callejón (sí, la de los dos perros Gran Danés) iba en el carro con la madre, debidamente resguardado de todo peligro en su sillita ajustable. Volvían, ambos, del súper. Previo a doblar la esquina, al pasar por el baldío, el niño miró a través de la ventana y se fijó en una niña correteando alegre, despreocupada entre la maleza. Habrán hecho contacto visual, tal vez. Se habrán saludado con la mano. La escena se repitió dos o tres veces más en las semanas sucesivas hasta que el deseo se impuso y el niño le dijo a su mamá:

—Mami, yo quiero jugar con ella.

La madre accedió sin pensárselo demasiado. Cuesta creerlo, pero todavía quedan personas de clase acomodada capaces de obrar con candidez y sin prejuicios.

Todo esto lo sé de primera mano porque el marido, que es amigo mío, me lo contó con todas las dudas y

renuencias que a la esposa le faltaban. El niño y la niña empezaron a conocerse en territorio neutral primero, persiguiéndose el uno al otro en la calle apenas transitada, retozando entre la hierba. Poco después ocurrió lo inevitable: el niño quiso invitarla a casa y la madre no pudo —o no quiso— negarse, de modo que con el tiempo fue convirtiéndose en algo cada vez más frecuente el ver a la niña pasando mañanas y tardes enteras donde sus vecinos, maravillándose primero, familiarizándose después, poco a poco, con animales, juguetes, bocadillos, lujos y esplendores mucho más allá de su horizonte de posibilidades.

Rosa, como cabe imaginar, asumió aquella rareza del destino cual bendición caída del Cielo y se aferró a ella de la mejor manera que pudo, siempre respetuosa, siempre pendiente de no importunar, de no pasarse de la raya; aunque procurando asimismo dar la altura y corresponder dando muestras notorias de gratitud y buena disposición, de modo que el vínculo pudiera seguir saludable y fuerte. La madre del niño, por su parte, se esforzó todo lo que pudo en vaciarse de prejuicios y no inhibir a los pequeños en el proceso de cultivar su atípica pero genuina amistad. La mayor recompensa de ella era ver cómo los ojitos del hijo brillaban de emoción cada vez que, siempre invitada por él, su amiguita llegaba de visita a jugar a la casa.

Con el paso del tiempo, fueron sobre todo las diferencias propias de la edad, sumadas también al abismo cultural que crecía cada vez más entre el uno y la otra, lo que por fin acabó por distanciarlos paulatinamente hasta casi extinguir la camaradería que alguna vez hubo entre los dos.

Ella se llama Leydi Estéfany, y hoy tiene nueve años cumplidos (dicen que las pretensiones de los pobres se reflejan en los nombres que les ponen a sus

hijos, mientras que las de los ricos se ven reflejadas en los nombres que les ponen a sus mascotas... y a sus yates). Él se llama Mateo y, aunque cuatro años menor, supera en estatura a su otrora gran amiga y ya sabe leer y escribir tanto en español como en francés. Dejaron de verse desde que ya no son vecinos.

Y es que el siguiente revés para Héctor y su familia fue el desalojo: al no concretarse el proyecto inmobiliario, la función de guardianía se hizo innecesaria y, así, de la noche a la mañana Héctor se quedó sin ingresos, sin terreno y sin casa. Como pudo, en su confusa jerigonza rogó y rogó, pero fue en vano; el dueño se mantuvo en sus trece. Agarraron entonces los pocos bártulos que tenían y se fueron a Villa Nueva. Ahí están ahora, en una champa similar a la anterior.

Me contaron que Rosa trabaja en una tortillería. Le pagan 25 quetzales diarios. Que Héctor se ofrece a destajo donde puede, en donde sea, a veces como ayudante de albañil, a veces recogiendo basura. Su más reciente oficio es picar piedra. Que piensan casarse, para dejar de estar solamente 'unidos'. Me late que se adhirieron a alguna secta evangélica que, de alguna manera, les ofrece cierto colchón material y espiritual. La mamá de Mateo se ofreció para comprar los anillos y el velo. Rosa no cabía en sí de la alegría.

Lo último que supe de Héctor y sus hijos es que los vieron ahí por la salida al Pacífico, él subiendo una pendiente, caminando con un gran mecapal a cuestas, ellos detrás, con sendas bolsas que parecían pesarles bastante. Era día de pago, y justo venían de abastecerse de víveres en el mercado. Se les notaba de buen ánimo, Héctor con esa sonrisa perpetua esculpida en el rostro, los hijos contentos porque habían podido comprar azúcar.

Suena el despertador, y la alarma es como una bofetada, un taladro, un latigazo que te sacude arrebatándote de las nubes de algodón donde te hallabas gratamente inmerso. Tras el manotazo de rigor vuelve el silencio, das media vuelta y te desconectás otra vez del mundo y sus presiones, sus demandas, sus plazos perentorios, su tiránica y decadente realidad.

Para muchos, es el momento más sublime del día. Lo fue también para mí, durante algunos años. Sentía delicioso darle la espalda a las obligaciones, emanciparme de lo concreto, flotar en una especie de líquido amniótico tibio y almibarado, a medio camino entre el desvanecimiento y la vigilia; saberme libre y soberano, navegando apaciblemente, corriente abajo, en un soma etéreo donde las coordenadas del tiempo y del espacio son otras: ¡Cuánta eternidad podemos acariciar en esos cinco o diez minutos que tardamos entre las chamarras, antes de dar el salto y entrar otra vez, como cada mañana, en la dimensión lineal de los relojes! ¡Qué vastedad de territorios fabulosos recorreremos con la imaginación sin siquiera movernos de la cama!

Nunca somos tan libres como en esos instantes que le robamos a la matriz de la eficiencia productiva, enajenándonos de su enajenación. El timo lo percibimos como la victoria de un David contra un Goliat. La sensación de gozo es estupenda, la plenitud es infinita. ¿Por qué? Supongo que, muy en el fondo, al vernos entre la espada y la pared, en una encrucijada implacable que nos grita: *o trabajás, o te morís de hambre*, nos llega la revelación y comprendemos, entonces, lo cerca que estamos de la esclavitud y lo lejos que nos hallamos de una existencia autónoma.

Como toda la gente que se dice ‘normal’, yo fui uno de los que mordió el anzuelo de pensar la realidad del mundo como un tren bala propulsado hacia el ‘futuro’, y de pensarse a sí mismo como uno de los vagones de ese tren, motivado/presionado por las circunstancias a fijarse metas, a exigirse resultados, a verse en perspectiva, a alcanzar ‘el éxito’ (lo que sea que éste signifique), a concebirse como *proyecto*, a querer ir siempre más allá de este acá.

La crisis existencial de los 30 años yo la tuve a los 27. Vivía con mis padres aún, sin ocuparme de gastos de comida ni de hacer la limpieza ni de secar la ducha ni de lavar la ropa ni de estirar las sábanas. Trabajaba como redactor creativo en una agencia de publicidad, ganaba razonablemente bien, el ambiente en la oficina era inmejorable, tenía mi carrito pagado a plazos, recién había logrado graduarme de la universidad, el amor tocaba otra vez a mi puerta. Me sentía a gusto, bien instalado, dueño de mi propio lugar en el mundo, apreciado por lo que hacía, querido por los amigos. Tenía lo que se dice un promisorio futuro por delante, y bastaba con no tropezar para que el porvenir me augurara más de lo mismo: dinero,

comodidades, una carrera, estatus profesional, una posición en la sociedad.

Pero había un problema. La publicidad me gustaba, me salía bien, pero no me movía la entraña. Lo que entonces me hacía palpar era el cine. Solicité dos o tres becas que no obtuve, la mujer que derretía mi corazón resultó poniéndome los cuernos, me imaginé a diez años plazo como delfín en un acuario, anquilosado en mi zona de confort, apopléjico casi, sin más horizonte que la continuidad y la rutina... y decidí mandarlo todo a la mierda: la publicidad, el cine, el trabajo, el carro, la novia.

Fue a finales de mayo de 1998, lo recuerdo muy bien. Acababan de matar a Gerardi. Se cumplían treinta años de las consignas situacionistas que buscaban llevar la imaginación al poder. Salí de casa, mochila al hombro, tomé un bus de parrilla que me llevó a la Terminal y bajé ahí, sin saber muy bien a dónde ir, dispuesto a montarme en la primera camioneta que llamara mi atención. Vi una que decía GUATEMALA – SAN PEDRO LA LAGUNA y supe que el norte de mi brújula estaba decidido.

Seis meses anduve en aquel poblado de ensueño, al que seguiría volviendo muchas veces más. Si bien entonces San Pedro era ya una de las mecas regionales para el consumo de todo tipo de sustancias psicotrópicas, yo aproveché el retiro no para clavarme en las drogas sino, todo lo contrario, para desintoxicarme de hábitos, pautas, modelos, valores y normativas que me tenían en el fondo de un pozo, preguntándome qué hacer, en qué creer, hacia dónde ir, por dónde empezar...

Conseguí trabajo a destajo como profesor en una escuela de español y el resto del tiempo, que era bas-

tante, lo dediqué a repensar prioridades y expectativas. Fue un periodo poco productivo en lo económico si se quiere, pero enormemente fructífero si hago balance y me pongo a considerar lo claro y fortalecido que salí de él. A la luz del rumbo que fue tomando el mercado laboral en los años siguientes, entiendo la importancia de haber tomado esa pausa en el camino para reinventarme. Quién sabe en dónde estaría hoy de no ser por ese punto de inflexión: en una oficina probablemente, siguiendo la inercia del sistema, sin saber cómo bajar de ahí, sin atinar centro en mis pulsiones interiores.

¿Hasta qué punto –se pregunta M. Foucault en sus cavilaciones sobre el ejercicio del poder– el criterio disciplinario, normativo de las cárceles pasó a convertirse en la forma canónica que rige a la sociedad toda? Tal vez el ‘Estado democrático’ en el que vivimos es una gran cárcel, y el modo en que los dispositivos de poder al interior de una cárcel cualquiera van generando adiestramiento, domesticación, cuerpos dóciles y económicamente rentables, ‘productivos’, no es muy diferente a las formas en que vivimos en nuestras sociedades ‘abiertas’. Tal vez la cárcel más eficaz es la que no se ve ni se siente, porque la tenemos instituida, normalizada.⁸⁰

Vivimos en la *sociedad del cansancio*, postula el filósofo Byung-Chul Han; una fase histórica particular en la que la propia libertad genera coerciones. “En nuestra época, el trabajo se presenta en forma de libertad y autorrealización. Me (auto) exploto, pero creo que me realizo”. El primer estadio del síndrome

80. Estas reflexiones las recojo de una cátedra ofrecida por el docente argentino Darío Sztajnszrajber.

de agotamiento—explica—es la euforia: “Entusiasmado, me vuelco en el trabajo hasta caer rendido. Me exploto a mí mismo hasta quebrarme. Y esa auto-explotación es más eficaz que la explotación ajena denunciada por el marxismo, porque va acompañada de un sentimiento de libertad”.

¿Quién va a resistirse al sistema que lo subyuga si ese yugo se percibe como libertad? He ahí el golpe maestro del capitalismo en su fase actual: “La técnica de poder no es ni prohibitiva ni represiva, sino seductora; no niega ni reprime nuestra libertad, sino que la explota”.

Oriundo de Corea del Sur, Han hace referencia a la enorme presión competitiva y de crecimiento que se sufre en su país, aquejado —asegura— por el índice de suicidios más alto del mundo. “La gente no puede aguantar ese estrés, y cuando fracasa no responsabiliza a la sociedad, sino a sí misma”. De ahí que apuesten por quitarse la vida como ‘solución’ a su tragedia.

No muy lejos de ahí, en Tokio, capital de Japón, es común ver en los corredores internos de las estaciones del metro cada noche a cientos de ejecutivos vestidos aún de camisa blanca, saco y corbata, sentados en el suelo, recostados en las paredes, desfallecientes, rendidos de sueño, dormitando sin fuerzas siquiera para alcanzar a encaramarse al vagón que los conduce de vuelta a casa. Son oficinistas que, además de sus cuarenta horas reglamentarias por semana, se consumen a sí mismos trabajando hasta ochenta horas más: ciento veinte horas semanales, casi dieciocho horas diarias. Son muertos en vida que empeñan el presente en nombre de un futuro que quién sabe si sabrá recompensarlos como merecerían. En *Los cuervos de Sangenjaya*, el escritor salvadoreño Horacio Castellanos

Moya cuenta que al menos dos veces por semana el metro se retrasa por los suicidios de pasajeros que se lanzan a las vías. Así de elevado es el precio que han de pagar los ciudadanos de países resueltos a no cejar en su empeño por ir a la cabeza en el tren del éxito y el desarrollo.

Desde una perspectiva similar, la brasileña Eliane Brum agrega: “El jefe nos alcanza en cualquier lugar, a cualquier hora. La jornada de trabajo no acaba nunca. Nos hemos esforzado libremente y con gran ahínco para alcanzar la meta de trabajar veinticuatro horas, siete días a la semana. Ningún capitalista había soñado tanto. Logramos una hazaña sin precedentes: ser amos y esclavos al mismo tiempo”. En nombre de términos falsamente emancipadores, tales como ‘iniciativa empresarial’, o de eufemismos perversos, como la ‘flexibilización’ –prosigue Brum–, crece el número de ‘autónomos’, libres tan sólo de matarse trabajando. Y concluye: “Hemos llegado a la paradójica libertad de ser esclavos”.⁸¹

Control social, adiestramiento, domesticación, cerebros dóciles, cuerpos productivos, y un manejo de la autonomía personal que se agota en la dudosa ‘libertad’ de consumirse trabajando... y de realizarse consumiendo: “Tal vez la cárcel más eficaz es la que no se ve ni se siente, porque la tenemos instituida, normalizada”. Hay ideas que te mueven el piso y permanecen un buen tiempo dándote vueltas en la cabeza.

Años más tarde, a finales del 2005, sufrí otro revés que, por fortuna, supe aprovechar a mi favor. Vivía solo, en un apartamentito de la zona nueve, y

81. *El País*, 8 de julio del 2016.

para entonces, después de conocer de cerca el medio audiovisual y participar en algunos rodajes, tenía bastante claro que lo que me gustaba no era tanto el cine, sino escribir. Cumplía varias asignaciones en simultáneo; periodismo, sobre todo. De pronto, en cuestión de días perdí mi fuente de ingresos más importante, y el casero subió la renta del piso. Hice cálculos: ya de por sí, el alquiler absorbía casi la mitad de mis estipendios. Por lo demás, mis gastos eran más bien escasos.

¿Qué hacer, entonces? ¿Ceñirme a lo que aconsejan los manuales de éxito? ¿Recapitalizarme a como diera lugar? ¿Cambiar de oficio, buscarme la vida de otro modo? ¿Hacer llamadas, enviar currículos, tocar puertas, salir a la calle dispuesto a (casi) cualquier cosa con tal de obtener una buena posición, una buena tajada? ¿Negociar la integridad a cambio de dinero? Nada de eso. Al contrario, ya desde hacía algún tiempo venía sintiendo pellizcos en la conciencia por aceptar encargos con los que no me identificaba: una revista de bodas, otra para empresarios jóvenes, suplementos comerciales, semblanzas estereotipadas sobre el mundo de la moda, de los viajes, de la mujer. Era como estar de vuelta en el gremio plástico, fatuo y mentiroso de la publicidad. Un mercenario de la pluma, vaya. Bien dicen que uno de los rasgos que define al profesional en los tiempos modernos es su habilidad de actuar mecánicamente, sin reaccionar, sin verse implicado en lo que hace, sin dejarse afectar por el desenlace de cuyo proceso forma parte y cuyo resultado contribuye a producir.

Supongo que el gafete de ‘profesional moderno’ no me va. No sé si podría ser uno de esos cirujanos que meten bisturí y operan, sin que les tiemble el

pulso, a un paciente moribundo. A los médicos se les recomienda no intervenir a miembros de su propia familia, y puedo entender el porqué: la aprensión ofusca el sano juicio y limita la pericia. El efecto puede ser fatal. Creo que a mí me ocurriría no sólo con la parentela sino con cualquiera. Sé que tampoco la pasaría bien siendo chofer de un capo, o secretaria de un diplomático, o gerente de un monopolio, o pastor de una iglesia, o administrador de un latifundio de palma africana. Hay una capacidad disociativa entre la acción y el sentimiento, propio del ser humano de la era industrializada (causante de su eficacia glacial y metódica, y a la vez de su apatía emocional), que yo sólo consigo desplegar a medias, torpemente. Me pregunto si en ello tendrá algo que ver el hecho de haber crecido no adentro, sino en las afueras rurales de una ciudad –Guatemala, años setenta– que por otra parte no era ni muy cosmopolita, ni muy desarrollada.

Como sea, estoy seguro de que no soy el único bicho raro capaz de sentir esa cosquilla moral, ese conflicto interior que, en mi caso, fue como un resorte que me llevó a explorar otras posibilidades. Me puse a pensar: ¿Tengo deudas? No. Esa lección la había aprendido ya en mi época de publicista despilfarrador. Después de hacer diabluras con algunas tarjetas, me asusté y a tiempo decidí cancelarlas todas. La última fue la que más costó. Usureros profesionales. Fue una amarga experiencia. De ahí me quedó claro que nunca somos plenamente libres mientras tengamos cuentas por pagar. El mercado consolida su poderío seduciéndonos con atractivos señuelos (*compre hoy, pague mañana*), y de este modo nos tiene sumisos, dependientes y babosos. Creo que fue Marx el que dejó sentado que el crédito es la expansión del capital por afuera de sus

márgenes naturales. Desde entonces juré no volver a endeudarme, y por dicha lo he cumplido. Las deudas no me dejan dormir tranquilo.

¿Hijos? No que yo sepa. Y eso, en tiempos de vacas flacas, es un privilegio. No envidio a los que dan el brazo a torcer en nombre del amor, del compromiso; los que claudican de sí mismos por asumir la responsabilidad de sacar adelante a su familia. Están con el agua en la nariz: o empeñan los escrúpulos o condenan a los suyos a una vida que no merecen ni ellos ni nadie. Es muy probable que, en su lugar, yo haría lo mismo.

¿Empresas?, ¿inversiones?, ¿contratos firmados?, ¿juicios pendientes? Tampoco. No me pregunten cómo, pero me las arreglé para llegar a la edad adulta sin mayores ataduras materiales. Una vez me dije: a falta de dinero para el seguro médico, la mejor cobertura es mantener una buena condición física, y he intentado obrar en consecuencia.

Lo cierto es que, considerando las variables (a favor tanto como en contra), caí en cuenta de una opción ajena a todo lineamiento establecido. *Pensar fuera de la caja*, es que le dicen: ¿Qué pasaría si, en vez de procurar más ingresos a fin de cubrir mi nivel de vida actual, procediera justo en dirección contraria y me propusiera, en cambio, reducir gastos hasta hacerlos compatibles con los ingresos que percibo? Nada nuevo, en realidad: es lo que los pobres llaman *apretarse el cinturón*. Siendo así, el primer paso, clave para hacer viable todo lo demás, era hallar la manera de no pagar renta, o pagar muy poca, sin que ello supusiera dar un paso atrás y volver a casa de papi y mami.

Barajé varias opciones y me fui por la más radical. Un tío mío, divorciado, misántropo, con quien siempre

tuve buena relación, trabajaba como jefe de taller en una finca de la bocacosta que originalmente había pertenecido a su abuelo. Los tiempos eran otros ya, la propiedad mostraba rasgos notorios de decadencia material y económica, los préstamos e hipotecas y compromisos de pago a los herederos del dueño anterior dificultaban rentabilizar cualquier operación y mantenían tensas las relaciones entre varios miembros de mi familia extendida, carcomidos entre la codicia y la desconfianza. Casi nadie visitaba aquel edén caído en desgracia. Si mucho dos veces al año, para Semana Santa y para las fiestas de fin de diciembre, llegaba uno de mis hermanos con su esposa y los suyos a ocupar el casco principal, compuesto de dos casas enormes, una de ellas construida a finales del siglo XIX, la otra en los años treinta del siglo pasado, poco antes del inicio de la Segunda Gran Guerra; ambas rodeadas de jardines y una piscina con terraza para tomar el sol. El resto del tiempo el complejo bien hubiera podido fungir como centro recreativo al servicio de la comunidad de no ser por los prejuicios de clase: “mucho problema”, “la gente no sabe agradecer”, “les das la mano y te agarran el brazo”, “mejor no, se pueden robar algo”, “no vaya a ser que alguien se ahogue y luego es uno el que tiene la culpa”, “para qué, si van a dejar basura tirada por todos lados”, “Dios nos guarde, ni pensarlo, son muy aprovechados y después ya no hay manera de sacarlos de ahí”...

Una de las casas, la más antigua, estaba a disposición de mi tío, el jefe de taller, quien la recibía en usufructo como beneficio incluido en su remuneración, sin pagar un solo centavo de renta. Él habitaba una parte y mantenía desocupado todo lo demás. Aceptó de buen agrado recibirme como huésped a cambio de una

módica suma para cubrir los gastos de comida. Tampoco pagábamos agua ni electricidad: la finca contaba con dinamo propio y varios manantiales para surtirse.

Me trasladé pocos días después del año nuevo del 2006 sin estar aún del todo convencido de ir en la dirección correcta. La tarde del primero de enero me sorprendió solo en la ciudad, andando a pie, volviendo de la casa de un cuate y con treinta quetzales en la bolsa que debía ser capaz de estirar durante dos semanas más, antes de recibir el próximo cheque que me debían. Recuerdo haberme sentido succionado hacia abajo por las circunstancias; vacío, inseguro, solo. Un forastero tirado con honda. Caminé durante hora y media, unos diez kilómetros o algo así, y a medio recorrido me salió al encuentro el coheterío de las seis de la tarde. Entonces ya no sentí otra cosa más que miedo. Ya se sabe lo violento que puede ser un guatemalteco a la hora de volcarse—religiosamente, como es su costumbre— en la tradición para hacer del rito un exorcismo. Y más violento si ese guatemalteco es un niño, o peor aún: un grupo de ellos. En un instante pasé a ser el blanco favorito de canchinflines, tronadores y bombazos: lo que podríamos llamar una cálida y explosiva recibida. Un mal augurio en aquel momento de mi vida en que se cerraba una etapa y se abría otra.

Una vez mudado e instalado en la casa vieja de la finca las cosas empezaron a andar mucho mejor. Pasaba ahí temporadas de mes y medio, a veces un poco más, que interrumpía brevemente para ir a la capital a entregar facturas, recoger cheques y portarme mal con los amigotes. Luego, de vuelta a una rutina casi militar, impuesta por mí mismo, que arrancaba a las seis de la mañana, concluía pasaditas las once de

la noche y me proporcionaba tiempo suficiente para leer (cultivé el intelecto como nunca, devoré libros, diseñé una especie de pensum de maestría *a la carta*), escribir, comer mis tres tiempos y hacer dos horas diarias de ejercicio.

Lograba sumar entre mil quinientos y dos mil quetzales de ingresos al mes; si viajaba a la capital lo hacía en camioneta, haciendo varios trasbordos, tardando cinco horas en llegar y gastando 45 quetzales en cada ida y otros 45 en cada regreso; pero mis gastos fijos mensuales apenas rozaban los mil quetzales, de modo que podía incluso darme el lujo de ahorrar.

Reduje casi a cero mis hábitos de socialización. Con mi tío, tan ermitaño como yo, nos veíamos apenas a la hora de las comidas. Charlábamos entonces, acompañándonos mutuamente sin estorbarnos en absoluto. La exuberancia vegetal adyacente cautivaba mis sentidos, transportándome a otra época, a otra realidad. Aprovechaba los fines de semana para merodear en derredor perdiéndome en pequeñas veredas, a pata o en bicicleta. El domingo, a la hora del almuerzo, bebía mi único litro de cerveza en toda la semana. Ese era mi pequeño gran gesto de auto-indulgencia.

Aunque, en honor a la verdad, los beneficios que tenía a disposición eran inconmensurables. Mi calidad de vida se elevó a niveles que nunca sospeché. Sin ser dueño de nada, gozaba en uso de los bienes materiales de un terrateniente. A veinte metros de mi cuarto estaba la piscina, cuya agua heladísima era cambiada cada lunes sin falta. Nada mal para un subempleo cuentapropista en situación de desclasamiento: si aquello era descender al nivel en el que se encuentran los pobres (sin rentas, sin haciendas, sin futuro, sin

seguridad social ni cobertura para enfrentar imprevistos, viviendo el día a día con lo puesto, ganando por debajo del salario mínimo), mi vida distaba mucho de la de una persona en estado de pobreza si nos ceñimos al sentido estricto de la definición. Aprendí entonces que las cosas no son tanto de quien las posee, sino de quien sabe aprovecharlas, y que la riqueza consiste no en tener mucho, sino en desear poco y echar mano de lo que haya: *Si del cielo te caen los limones*—recomienda el adagio popular—*aprendé a hacer limonada*. Sé que no cualquiera tiene a la mano una finca cuasi abandonada, pero me consta también que muchos clasemedieros al borde de la crisis no se plantean la posibilidad de migrar al campo, o a un poblado más pequeño en la provincia, ni imaginan hasta qué punto esa variación podría contribuir a mejorarles la existencia. La ciudad capital de Guatemala es un pandemonio y uno no lo percibe mientras no se largue de una buena vez de ahí.

Mis únicos enemigos eran los mosquitos, y mi único conflicto era saber que aquella burbuja de opulencia tenía su sostén fáctico en la miseria circundante. La alternativa hubiera sido renunciar al paraíso, que de todos modos no era mío, en nombre de un prurito moral mal entendido, toda vez que, si a rasgarnos las vestiduras vamos, la economía guatemalteca en su totalidad opera como una gran finca en la que unos pocos disfrutan de comodidades ubérrimas, los de en medio fungimos como operadores/proveedores/cómplices suyos, y el trabajo más agotador es realizado por quienes menos ganan.

No quise privarme del Edén en ruinas que tenía a disposición. Aproveché, eso sí, para chuparle rueda al entorno y discurrir poco a poco, entre lecturas y

exploraciones de campo, en eso mismo que me tiene escribiendo ahora: las lacerantes desigualdades que campean en Guatemala mostrándose, lirondas, como la cosa más normal del mundo para quien las disfruta tanto como para quien las padece. A cambio de meterme de cabeza en ese submundo, de intervenirlo, de procurar transformarlo (no estaba en posición de obrar así, siendo un simple huésped ajeno a las circunstancias), lo que hice fue observar, conversar con la gente, hacer migas, tomar apuntes, escribir algunos esbozos etnográficos tratando –eso sí– de no ser demasiado específico, de no revelar mis intenciones, de no delatar a mis fuentes.

Seis años viví en aquel oasis ubicado en Colomba Costa Cuca, Quetzaltenango, a 225 kilómetros de la capital. El sitio arqueológico de Takalik Abaj lo tenía a escasos ocho kilómetros de distancia tomando un camino de tierra directo; la laguna de Chicabal, a quince o veinte kilómetros en línea recta, cuesta arriba (aunque la ruta para llegar es más larga y sinuosa). Escarceos turísticos aparte, lo que más llamó mi atención fue –insisto– la naturalidad olímpica con que cada quien asume ‘el lugar que le corresponde’ en una dinámica de jerarquías socioeconómicas que a los ojos de cualquier fuereño parecieran congeladas trescientos años en el tiempo.

Era como estar de vuelta en la época medieval. Hasta arriba, en el pico de la pirámide, el *patrón* y los suyos: su esposa, sus hijos, sus parientes, sus invitados. Para ellos, la postración, la pleitesía, las más altas muestras de respeto, las más sobradas lisonjas, la obediencia en el acto y sin chistar. Quienes hayan

visto alguna vez *Lo que el viento se llevó*⁸² sabrán a qué me refiero: cualquier consideración es poca, la *servidumbre* debe ser capaz de mover el cielo y la tierra a fin de complacerlos incluso en sus más ínfimos caprichos. Para entender cómo estas relaciones de subordinación perviven en su chocante asimetría hace falta hundirse un poco y bucear en los antecedentes del llamado régimen de colonato.⁸³ Hagamos, pues, un poco de memoria:

Fue el dictador Justo Rufino Barrios quien, a partir de 1871, mandó expropiar los ejidos de los pueblos y convertir la propiedad comunal en propiedad privada, generando con ello un proceso de fragmentación que creó el minifundio, polo opuesto y complemento del latifundio.

Así se fue conformando, con el tiempo, una situación en la cual el minifundio era la forma de subsistir, pero no alcanzaba para todo el año; de manera que tenía que complementarse con la emigración al corte de café. Sólo la desesperación por no lograr sobrevivir con lo poco que sacaban de sus minifundios hizo que estos campesinos empezaran a irse con sus familias a trabajar año con año a la costa. Resultaba paradójico que esta gente regresara siempre sin un

82. Largometraje del realizador Victor Fleming, estrenado en 1939. La historia se desarrolla en torno a una hacienda esclavista del sur de Estados Unidos durante la guerra de Secesión, a mediados del siglo XIX.

83. Se conoce como régimen de colonato al vínculo establecido entre un propietario y un productor que trabaja y vive en una finca determinada y que recibe por su trabajo una retribución que puede ser monetaria, en usufructo de tierra, en especie o en formas combinadas (L. Hurtado: *Dinámicas agrarias y reproducción campesina en la globalización*).

centavo. En muchos casos, los mismos finqueros les proveían los artículos básicos que necesitaban para sobrevivir en la finca; al final de la temporada debían más de lo que recibían. Se comprometían, entonces, a regresar al año siguiente. Los patronos sabían que los indígenas cumplían siempre con su palabra, que jamás dejaban de pagar una deuda, y muchos se aprovechaban de esto para acentuar su explotación y mantenerlos atados a las fincas.⁸⁴

La dictadura de Barrios dispuso también que los pordioseros atentaban contra la moral porque carecían de profesión, oficio, renta, sueldo y ocupación. Medio siglo después otro dictador, Jorge Ubico, presidente de 1931 a 1944, los forzó a trabajar gratuitamente al servicio de los terratenientes. Lo mismo hizo también con los indígenas, los dueños de “terrenos rústicos” y los desempleados, obligándolos a servir, sin goce de salario, “por lo menos tres manzanas de café, caña o tabaco, en cualquier zona; tres manzanas de maíz, con dos cosechas anuales en zona cálida; cuatro manzanas de maíz en zona fría; o cuatro manzanas de trigo, patatas, hortalizas u otros productos, en cualquier zona”.

En efecto, Ubico promulgó en 1934 la tristemente célebre ley contra la vagancia (o *libreta de jornaleros*), que estipulaba la obligatoriedad, para todos aquellos que no cultivaran un mínimo de tierras propias, de demostrar que habían servido por lo menos 150 días al año en las fincas. Para ello se estableció una libreta en la que los patronos anotaban los días trabajados y

84. Gustavo Porras: *Las huellas de Guatemala* (2009). F&G Editores, Guatemala; pp. 42-43.

que el jornalero debía portar siempre para mostrarla de ser requerido. Quienes no probaran estar en activo podían ser forzados a laborar en obras públicas o ser entregados a finqueros para que cumplieran su cuota mínima. La mano de obra infantil cubría una tercera parte de la fuerza laboral guatemalteca en 1940.

Para 1944 el salario del campesino oscilaba entre los cinco y los veinte centavos de dólar al día. El 2% de los hacendados poseía el 72% de la tierra, mientras el 90% de los pequeños propietarios tenían, entre todos, el 15% de los terrenos productivos. Los indígenas en el campo seguían atados a las grandes plantaciones en razón del sistema de trabajo forzado arriba descrito, y aunque la primera Constitución del país, adoptada en 1824, abolía la esclavitud, los sistemas de trabajo rural eran apenas distinguibles de la servidumbre involuntaria.

Gustavo Porras relata hasta qué extremo los indígenas, a mediados de los años sesenta, continuaban siendo explotados. En Cobán, Alta Verapaz, se encontró con un conocido que estaba ahí con su equipo de trabajo para probar, desde un cerro cercano, si se podían captar señales de radio. Necesitados de subir un motor para generar electricidad en la cima, le dijeron a un señor de la comunidad:

—Mire, necesitamos alquilar unas mulas para subir el motor y el equipo al cerro.

Y el tipo les respondió:

—¿Para qué van a alquilar mulas?, con indios les sale más barato. Las mulas cuestan un quetzal mientras que los indios se consiguen por cincuenta centavos.

A la madrugada siguiente llegaron cuatro indígenas con sus mecapales para cargar los equipos sobre sus espaldas. Como entonces el cerro todavía estaba virgen,

mientras dos iban abriendo brecha con sus machetes, los otros cargaban el motor y el equipo, y así se fueron turnando. Al llegar a la cima estaban a punto de reventar. Hacer ese trabajo titánico por míseros cincuenta centavos me parecía inaudito. Con el poco castellano que hablaban me contaron que en las fincas donde mejor pagaban les daban veinticinco centavos por día. Generalmente el salario se reducía a ocho centavos, más una tortilla con una cucharada de frijoles cocidos y una onza de sal. Esa era toda la remuneración para los trabajadores. En la segunda mitad de la década de los sesenta, en cualquier parte de Guatemala, la miseria rural era verdaderamente pavorosa.⁸⁵

Muchas de esas desgarradoras inequidades permanecen aún hoy, así sea mitigadas relativamente. Si me lo preguntan, diría que el yugo heredado como pauta de normalidad no basta para explicar el peculiar vínculo que percibí en ambas direcciones, entre el patrón con el sirviente y entre el sirviente con el patrón. Me refiero, sobre todo, a los empleados de confianza: tras toda una vida de estrecha convivencia es inevitable que florezcan lazos de afectividad. Doy fe. A uno de los anteriores propietarios de la finca donde viví, célebre por su personalidad campechana y festiva, se lo recuerda gratamente, conteniendo el puchero, a más de veinte años de haber muerto. Las empleadas domésticas evitan acercarse de noche al corredor de la casa donde vivía, porque —aseguran— “ahí se aparece el finado patrón”. La frontera angosta entre quienes lo tienen casi todo y quienes no tienen casi nada está ocupada por menesterosos que agradecen,

85. *Op. cit.*, pp. 39-40.

con todo el fervor, con todas sus fuerzas, el hecho de poder optar a puestos de trabajo y salarios que, aunque exigüos, les permiten agenciarse un mínimo de satisfactores básicos inaccesibles para el resto, que viven –literalmente– de lo que logran arrebatarse a la tierra con sus manos. Y sí, por grotesco que pueda parecerles a algunos, en ocasiones esta gente llega a encariñarse sinceramente con sus empleadores. Y viceversa.

“Antes, uno encontraba camaroncillo fácil debajo de las piedras de los ríos, pero ahora ya no hay; la gente se comió hasta la última hierba que crecía en el monte”, me confió un antiguo administrador a quien luego despidieron por abuso de poder: la rancharía contaba con una tienda cooperativista que él tenía bajo su control, de modo que los artículos de primera necesidad se vendían ya no en procura de la economía de la gente sino especulando con los precios para beneficio personal. Aparte de su familia, tenía repartida una marimba de hijos entre varias de las obreras que trabajaban en una pequeña planta procesadora de macadamia, y se valía de su posición para seguir disponiendo sexualmente de ellas. El derecho de pernada, en su gama de variaciones y atenuantes, sigue practicándose –me consta– en contextos donde la única ley es la ley del más fuerte, y el doble perfil del ex administrador es un comportamiento que se repite en todas partes, no sólo en el ámbito de las fincas, como resultado de una estratificación verticalista de las relaciones entre unos y otros: simpático y hasta arrastrado con los de arriba, pero severo y hasta despota con los que tiene debajo, a sus pies literalmente.

La cocinera que nos daba de comer se hacía cargo también de la limpieza de la casa, así como de lavar y

planchar la ropa; eso de lunes a domingo, los 365 días del año. ¿Su salario? 15 quetzales diarios. Arrecha y cumplidora, varias veces le ofrecieron ir a trabajar a la capital o a otras fincas vecinas. Siempre se negó. Estaba encantada de atender a mi tío, con quien se llevaba de maravilla. Chismeaban la tarde entera sentados en la cocina, a veces acompañados de visitas que llegaban de la ranchería con sus pequeños, aprovechando que había café y pan dulce gratis, y un columpio donde entretenerse en el jardín de a la par. Lo más importante para ella era estar cerca de su madre, con quien vivía en una covacha a diez minutos caminando. Por las noches, poco antes de la hora de la cena se incorporaba a la tertulia una señora que luego ayudaba sirviendo la comida y recogiendo los platos. Nos trataba igual que como nos trataba la cocinera, tomando distancia con esa misma subordinación no exenta de afecto sincero; por eso me chocó entender que en un contexto distinto ella bien hubiera podido mostrarse no como ayudante de la empleada sino como tía mía, es decir, progenitora de los hijos de un medio hermano de mi tío. Excelente cocinera ella también, para Navidad preparaba tamales y nos los traía de regalo.

El desamparo y la escasez de la vida cotidiana se suplían con promesas de recompensa espiritual y vida eterna en el más allá. Los refugios de oración y sus bulliciosas asambleas competían para atraer almas en pena y embolsarse los diezmos ofrendados como muestra de gratitud. “Don Andrés, disculpe, ¿usted ha oído hablar de la palabra de Dios?”, me preguntaba una y otra vez cierto mozo ya veterano, que tras media vida de excesos con el alcohol halló por fin sosiego en un templo adventista. Nunca se dio por vencido

conmigo. Llegué a pensar que el pastor le daba algún tipo de comisión por cada persona que lograra incorporar a la hermandad.

A falta de oportunidades, y de motivaciones, el pasatiempo favorito después de la chamusca de fútbol era dilapidar la quincena atascándose de guaro. La vagancia juvenil estaba siendo cooptada por la mara Salvatrucha, que tenía a tres kilómetros de distancia, en el casco urbano de Colomba, su reducto más numeroso de *homies* después de la capital y Villa Nueva. Pintas con aerosol negro reclamaban para sí el territorio. Cargados de gente y mercancías, los picops que transitaban por el camino de tierra eran presa fácil de raterillos encapuchados con armas hechizas, a tal punto que los vecinos afectados se turnaron para montar un puesto de seguridad permanente, que costeban cobrando un quetzal a cada vehículo que pasara por ahí.

Todo trabajo manual era ya no barato, sino casi regalado. Los tamales se vendían a uno cincuenta. El peluquero cobraba cinco quetzales por corte. El sastre, otros cinco por cambiar un zíper. En ocasiones, al bajar del bus y cubrir a pata el tramo agreste de dos kilómetros hasta llegar a mi destino, pasaba por la ranchería de una finca vecina. Eran cuartuchos de madera muy rústicos, dispuestos a la orilla, a veces habitados, otras veces no, dependiendo de la temporada de corte de café. Venían desde San Marcos, me dijo una mujer sentada en el suelo, entretenida en su telar de cintura mientras los hijos correteaban desnudos, a la vera. Les pagaban mal y tarde, según comprobé después.

En cambio, la ranchería de la finca donde me hospedaba era un asentamiento fijo donde la gente

llevaba décadas de haberse instalado sin ser propietaria de la tierra, pero con la venia del patrón. La mayoría habían sido mozos colonos que trabajaron en los años de mayor esplendor, cuando el precio del café se cotizaba alto en el mercado internacional. Algunos de sus hijos o nietos se incorporaban todavía en calidad de ‘eventuales’, es decir, sólo en las épocas del año que requerían mano de obra extra para la cosecha. El resto estudiaba, o trabajaba en otros lados, o parasitaba entre el subempleo, el desempleo, la ociosidad y el pillaje: se rumoraba que muchos de los mareros y asaltantes provenían de ese y otros asentamientos cercanos.

Dejé de vivir ahí y me trasladé de regreso a la capital en octubre del 2011, pero seguí volviendo con regularidad en calidad de visitante. Seis meses después de mi partida la finca había cambiado de manos en dos ocasiones ya. Primero la obtuvo un buitre de origen judío, muy bien conectado con la banca privada nacional, cuyo modelo de negocio consistía en averiguar, con sus amigos, qué latifundios hipotecados tenían atraso en sus pagos con el banco; entonces él llegaba con el propietario y le hacía una primera oferta de compra, sabiendo que muy probablemente la respuesta sería no. Su táctica era esperar hasta que los dueños sintieran la soga en el cuello, entonces volvía y hacía una segunda oferta, muy por debajo de la primera. Así logró comprar, sólo en ese sector, media docena de fincas a precio de quemazón: cualquier capitalista mínimamente avezado sabe que, en pleno siglo XXI, la explotación agrícola basada no en la eficiencia sino en la mano de obra barata está más pronto que tarde condenada al fracaso.

Poco tiempo después tuvo reparos con el fisco por evasión de impuestos, y la demanda en su contra lo obligó a vender las propiedades que tenía. Se las compró, todas, otro buitre que venía obrando de manera similar, y de quien se decía que era ya, para entonces, el terrateniente más grande de Guatemala. La siguiente vez que visité la finca me sorprendió notar los cambios en la administración: el portón de ingreso había sido convertido en una especie de barricada detrás de la cual se parapetaban dos guardias de seguridad bien armados. Había que pedir permiso para entrar, e identificarse. Mi tío seguía ocupando la casa sólo porque nadie más estaba interesado en habitarla. Por las noches se veían las siluetas de los centinelas haciendo rondas por el jardín interior del casco. *El que mucho tiene, mucho teme*, pensaba para mis adentros. A buena hora me fui de ahí.

La ranchería en pleno fue desalojada, y las casas derribadas por completo. De la noche a la mañana los moradores se vieron en la obligación de comprar, entre todos, una franja de terreno perteneciente a una finca vecina, dos kilómetros abajo siguiendo el camino de tierra. Luego se repartieron las parcelas, de media cuerda de extensión cada una,⁸⁶ con tal mal tino que todavía hoy surgen problemas porque nadie previó dejar vías de acceso para las casas del fondo, y algunos de los que viven enfrente sacan provecho de la situación cobrando doce mil quetzales por derecho de paso: más de 1,600 dólares estadounidenses, una fortuna en el contexto de la deprimida economía rural.

86. En una manzana de terreno caben 32 lotes de media cuerda cada uno.

Mi tío se quedó sin trabajo, pero le ofrecieron otro en la planta de procesamiento de macadamia, trasladada a doce kilómetros de distancia. Rechazó la oportunidad aduciendo estar viejo y cansado. Mi casi-tía, por el contrario, sigue de operaria y con eso gana sus centavos, pero le toca madrugar el doble para llegar a tiempo trasladándose todos los días en la palangana de los picops que hacen las veces de transporte colectivo, dando tumbos, a vuelta de rueda, por el camino deteriorado.

Huyendo del trajín, de las colas, de la bulla, procuro pasar las navidades ahí siempre que puedo. Una vez, hace dos o tres años, me contaron que a los empleados de las tres fincas (contiguas la una de la otra, propiedad del mismo dueño y consolidadas bajo una sola administración) les debían dos quincenas. Era época de ponche, tamal y pirotecnia, y muchos no tenían ni para los frijoles. Pensé en el camaroncillo cada vez más escaso en los arroyos, en el monte despojado ya de toda hierba comestible, y entendí por qué el flagelo de las maras, lejos de disminuir, pareciera robustecerse con el paso de los años. Se me hizo imposible no relacionar los fenómenos, sobre todo cuando, meses después, el presunto terrateniente más grande de Guatemala cayó preso por estafar al Estado: había sido miembro del Gabinete de gobierno y se sirvió de su posición para adjudicarse contratos con precios sobrevalorados.

En noviembre del 2015, de visita una vez más por ahí, tuve una epifanía turbadora. Eran las tres de la tarde, más o menos, y una luz entre amarilla y rosada se colaba por entre el follaje que separa la casa vieja del área donde está la piscina, e iluminaba de lado aquella arquitectura decadente, a ratos ruinosa pero

aún en pie, testigo de grandes glorias pasadas. De súbito, la escena empezó a poblarse de niños asomándose curiosos por el área que luce abandonada. Niños en andrajos, o casi, algunos de ellos cargando mochilitas a sus espaldas. Si no fuera por la edad, hubieran podido pasar por migrantes intentando cruzar México. Eran, según averigüé después, hijos de trabajadores temporales venidos de Concepción Tutuapa, al norte de San Marcos, distante seis horas en bus aproximadamente. Sesenta personas. Unas diez familias, incluyendo esposas, chirises y mujeres embarazadas. Ahí estaban, a la vuelta, en la oficina, a la espera de que les recibieran los sacos de café, los rostros mustios, famélicos, la viva estampa de la miseria.

Me acerqué a conversar con ellos. Pregunté de dónde venían, cuántos eran, cuándo volvían a su tierra. Entre bromas y risitas nerviosas contemplé maravillado la cotidianidad de aquel no-instante de espera hasta el momento en que, media hora después, subían todos al camión, ya de por sí cargado de sacos y herramientas, que los había traído como si fueran animales.

Una niña se rascaba insistentemente el ojo izquierdo. Tenía el párpado hinchado y enrojecido. Conjuntivitis, lo más probable. “Pueden llevarla al IGSS”, propuse, sabiendo que a cinco kilómetros de distancia había una modesta clínica para atender emergencias menores. Lo que no sabía es que ninguno de ellos tiene derecho a cobertura médica. ¿Por qué? Porque su patrón no paga la cuota.

“¿De dónde es usted, pues?”, preguntó una mujer. Le conté, pero no me creía. “En avión vino, ¿verdad?”, insistió, y yo insistí en que no. “Yo pensé que en carretón había venido”, se burló alguien más, arran-

cando carcajadas a su alrededor. “¡Es de la mina!”, gritó un tercero, anónimo, resolviendo el acertijo a fuerza de prejuicios: hombre blanco y canche que toma apuntes = empleado de una minera transnacional que viene a despojarnos. Me sentí incómodo y, como pude, zafé bulto volviendo sobre mis pasos. La hechizante luz de media tarde había dado paso a un gris plomizo, como el que antecede a los diluvios.

No sé de nadie que haya obtenido un mejor retrato de la clásica familia latifundista que el que hizo Mikael Wahlforss hace 35 años, en 1983, cuando entrevistó a tres generaciones de los Ralda para su documental *Ensueños blindados*. Manuel Ralda Ochoa, patriarca del clan, exponía la manera en que logró hacerse de tantas fincas: “Se hizo a base de factor suerte, no porque uno fuera capaz, pues fuimos comprando; compramos una finca, después compramos otra. Tal vez se aprovechó en aquel entonces en una crisis que nada valía nada, entonces yo fui comprando las fincas, que me las daban fiadas, no las compraba al contado, pero tuvimos la suerte de que en un año, dos años, todo fuera subiendo”.

Pero el segmento más revelador es en el que aparece el hijo de Ralda Ochoa acompañado de la esposa, de origen estadounidense. En un español bastante limitado, Wahlforss le pregunta a la señora:

—¿Qué es la diferencia para un americano vivir aquí en Guatemala?

Ella responde:

— Bueno, eh... no trabajas.

Ralda sale al paso, tratando de suavizar el desparpajo de su mujer:

—Eso es lo que más te gusta.

Todos ríen. Ella se excusa:

— No, yo trabajé antes que me casé. Ya fue suficiente.

Y prosigue, en español defectuoso, ofreciendo detalles de su rutina diaria:

—Bueno, salís y hay muchas clases de pintura, de *dancing*, ballet, *photography*, natación, equitación, tenis; y todas mis amigas, de las ocho de la mañana hasta las doce, está lleno de clases y tés y cosas así. Y después, recoger a los niños como a las dos de la tarde al colegio y tienen estudio toda la tarde. Es una vida más lento que en Estados Unidos, porque en los Estados todos trabajan y todos tienen sus horas rápidos, media hora de comer y a trabajar; en cambio, aquí tienes dos horas o todo el día.

Por último, Carlos Ralda, el heredero del heredero, un niño de ocho, diez años si mucho, que ahora ha de tener ya más de 40. Pregunta Wahlfors:

—¿Qué quieres ser cuando seas adulto?

Responde Carlitos, sin titubear:

—Voy a trabajar con mi papá en la hacienda de los Ralda.

—¿En las fincas?

El niño asiente con la cabeza.

—¿Cuántas fincas tiene tu papá?

—¡Úuuuuuuu!, montón.

Se acerca la Navidad. Te deben dos quincenas. La última vez que te pagaron fue a mediados de noviembre. Estás con menos de diez quetzales en la bolsa. ¿Qué rayos vas a hacer para alimentar a tus hijos?

Nada que ver con los Ralda. Es sólo que no logro arrancarme esa idea de la cabeza.

En el kilómetro 148 de la ruta Interamericana (en realidad es un poco más allá, casi llegando al 150), a la altura de Santa Lucía Utatlán, Sololá, hay un desvío que conduce a Santa Clara La Laguna, municipio de habla k'iche', y a Santa María Visitación, territorio kaqchikel, pueblos históricamente confrontados entre sí debido a intrigas cuyo origen se remonta a los tiempos de la conquista española. Luego empieza el descenso serpenteante y vertiginoso por un camino a ratos demasiado estrecho para ser de dos carriles, al que recubrieron con asfalto hace tan sólo diez años pero que ahora, por exceso de uso y nulo mantenimiento, se encuentra literalmente hecho polvo, cundido de baches, tramos de grava suelta e intervalos a medio pavimentar.

Abajo se vislumbran, apacibles, impertérritos, los pueblos asentados al oeste del lago de Atitlán: San Pablo La Laguna, San Marcos La Laguna, San Juan La Laguna, San Pedro la Laguna. Uno cree que va bajando la ladera empinada de una montaña pero no:

son restos de volcanes reventados por una explosión de proporciones bombásticas, jupiterianas, ocurrida hace ochenta mil años aproximadamente. Una enorme caldera subterránea dormía por debajo de los macizos que despuntaban en esta zona en aquel entonces, hasta que el agua filtrada desde la superficie, al calentarse en contacto con la materia incandescente que yacía en el fondo, generó tanto vapor que la presión interna fue insostenible. Vestigios minerales del estallido resultante han sido encontrados en los sedimentos del fondo del lago Petén Itzá, e incluso en lugares tan remotos como Panamá. Unos doscientos kilómetros cuadrados de vegetación fueron súbitamente borrados del paisaje. La mayoría de los ecosistemas preexistentes murieron a raíz del cataclismo.

La gran caldera quedó, así, expuesta a la intemperie. Con el tiempo, el agua que bajaba de los ríos acabó por enfriarla del todo hasta convertirla en roca sólida. Es el origen, hace 35 mil años, del lago de Atitlán, paraíso natural en progresivo deterioro que en su momento el escritor británico Aldous Huxley tuvo la osadía de describir como el más bello del mundo. En los últimos puntos aún hirvientes de la caldera se formaron, más adelante, los tres volcanes que hoy conocemos: el San Pedro (hace 30 mil años), el Tolimán y el Atitlán (17 mil años), además del llamado Cerro de Oro, domo de lava surgido hace unos cinco mil años.⁸⁷

87. Con información del vulcanólogo Christopher G. Newhall, del *Earth Observatory* de Singapur y del geólogo David A. Hodell, de la Universidad de Cambridge; así como de Juan Carlos Godoy Herrera, del Centro de Estudios Conservacionistas de la Usac.

Descendemos, poco a poco, bordeando cerradísimas curvas, la pared casi vertical de roca fracturada que alguna vez fue entraña de volcán. “Todas las laderas de cañones y de la caldera son sumamente inestables y propicias a deslizamientos, lo cual implica que son zonas de alto riesgo para infraestructura y viviendas”, concluye un estudio para el ordenamiento territorial de los municipios de esta cuenca.⁸⁸ Cada vez que paso por acá, el paisaje embriagador que se ofrece a la vista justo delante me deja estupefacto. Es de una belleza prístina, vulgar casi, como la de aquellas postales *kitsch* con los colores alterados a base de filtros y efectos de *Photoshop*... con una gran diferencia: esto que tengo ante mis ojos es, en cambio, inconcebiblemente real. Cercano. Palpable.

San Pedro La Laguna ha crecido bastante desde que viví ahí hace dieciocho años. Yo recuerdo matorrales de café, plantaciones de cebolla, mucho menos circulación de vehículos, poquísimos casos de delincuencia común, cero zumbido impertinente de *tuc-tucs*, una penetración evangélica apenas sugerida en el nombre de uno que otro colegio u hotel, y montones de perros en jaurías a veces temibles. Ahora quedan los cafetales que flanquean, polvorientos, el camino en pésimo estado; de los campos de cebolla no veo ni rastro; montones de buses y motos y *tuc-tucs* y picops van y vienen dando tumbos, sorteando baches; una calzada de cemento construida justo antes de ingresar al casco urbano, y que desvía por un lado a los que entran y

88. Juan C. Skinner: *Bases para el ordenamiento territorial de los municipios de la cuenca del lago de Atitlán: una visión de manejo sustentable del lago* (2010), p. 75. Universidad Rafael Landívar, sede Quetzaltenango.

por otro a los que van de salida; una cantidad escandalosa de templos evangélicos y paredes pintadas con frases bíblicas; un comercio local muchísimo más nutrido; hordas de mochileros que llegan a instalarse unos meses atraídos por los precios, la fiesta, el menudeo de drogas, las costumbres relajadas y el colorido de la naturaleza; cierto predominio de turistas y comerciantes hebreos; un apogeo invasivo de bares y comedores y puestos de artesanías y talleres de tatuado y ventas de artículos de primera necesidad; feas construcciones de block desnudo, gris, que se levantan por doquier dos, tres, cuatro pisos por encima del suelo; un sistema de tarifas reguladas para evitar abusos en el cobro de los pasajes para transportarse en lancha; ruinas de paredes y techos engullidos por el lago, cuyo nivel ha crecido varios metros; la misma sobrepoblación canina y mucho, muchísimo más bullicio en las calles.

Las garras del alcoholismo y el abuso de otras drogas duras han hecho mella ya no sólo en los extranjeros que acaban quedándose a vivir acá, sino también en la juventud local, que no duda en ofrecerse de enlace para la compraventa de narcóticos como una manera fácil de costear sus adicciones. Otros jóvenes, en cambio, igualmente hartos de la constreñida tradición heredada por sus padres y abuelos, ensayan formas menos drásticas para escapar de un futuro que los ata a la tierra y los condena a la pobreza. Es el caso de los tuctuqueros, una manera potencialmente redituable y socialmente permitida de apartarse del rebaño. Conozco a decenas de ellos, patojos en su mayoría, ninguna mujer, repartidos en San Marcos, San Juan, San Pedro, Santiago, San Lucas, San Antonio, Santa

Catarina y Panajachel. La historia es casi siempre la misma y se parece mucho, por ejemplo, a la de Evaristo:

Pertenciente a una familia de campesinos kaqchikeles analfabetas, llegado a la pubertad Evaristo se rebeló contra la piocha y el azadón. Algo, sin duda, tuvieron que ver las nociones básicas (leer, escribir, sumar, restar, multiplicar, dividir) que aprendió en la escuela junto con otros seis hermanos suyos, liberados también, cada uno a su manera, del cultivo de la tierra como medio único de subsistencia. Evaristo no fue el primero de la familia en desertar, pero sí el que la ha tenido más clara desde el principio. Adelantándosele, varios parientes cercanos decidieron ir a probar suerte a Estados Unidos. Dos de ellos perdieron la vida en el camino.

Haciendo acopio de algo de dinero que cayó en sus manos vía remesas, sumado ello al préstamo que obtuvo de cierto cacique local con quien trabajó hace años, realizando oficios domésticos, por fin Evaristo juntó lo necesario para enganchar un *tuc-tuc*. El resto espera irlo pagando de a poquitos con lo que gane llevando y trayendo pasajeros. ¡Hay que verlo sintiéndose ungido y orondo al timón de su nave, adornada con calcomanías y luces de colores! Quién sabe cuánto tardará en salir, si es que puede, de deudas. Quién sabe si logrará *pasar de zope a gavián*: la posmodernidad es cautivadora, la idea de ser taxista es atractiva y cada vez hay más competencia.

No son pocos los sampedranos que, al ver amenazadas sus raíces, sus costumbres, su cultura, y preocupados por la decadencia estética y la contaminación ambiental de su comunidad, han querido afrontar el problema y hallarle soluciones. Mauricio Méndez Puac, alcalde municipal desde hace diez meses, es uno

de ellos. A media mañana nos citamos con él en su despacho. Vamos muy a tiempo, ingresando al centro del casco urbano, donde la apretazón nos estanca y terminamos dilatándonos un poco. Llamamos para excusarnos. El alcalde nos espera ya, y gira instrucciones para que podamos aparcar el picop a un costado del ayuntamiento. Se lo agradecemos infinitamente, sabidos del montón de equipo que hemos de subir por las gradas.

Mauricio es el signatario y principal promotor del Acuerdo 111-2016 para la erradicación de la bolsa plástica, el duroport y la pajilla. “Las cámaras empresariales nos critican”, admite; “pero más del sesenta por ciento de la comunidad nos apoya”. Sabe que San Pedro depende en buena medida del turismo, y entiende la importancia de la sustentabilidad ambiental para garantizar el flujo de visitantes. Es consciente, además, de que una certificación verde se traduce en más y mejores oportunidades para comercializar el café que se cultiva en las faldas del volcán.

Al asumir el cargo –nos cuenta– le tocó inaugurar la planta de tratamiento, que tenía una proyección de veinte años de vida útil. Seis meses después se dieron cuenta de que su capacidad estaba a punto de llegar a la mitad. ¿El tipo de basura más abundante? Bolsa plástica, *duroport* y pajilla. “La cultura de separación de desechos venía impulsándose desde administraciones anteriores, pero no en serio”, explica. “Por costumbre no se hacía, por necesidad tampoco; entonces probamos por imposición. La prensa nos comprometió al denominarnos municipio ecológico. No lo somos, pero esa es nuestra meta. Yo soy ave de paso y me voy en tres años, pero la idea es que la próxima corporación municipal tome la estafeta y consigan volver a usar

los materiales que utilizaban nuestros abuelos: la hoja de maxán, la portaviandas, la servilleta, el morral. La diferencia es que el plástico tarda 150 años en degradarse, mientras que la hoja de maxán es reciclable, orgánica”.

Tz’utujiil de nacimiento, y arquitecto de formación, Mauricio lleva doce de sus 43 años involucrado en la política. Fue presidente de la Asociación de Estudiantes de Arquitectura de la Universidad de San Carlos, en la capital, donde estudió tras graduarse en el Colegio de Infantes. “Ahí conocí la discriminación y sentí el deseo de volver a San Pedro y hacer algo por mi pueblo”, recuerda. Perfectamente bilingüe, domina el español al dedillo y exhibe una capacidad de oratoria envidiable. Habla del esfuerzo de sus padres para sacarlo adelante a él y a sus tres hermanos mayores. Se le iluminan los ojos al hablar de Tzununiá, “el colibrí del lago”, que es como los nativos sampedranos denominan a su terruño de origen, donde Mauricio



Mauricio Méndez Puac.

pasó la infancia y se crio “como un niño cualquiera” hasta terminar el sexto grado de primaria.

Considera que Guatemala es un país muy rico en todo sentido: “Otra cosa es que nos estén empobreciendo”, acota con maña. Entonces trae a colación aquel eslogan que nos describe como *el país de la eterna primavera* y se lamenta, con ribetes de lirismo: “Hoy, esa eterna primavera se nos está perdiendo en el horizonte. Estamos perdiendo un potencial que nos puede enriquecer mucho emocional, sentimental, espiritual y económicamente”. Si nuestra nación se encuentra estancada –subraya–, eso se debe al paternalismo, esperando que todo lo resuelva el Estado. “Nos falta voluntad para activar la riqueza que tenemos. Somos un diamante en bruto. Pienso que el cambio estructural debe darse por contagio, metamorfosis, sin depender de nadie más que de nosotros”, agrega, y yo compruebo con asombro cuánto ha calado la publicidad de refrescos de cola que transmiten ese mismo mensaje, las mismas palabras casi, en la voz del exitoso cantautor Ricardo Arjona: “El cambio está en uno mismo”.

Le pregunto qué regiones del mundo le gustaría visitar y conocer. “Tengo pasaporte, pero no me interesa ninguna visa porque mi país lo tiene todo”, responde, como si aún estuviera en campaña. “Mi aspiración es darle la segunda vuelta a Guatemala con mi hijo de nueve años, mi esposa y el resto de mi familia. Ese es mi sueño. La riqueza está acá. Lo demás es añadidura, no me quita el sueño conocer otro país”.

No son pocas las iniciativas que surgen en pro de la conservación de este otrora “lago más bello del mundo”, pero al momento de querer implementarlas surgen tres problemas principalmente: desconocimiento, falta de consenso y opacidad en los medios

que pretenden emplearse para alcanzar los objetivos. Recuerdo haber entrevistado hace años a Sergio Lavarreda, dos veces alcalde de Panajachel y ex ministro de Ambiente y Recursos Naturales. “Lo primero debería ser unificar la política ambiental para no duplicar esfuerzos ni dilapidar recursos”, me dijo esa vez, franco y sin rodeos. “Cuando fui ministro, me volé las consultorías porque cobran una barbaridad. Las oenegés no me quieren, tampoco las agencias de cooperación. US-AID dona una parte, pero presta otra, y condiciona su apoyo a cambio de contratación de técnicos caros y compra de vehículos gringos”.

Abundan las buenas intenciones para “salvar” el lago. Todas ellas creen contar con la mejor de las ideas, con la solución definitiva. El ansia de protagonismo condena de antemano cualquier posibilidad de cooperación. Y la ignorancia, que es temeraria y es atrevida, ha sido causa de experimentos desastrosos. Iván Azurdía, ex director de la Autoridad para el Manejo Sustentable de la Cuenca del Lago de Atitlán y su Entorno (AMSCLAE), me contó de la vez que se le acercó un acaudalado chaletero,⁸⁹ amigo suyo, ofreciéndose como voluntario para esparcir, desde su helicóptero, toneladas de cloro para “blanquear” las aguas. Algo no muy distinto de lo que, con absoluto descaro, nuestra ex vicepresidenta Roxana Baldetti intentó justificar como *remedio* para descontaminar el lago de Amatitlán, ¿recuerdan?

Pero el fondo del problema va más allá de medidas superficiales y acciones precipitadas. En resumen: la cuenca de Atitlán alberga a más de cien mil personas.

89. Chaletero: propietario de alguno de los chalets que dan a la playa del lago.

Cuatro de cada cinco de ellas sobreviven con menos de dos dólares diarios. No hace falta ser demasiado listo para entender que cualquier solución integral para el ecosistema pasa necesariamente por procurar el desarrollo de toda la región.

Por la tarde enfilamos rumbo a Panajachel, principal destino turístico del lago y refugio de muchos capitalinos que, como María Isabel Arévalo, encontraron ahí un sitio más saludable, armonioso y barato donde vivir. A la mañana siguiente, muy tempranito, acudimos a la terraza donde imparte clases de yoga. Dejamos el carro en la esquina del parque, contiguo a la iglesia católica y desde ahí, a pie, nos adentramos en un laberinto de callejuelas de adoquín minadas de plastas de caca de perro.

Aparte de las prácticas orientales, que la ayudan a conservarse en forma y le reportan algún dinero, María Isabel es *díyei*, maestra de arte y pertenece al colectivo Artitlán, desde donde contribuye a generar conciencia ecológica a través del arte para la conservación del lago. Tiene 35 años y dos hijos hombres, uno de cinco y otro de nueve. La inclinación por la bohemia —explica— la siente desde que era pequeña, aunque no le fue fácil “tirarse al agua”, primero por haber estudiado en un colegio de monjas, muy conservador, pero también por la difícil situación económica de sus padres. Los caminos empezaron a abrírselle cuando se le presentó la oportunidad de viajar a los Estados Unidos: ahí tuvo su primer contacto con el yoga. Dos años más tarde volvió con una perspectiva diferente de la vida y de sus prioridades.

“Mi mamá se fue a vivir a Pana y yo la vine a visitar”, recuerda. Ese mismo día le ofrecieron trabajo y decidió quedarse. “Para mí ha sido vital dedicarme

al arte. Es parte de mi sanidad, mi forma de decirle al mundo cómo lo veo. Con el yoga fue más profundo porque siento que fue mi espíritu el que me fue guiando, dándome fuerzas para salir de una depresión fuerte que tuve. La música la llevo en la sangre, me viene de familia y ha sido la forma como me gano la vida”.

—¿Qué significa la música para vos?—le pregunto.

—Es vibración que nos conecta con otros y nos transmite emociones.

—¿Y el yoga?

—El yoga es sanación, constancia. El yoga te muestra que esta realidad es una ilusión y que el cuerpo es temporal. El tomarse demasiado en serio este plano físico es el origen de todos nuestros problemas.

Se ve a sí misma —dice— como una rebelde que de alguna manera ha creado su propia realidad. “Trato de estar alejada de las noticias, de los periódicos y de la televisión. Yo no vivo esa realidad, y me gustaría que mis hijos tuvieran, también, otra percepción del



María Isabel Arévalo.

mundo, no la que el sistema les impone; lo cual es difícil porque todos compartimos esta *matrix*, esta ilusión. Nosotros la hemos creado. Hay que jugar las reglas, pero yo prefiero hacerlo en Pana, donde la gente es más abierta y menos materialista”.

¿Y cómo percibís la realidad del país?, me intereso en saber. Responde: “Hay demasiada riqueza natural y eso es lo más valioso que tenemos. Socialmente hay mucha riqueza también, pero en manos de pocas personas, y lamentablemente esas personas no quieren compartirlo. Siento que, estructuralmente, la sociedad está desbalanceada: mucha pobreza a propósito, porque no debería haber hambre en este país siendo tan fértil y teniendo tanta sabiduría ancestral. A mí me ha tocado experimentar hambre y no tener casa, y también he experimentado la riqueza en mi familia, que no duró mucho. Me he dado cuenta de que hay gente que es feliz viviendo con poco y hay gente que tiene millones y no saben ni donde están parados”.

Se hace tarde. Debemos cargar el equipo en el picop (*Si querés, Gato...*) y seguir nuestro camino, esta vez rumbo a San Lucas Tolimán. Mañana nos entrevistaremos con Ángel, un indígena travestido de mujer cuya brutal historia de vida tuve que hilvanar a partir de retazos obtenidos aquí y allá.

Conforme avanzamos, me pongo a pensar una vez más en esa idea recurrente que viene acompañándome desde el inicio del viaje; en cómo la velocidad a la que vamos afecta nuestra percepción del entorno, en cómo la velocidad a la que vivimos incide en nuestra relación con las cosas; en cómo los caminos, debido a la velocidad precisamente, aproximan entre sí al punto de partida con el punto de llegada, a la vez que nos hacen pasar de largo obviando la infinidad de

particularidades *marginales* que acontecen hacia los lados.

La carretera —me digo— es como un zíper que se abre a nuestro paso.

EPÍLOGO

Por esos lances que a veces le depara a uno el porvenir, desde hace años me fui de Guatemala a vivir a un lejano país del Cuerno de África. He vuelto varias veces; la más reciente de ellas fue para obtener la materia prima que me permitió escribir este libro.

No sentí mayor nostalgia estando allá, ni tampoco me quiebro de congoja en instantes como ahora, mientras digo adiós antes de zarpar otra vez rumbo a mi nuevo hogar. Ha de ser que no he permanecido fuera el tiempo suficiente. ¿O será que soy un canalla desapegado e insensible? No lo creo: incluso los que vamos por la vida haciéndonos los duros tenemos, en el fondo, nuestro corazoncito. Y si de desnudar el alma se trata, está bien, lo admito; por supuesto que voy a echar de menos a mis padres, a mi familia, a mis amigos y amigotes.

Creo que no hay lugar en el mundo donde podré volver a portarme tan mal como lo he hecho en el país donde nací, que es también el que mejor me sé. Conozco más o menos bien sus cláusulas tácitas, sus

giros insólitos, sus dobles fondos, sus áreas grises, sus zonas prohibidas, sus mañas y artificios. Eso, que considero parte de mi identidad, sí que lo he extrañado (y seguiré extrañándolo) bastante. La apuesta por la travesura. El gozo de bajarle el calzón a los moralistas. El placer de desafiar la autoridad de los hipócritas. La osadía. La irreverencia. La transgresión. Los ímpetus libérrimos, vigorosos, desbordantes. La rebelde y perecedera juventud.

Eso, y a veces, también, los paisajes, que es lo poco que le va quedando a una nación encaprichada en el firme propósito de involucionar, de degradarse, de acabar con todo (con la naturaleza también, cómo no), de hacerse mierda. La vez anterior que vine, poco antes de partir, una tarde de sábado en casa de una pareja de amigos en las afueras de la Antigua escapé de la sobremesa, salí a caminar un rato y de pronto me sorprendí en las faldas del volcán de Agua, el coloso imponente, el cielo espléndido, la luz cristalina, los arboles dorados, la exuberancia vegetal, el airecito fresco, delicioso. *¿Qué otro país te ofrece algo parecido?*, suspiré para mis adentros. Casi lloro.

No voy a extrañar, por supuesto, todo lo demás: los tufos rancios, aún vivos, de Capitanía General. La discriminación recíproca. El sistema excluyente. Los privilegios retenidos “a sangre y plomo”. La cultura de impunidad (de la que, oh paradoja, me declaro parte apenas dos párrafos atrás). La religiosidad medieval. El furor puritano. La sorda ortodoxia. El conservadurismo de doble rasero. El dominio bestial del macho. El asedio de los balazos. La arrogancia de las élites: su gesto inmovible, su pose con yuquilla, su olímpico atropello, su pedigrí endogámico, el regusto ostentoso de sus apellidos. La pusilanimidad

lambiscona de las clases medias. La sumisa y *cristiana resignación* de las pobrerías. La miseria estructural. La anomia del Estado. La confianza rota, hecha añicos. La orfandad de un proyecto común de país. La crisis de autodeterminación. El tutelaje del Tío Sam. La violencia que nos engendra, que nos moldea, que nos infecta, que nos define, que nos somete, que no nos deja sanar.

Al llegar al aeropuerto intento hacer borrón y cuenta nueva. Asumir mi circunstancia. Dejarlo todo atrás. Enfocarme en lo que viene... aunque lo que viene consista, en buena medida, en rumiar eso mismo de lo que estoy despidiéndome.

Se dice, como si nada, que Guatemala es un país de renta media; lo cual significa que, *en promedio*, y aparentemente, no desafinamos tan gacho en el concierto de las naciones. La pregunta obligada es, entonces, ¿cómo puede un país, cuyo ingreso promedio per cápita se ubica más o menos a la mitad en el *ranking* mundial, acusar niveles tan estrujantes de miseria por un lado, y de opulencia por el otro? Y la explicación tiene que ver con eso que suele denominarse *la falacia de los promedios*: un sujeto recibe diez pollos al día y otros nueve no obtienen ninguno. Al cabo de dos semanas el primero subirá de peso considerablemente, mientras que los nueve restantes habrán muerto de hambre; pero, eso sí, *en promedio* todos comieron un pollo diario.

También se dice que Guatemala es uno de los seis países más desiguales de la región más desigual del mundo, que es América Latina.⁹⁰ Al respecto puedo

90. La más reciente medición sobre desigualdad en Guatemala muestra un descenso explicable en razón de que los segmentos

agregar que he conocido varios países de África mucho más pobres, en términos absolutos, que Guatemala (Etiopía, Madagascar, Zanzíbar), e incluso uno bastante más próspero (Sudáfrica) pero turbadoramente similar al nuestro en rasgos como la discriminación, el desprecio por lo que el otro es y representa, los sedimentos aún vivos del *apartheid* en la idiosincrasia de la gente, los altos contrastes entre quienes tienen mucho y quienes no tienen casi nada. He visitado también algunas naciones de Asia (Japón, Dubay) y Oceanía (Indonesia), pero nunca, léaseme bien, nunca: ni siquiera en las zonas africanas más deprimidas y asoladas por el abandono y la sequía he percibido que las condiciones de privación y miseria en que malviven las comunidades que se asientan ahí sean, en estricto rigor, *peores* que las que nos hemos acostumbrado a ver en nuestro propio suelo, entre nuestros propios paisanos. Iguales, tal vez, pero no peores. Lo juro.

Con el agravante, por supuesto, de que ni Etiopía ni Somalia ni Madagascar ni Sierra Leona ni ninguna otra república del llamado Continente Negro (ninguna, con la excepción de Sudáfrica) muestran contrastes tan obscenos como el nuestro entre los poquísimos que tienen muchísimo y los muchísimos que tienen poquísimos. Tampoco, por supuesto, se ve algo parecido en Dubay o en Japón o en Vietnam o en Camboya o en Indonesia. 260 guatemaltecos acumulan, solito ellos, el equivalente al 56% del producto interno bruto del país. Somos campeones mundiales en desigualdad,

de población de clase media y media alta han venido precarizándose, a la vez que los encuestadores tienen enormes dificultades para registrar a los más ricos.

o casi. Y no: no somos ni el primero ni el cuatro ni el octavo ni el décimo ni el vigésimo sexto país más feliz del mundo. No lo somos, por mucho que venga alguien a medirnos en razón de a saber qué dudosos criterios de ponderación. Quien se atreva a hacer alarde de lo contentos y satisfechos que viven los chapines es un cínico, o un imbécil, o sencillamente es un turista en su propia tierra y no conoce Guatemala más allá de lo que muestran las postales y afiches del Inguat.

De tanto darle vueltas a lo mismo aprendí varias lecciones importantes leyendo, investigando, destilando ideas, masticando teorías, exprimiéndome los sesos en el proceso de elaboración de estas cuartillas. Entendí que si hablar de la desigualdad está tan de moda es porque el concepto, en sí mismo, incorpora (y, mucho más importante aún, *relaciona*) una serie de problemas muy relevantes a la hora de abordar los desafíos que enfrenta el conjunto de la especie humana en nuestros días: muerte prematura, mala salud, humillación, subyugación, discriminación, exclusión del conocimiento o de la vida social predominante, pobreza, impotencia, estrés, inseguridad, ansiedad, falta de amor propio y de confianza en las propias capacidades, acceso restringido a derechos elementales (agua potable, servicios hospitalarios, educación, alimento, vivienda, empleo digno, justicia), violencia, sexismo, migraciones forzadas, dificultades de ascenso económico y social...

Hallé muestras palpables de aquellos *nauseabundos retorcimientos* ideológicos a los que hacía referencia al principio, a la izquierda tanto como a la derecha del espectro de los esquemas de pensamiento. Joseph Stiglitz, por ejemplo, afirma que la desigualdad es “la

causa y la consecuencia del fracaso del sistema político, y contribuye a la inestabilidad de nuestro sistema económico, lo que a su vez contribuye a aumentar la desigualdad”.⁹¹

A mí, por el contrario, me queda claro, como dejé asentado capítulos atrás, que narrativas de esta índole cometen la ligereza de considerar que la desigualdad es un problema *de fondo*, perdiendo de vista que es –repito– más bien *síntoma* y a la vez *efecto* de un problema mayor, sistémico, llamado capitalismo. En dos platos: el capitalismo engendra inequidad y genera asimetrías; las estimula, las reproduce, las exagera y hasta se regocija con su existencia al depender de ellas como condición para crecer y fortalecerse.

Por supuesto, es más *chic* (quiero decir: más elegante, menos ofensivo) dorarse la píldora apelando a esa insustancialidad típicamente oenegera que vemos plasmada, pongo por caso, en uno de los objetivos de desarrollo sostenible que viene planteando la ONU⁹² desde hace más de treinta años: la erradicación de la pobreza.

¿Que qué? ¿De verdad piensan que es posible *erradicar* (que no sólo *reducir*, ni *mitigar*) la pobreza sin dismantelar los engranajes mismos que hacen girar la maquinaria capitalista? ¡Pero qué ingenuidad, maldita sea! ¿Cómo pretenden “salvar el mundo”

91. J. Stiglitz, en su libro *The price of inequality: how today's divided society endangers our future* (2012), traducido al español como *El precio de la desigualdad*; p. 25.

92. Aunque la Organización de las Naciones Unidas no es una oenegé, financia y sirve de faro y brújula a decenas de miles de ellas.

partiendo de concepciones así de débiles, así de quiméricas, así de superficiales? ¡Háganme el favor!

Desde que nací, en 1970, conforme se establecía la doctrina neoliberal luego impulsada por Margaret Thatcher y Ronald Reagan, y se entronizaban las modalidades especulativa e informacional como lógicas generadoras de lucro (en esta época comienzan a nacer también como tales los paraísos fiscales), vengo siendo testigo de cómo la razón capitalista penetró primero y hegemonizó después una serie de esferas de la vida que antes habían permanecido relativamente a salvo de su influencia. La espiritualidad (una industria más, como otra cualquiera; no nos engañemos), el deporte, la academia, las relaciones afectivas y hasta el manejo de la imagen personal están, hoy, colonizados según la mentalidad del *tanto tenés, tanto valés*: el predominio del utilitarismo, basado en el interés individual, por encima de cualquier otra consideración.

Sólo así se explica que el gobierno de una potencia mundial (Estados Unidos) invente que su rival geopolítico (Iraq) posee armas de destrucción masiva para, con esa excusa, ordenar una ofensiva militar de proporciones devastadoras (el negocio de la guerra)⁹³ capaz de “prevenir la embestida del terrorismo internacional”, y acto seguido disponerse a reponer la infraestructura que quedó hecha polvo tras los bombardeos (el negocio de la reconstrucción, a cargo

93. Estados Unidos encabeza el *ranking* mundial de países con mayor gasto militar, con 611.2 mil millones de dólares anuales; cifra que supera el presupuesto de las ocho naciones que le siguen, juntas: China, Rusia, Arabia Saudita, India, Francia, Reino Unido, Japón y Alemania. (Fuente: *Stockholm International Peace Research Institute*, 2017).

de Halliburton, consorcio cuyo propietario, Dick Cheney, fungía entonces como vicepresidente del país atacante), todo ello a costa de cientos de miles de vidas humanas, millones de heridos y viudas y huérfanos, y la ruina y el saqueo de lo que hasta entonces eran reliquias palpables del origen de la civilización.

Recuerdo que, a mediados de los setenta, cuando empezaron a pagarle a los tenistas por usar determinadas marcas y el negocio de la ropa deportiva empezó a cotizarse por los cielos, mi padre observaba con asombro la moda (reciente por aquel entonces) de exhibir con orgullo, como símbolo de estatus, los logotipos de Fila y de Lacoste bordados en las camisas.

“En mis tiempos, eso se consideraba de mal gusto”, solía decirles a mis hermanos: “Una prenda de vestir de verdad exclusiva no necesita mostrar de qué marca es, y una persona verdaderamente elegante no necesita hacer ostentación de las marcas que usa. Al contrario, si vas a andar luciendo cocodrilos en el pecho son ellos los que deberían pagarte a vos por hacerles la publicidad”. Una cuestión de perspectivas, claro está; en esa época yo lo veía a él como la persona más cerrada y ridícula del mundo, aunque con el paso de los años mis conclusiones no se diferencian ya mucho de las suyas al presenciar esta era de cultura desechable en la que las ubicuas pantallas se remplazan cada seis meses, porque siempre viene una versión nueva, actualizada; un adminículo mejor, con nuevos *features*.

Me acuerdo de una infancia transcurrida según rutinas y pautas de normalidad hoy inimaginables, como la de tener siempre disponible, en el baño de visitas, un cepillo de dientes raído ya de tanto uso: los invitados a casa podían disponer de él en caso

quisieran lavarse la boca después de la comida. Y lo hacían, me consta. Sin ascos. ¿Pueden creerlo?

Una infancia sin cinturones en los asientos de los carros, porque los carros, como cualquier otro artículo fabricado en serie, se producían concebidos para durar toda la vida; eran sólidos y resistentes, no como ahora, que sus recubrimientos parecieran hechos como de lata de jugo V8. Además, en las carreteras los niveles de tráfico, y sobre todo de velocidad, eran muy otros; y la seguridad, es decir, la industria del miedo, no había sido explotada aún como categoría de mercado. Una infancia, decía, sin sillas para bebés, sin carruajes que cuestan lo que cuesta un pasaje en avión a Miami, sin leche *dizque* especialmente formulada para criaturas de un mes, de seis meses, de un año (que se vende tres veces más cara que la leche entera normal); sin antigripales para tomar unos de día y otros de noche. Y me acuerdo, desde siempre, de los anuncios de *Alka-Seltzer* enseñándonos que las tabletas se sirven de dos en dos —aunque con una sola dosis sea, de hecho, más que suficiente.

Pero estoy yéndome por la tangente. De vuelta a los retorcimientos ideológicos, del otro extremo tenemos, por poner otro ejemplo, a Luis Pazos, quien denuncia que “la lucha contra las desigualdades de ingresos y de salarios sólo sirve como excusa a gobiernos para justificar más impuestos y programas para combatir pobreza que no funcionan”.⁹⁴ Una burda simplificación carente de matices. Un insulto a la inteligencia. Y una venenosa invectiva, formulada con el propósito de desprestigiar a rajatabla, sin

94. L. Pazos, en su libro *Desigualdad y distribución de la riqueza: mitos y sofismas* (2016), p. 106.

voluntad alguna de atender razones o argumentos esgrimidos por su contraparte.

A todo esto, no sin cierta amargura he constatado, en carne propia, hasta qué punto el subdesarrollo genera una espiral descendente que succiona hacia abajo a quienes lo padecen. ¡Y eso que yo, en este remoto y depauperado rincón africano, pertenezco a la burbuja dentro de la que viven los más privilegiados, disfrutando de recursos, conexiones y servicios a los que les es imposible acceder a las vastas mayorías! Me propuse escribir este libro en un lapso de seis meses y lo conseguí apenas, con más pena que gloria, embargado por el palpito de que hubiera sido preferible reposar un poco más algunas ideas, pulir algunas partes, replantear algunos pasajes. Me da la impresión de que el resultado está un poco crudo todavía, y me abochorna dejarlo ir así.

Innumerables los atrasos por falta de acceso a la red. Incontables las veces que tuve que suspender mi trabajo debido a los reiterados apagones, sostenidos a veces durante más de una semana: esta nación es muchísimo más precaria que Guatemala, y eso repercute en la eficiencia y la productividad de quienes vivimos acá. En la era de la información, la escolaridad es requisito *sine qua non* para el desarrollo humano, pero no es suficiente: la conexión a las redes globales mediante los sistemas cibernéticos de intercambio de conocimiento es esencial. ¡Cuánta ignorancia, cuánta injusticia detrás de quienes piensan que el pobre lo es porque así lo quiere, y que basta con proponérselo para salir del agujero! Doy fe de que no es así.

Por otro lado, está también el subdesarrollo personal; es decir, las limitaciones propias de uno mismo. Arnoldo Gálvez Suárez tardó en escribir su

obra maestra, *Puente adentro*, los mismos seis meses que tardé yo también en despachar estos balbuceantes capítulos, con la salvedad de que él lo hizo robándole horas a la madrugada, atendiendo su trabajo regular de lunes a viernes y de ocho a cinco, y combinando además su rol de novelista con el de esposo y padre de familia. ¡Diablos!, cuánto quisiera yo también rendir así, en vez de echarle el muerto a los apagones y excusarme con que el internet funciona ahora no, mañana quién sabe.

Creo que alguien fogueado en el mundo de la competitividad, donde la oferta de servicios es variada y su demanda es asimismo atractiva, se obliga a rendir más y mejor. No tiene más remedio: es eso, o su extinción profesional. En cambio, uno se permite vicios del Tercer Mundo: la procrastinación, la excusa oficiosa, la culpa ajena, hacerse la víctima. En suma, nos acostumbramos a la mediocridad al extremo de adaptarnos a ella, y en última instancia terminamos mimetizándonos en ella. Lo dicho: el subdesarrollo te succiona hacia abajo.

* * *

¿Qué será del mundo y sus habitantes en lo que le va restando de tiempo al siglo XXI? Me lo pregunto con insistencia de unos años para acá, conforme se acentúan los problemas que como especie no hemos querido afrontar: crisis existencial, de identidad, de enajenación individualista; crisis de marginación socioeconómica, crisis de representatividad en la política; crisis por contaminación ambiental, por el cambio climático, por la explotación desmedida de recursos no renovables...

El estudio del capitalismo en nuestros días plantea tres grandes paradojas que es preciso desmenuzar. La primera de ellas tiene que ver con su línea de continuidad en la historia: resulta curioso, y a la vez lamentable, constatar cómo el mismo sistema económico cuya fuerza de arrastre permitió en su momento que la humanidad (o, al menos, una buena parte de ella) saliera de la Edad Media es el que ahora nos tiene en jaque, al borde del precipicio, sucumbiendo entre olas de cíclica y galopante inestabilidad.

La segunda es que sus muestras de agotamiento parecen no ser suficientes si de lo que se trata es de obligarlo a revisar los postulados que le sirven de coartada y, antes bien, su inercia aún arrolladora consigue, todavía, vencer cualquier resistencia u objeción que hasta ahora haya querido oponérsele. “¡El capitalismo es indestructible, papá!”, me soltó una vez, ufano y con humos triunfalistas, Giovanni Fratti, abogado libertario de la ultraderecha guatemalteca, muy activo en redes sociales y programas de radio, siempre afable conmigo.⁹⁵ Y, a juzgar por la evidencia que la realidad nos escupe, lo jodido es admitir que tal vez no se equivoca.

Como sea, algo está claro: si el propósito es enmendar el descalabro en el que nos hallamos inmersos, las posibilidades son tan sólo dos. Algunos ambiciosos aspiramos a transformaciones radicales y profundas en aras de *salvar a la humanidad del capitalismo*. Es un viejo ideal cada vez más huérfano de adeptos, cada vez más lánguido e inane. Descartaremos, pues, esa vía mientras no recobre por alguna circunstancia su

95. “Vos sí sos libre, mirá, papaíto”, me ha dicho varias veces; y, viniendo de él, lo asumo como todo un halago.

fuerza de antaño. Habrá que templar las ansias y limitarse —peor es nada— a *salvar al capitalismo de sí mismo*; es decir, a evitar que la bestia, en su gula infinita, siga devorándolo todo a su paso. Impedir su canibalización. Ponerle límites. Hacerlo sustentable en el tiempo.

La clave estaría en *internalizarlo* que los economistas denominan *externalidades*: esos efectos usualmente nocivos derivados de un emprendimiento que suelen mañosamente quedar fuera del cálculo de costos, y cuyos ‘daños colaterales’ (la muerte de civiles en un ataque militar, el impacto ambiental de los monocultivos a gran escala, la contaminación química y la generación de basura no biodegradable que produce una fábrica de plásticos, los daños nutricionales por la venta intensiva de frituras y golosinas para el consumo de niños, las secuelas en la salud por la comercialización de tabaco, alcohol y chucherías ricas en azúcar, etcétera) absorbe, sin más, la sociedad. El día que las empresas se hagan responsables de las consecuencias que provocan sus operaciones, veremos, ¡oh, sorpresa!, que el capitalismo no es tan rentable después de todo.

Por último, la tercera paradoja es también la más difícil de asumir: por contradictorio que pueda resultarnos, no parece haber otro modo de desembarazarse del capitalismo que pasando por él, atravesándolo, *superándolo*. De entre las poblaciones que malviven en condiciones de subdesarrollo, una aplastante mayoría a lo que aspira es a las oportunidades que les permitan incorporarse a la modernidad capitalista: trabajar, ganar dinero, prosperar, consumir. Eso.

¿Y entonces? ¿Qué hay de la armonía bucólica? ¿Del contacto con la naturaleza? ¿De la vuelta a los orígenes? ¿Del *buen vivir*? Babosadas. Espejismos.

Sueños de opio. Quimeras pastoralistas. Cantos de sirena. Entelequias de cooperantes. Fumadas de jipis. Y no lo digo yo; lo dicen decenas de millones de encandilados, que lo que quieren (y lo quieren de verdad, sin tregua y con todas sus fuerzas) es acceder a los oropeles materiales que la publicidad les muestra, relucientes, irresistibles, pero que la desventura les niega.

Todo esto lo tiene muy claro el grupo de intelectuales que en España encabezan el movimiento Podemos, un partido de izquierda que aspira a cambiar la forma de hacer política y de administrar las riendas de la cosa pública. Inspirados en las ideas de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe,⁹⁶ y basados en la epistemología desarrollada por Antonio Gramsci,⁹⁷ Podemos apuesta por llevar el proyecto democrático liberal hasta sus últimas consecuencias, lo que desembocaría presumiblemente en una suerte de socialismo participativo y deliberativo (más que sólo representativo) capaz de asegurar una ciudadanía ancha, potente, fecunda, beligerante, consciente de su lugar en la historia y bien informada de cara a los desafíos con los que le toca lidiar. Todo lo contrario a las masas de hoy, ignorantes, alienadas, consumistas y dispersas, cuando no sencillamente empobrecidas y abandonadas a su suerte.

96. Véase el ensayo *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia* (Siglo xxi Editores, 1987), publicado originalmente en inglés bajo el título *Hegemony and socialist strategy: towards a radical democratic politics* (1985).

97. Véanse los apuntes compilados en sus *Cuadernos de la cárcel* (1929-1931), así como en el volumen *Los intelectuales y la organización de la cultura* (2006).

Por desgracia, si el objetivo es incorporar a más y más seres humanos a la bonanza del desarrollo capitalista, el problema es que estamos cortos de tiempo y estamos, sobre todo, cortos de recursos naturales no renovables. De veinte años para acá hemos visto cómo los países que conforman el bloque BRICS (Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica), en sus respectivos procesos de transición hacia economías modernas, capitalistas, han abierto las puertas para que cientos de millones de personas conozcan y prueben las mieles de esa modernidad que tanto ansiaban. Otro tanto puede decirse de Corea del Sur, Malasia, Tailandia, Indonesia, Chile y Argentina, entre otros. Lamentablemente, esto ocurre al mismo tiempo que las externalidades del capitalismo, como ya vimos, amenazan la sustentabilidad del mundo tal como hoy lo conocemos y ponen en riesgo el futuro de nuestra especie.

A todas luces son insuficientes los recursos del mundo para saciar la voracidad consumista de entre siete y ocho mil millones de terrícolas, y a todas luces el tiempo para transitar de un sistema capitalista (basado en la acumulación, la ostentación y el consumo desmedidos) hacia un ulterior modelo socialista (más parco en sus consumos, mejor integrado a su entorno, más consciente del interés y el beneficio colectivo, no sólo individual) es asimismo insuficiente.

¿Qué será de nosotros, los *Homo sapiens sapiens*, de aquí a finales de este siglo que arrancó con fuerza y sigue como un bólido en su trepidante carrera hacia el ocaso de los tiempos? La pregunta queda flotando en el vacío, y la infinidad de posibles respuestas a ella aguardan a que el porvenir se encargue de confirmar

—o no— nuestros más recónditos temores, nuestras más aciagas sospechas.

* * *

Ya en el avión, tras el despegue la ventanita me permite una óptica de la ciudad desde arriba: los edificios apuñuscados en el centro de comercio, la Zona Viva, Las Américas, La Reforma.

Luego, el Cementerio General, el basurero de las zonas 3 y 7, el barranco que va a dar al Incienso, la enorme explanada de complejos residenciales desplegados al norte del bulevar El Naranjo; y, más allá, las casas de lámina y cartón aprovechando hasta el último recoveco que les ofrece la montaña, prendidas como con las uñas de las laderas que bajan en picada.

De ahí, la vista se pierde entre las nubes. Nubes que esta vez son de vapor de agua, pero que en otras circunstancias pueden ser, también, nubes cargadas de prejuicios, de desconocimiento, de desdén: nubes que difuminan ‘el interior’ del país, ‘la Guatemala profunda’.

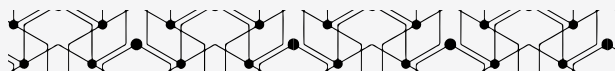
Adís Abeba, Etiopía, octubre del 2017.

El país más feliz del mundo. Guatemala, entre el espanto y la ternura de Andrés Zepeda se terminó de imprimir en junio de 2018, año del veinticinco aniversario de fundación de F&G Editores. F&G Editores, 31 avenida “C” 5-54 zona 7, Colonia Centro América, 01007. Guatemala, Guatemala, C. A. Teléfonos: (502) 2292 3792 — (502) 5406 0909 informacion@fygeditores.com www.fygeditores.com



Guatemala es un rompecabezas de ideas, emociones y vivencias que aún no ha sido armado. Por todo el país conviven formas de vida múltiples y contradictorias, expresiones laborales antiguas al lado de otras ultra-modernas, prácticas religiosas ancestrales junto a rituales exoculturizados, vidas locales, transnacionales o transmigrantes. Desgajado, el país vive de espaldas a sí mismo y sólo se mira en los momentos de desastre o en plásticas definiciones identitarias imaginadas por el *marketing* empresarial.

Viaje a ras de suelo con Andrés Zepeda por el territorio nacional. Anécdotas, datos, reflexiones históricas y un hermoso road trip: esta es la historia de nuestra desigualdad insalubre vista por alguien que nació con privilegios y aprendió a cuestionarlos.



“Aquí les entrego este puente de entendimiento. Ese es mi propósito: entendernos. Nada más, y nada menos. Que lleguemos a ponernos de acuerdo es ya una ambición poco realista tratándose de un país tan polarizado como Guatemala, sobre todo teniendo en consideración la cuantía de los intereses en juego.

Por lo demás, poco me importa si lo leen, o no, mis amigos y amigas (y enemigos, y enemigas) de izquierda. No lo necesitan. Para qué, si ya se saben la lección. Que la apliquen en la práctica, esos ya son otros veinte pesos.

Huelga decir que no albergó muchas esperanzas al respecto”.

Andrés Zepeda

ISBN: 978-9929-700-46-8



9 789929 700468

El país más feliz del mundo es una pieza del proyecto transmedia desIGUALes. Con este, *Plaza Pública* trata de convertir ese rompecabezas en un mosaico en el que cada tesela forma parte de un conjunto más amplio. Su único a priori es la pregunta por la desigualdad.

¿Por qué la desigualdad y qué sale de la desigualdad?

Visítalo aquí:
www.plazapublica.com.gt/desiguales/portada

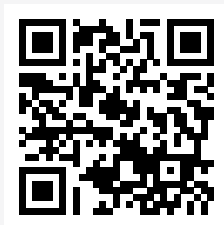


Foto de Edwin Siekavizza

Andrés Zepeda (Guatemala, 1970) es su propia secretaria y también su propio mensajero. Vive de lo que escribe mientras procura el ocio, aboga por causas perdidas y tropieza gustoso jugando a ser cronista de acontecimientos irrelevantes. Comunicador en ciernes, músico frustrado, polemista, videasta, cinéfilo, melómano y ciudadano ejemplar, entre otras cosas peores.

El país más feliz del mundo. Guatemala, entre el espanto y la ternura de Andrés Zepeda.

Si desea otros libros, los puede pedir a domicilio:

Artemis Libros, WhatsApp: +502 4259-9714

De Museo, WhatsApp: +502 5513-6060

Fondo de Cultura Económica: 5017-3130

Piedrasanta: 5966-1372

Sophos, WhatsApp: +502 5690-7214

#YoLeoEnCasa